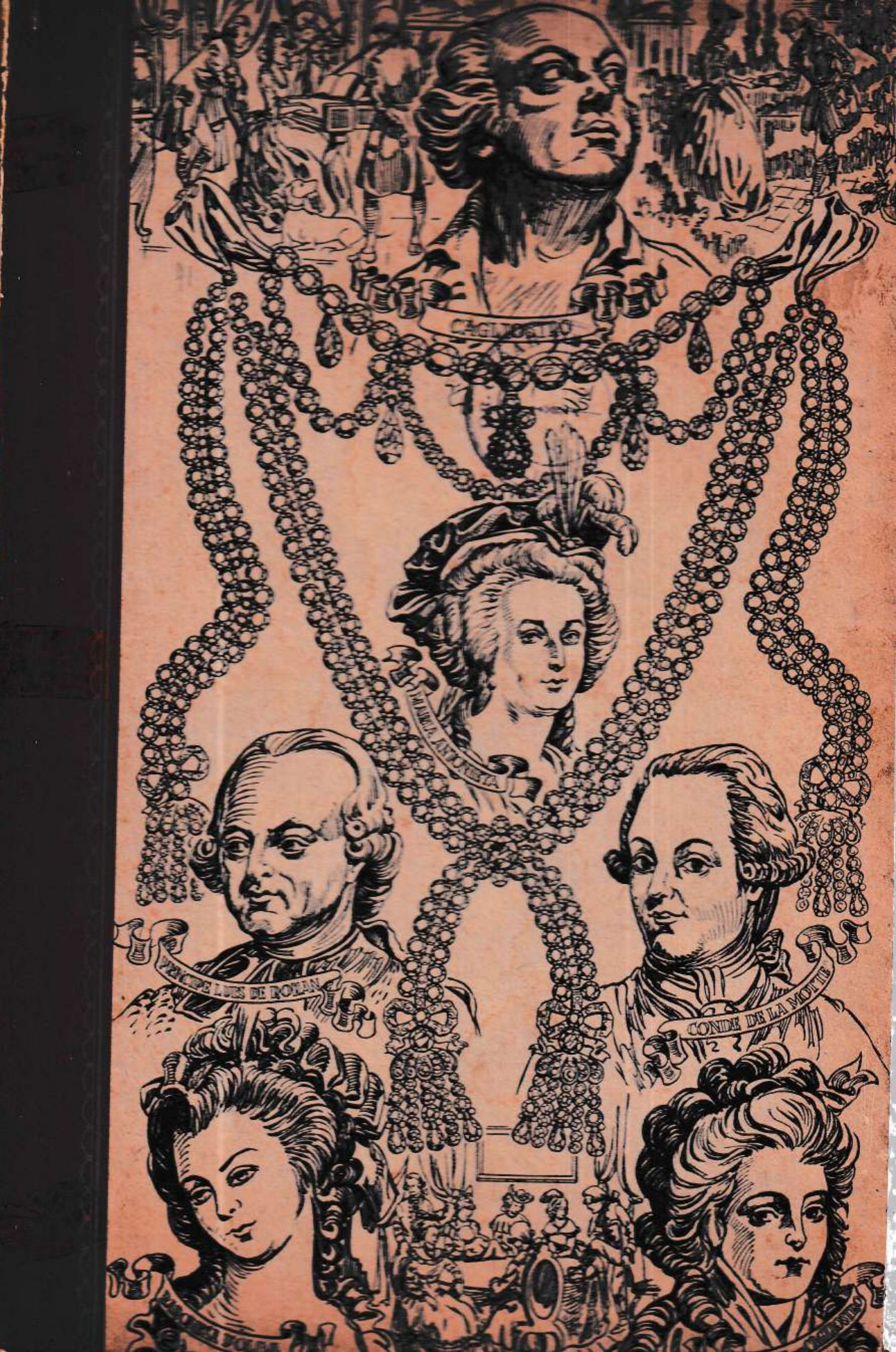

CAGLIOSTRO
MARIA ANTONIETA
PRINCIPE LUIS DE ROHAN
CONDE DE LA MOTTE




## Títulos de esta colección:

*(Serie Americana)*

### EL TORMENTO DE CHOPIN

por NINO SALVANESCHI

*Edición definitiva de esta magnífica biografía sobre el inmortal Chopin.*

Un volumen de 240 páginas ornamentadas en negro y color.

•

### CAGLIOSTRO

*Vida y hechos de uno de los más destacados aventureros del siglo XVIII*

por JOSÉ VELÁZQUEZ

Un volumen de 256 páginas ornamentadas en negro y color.

•

### MADAME TALLIEN

*Biografía completísima sobre figura tan destacada en las épocas realista y revolucionaria del siglo XVIII.*

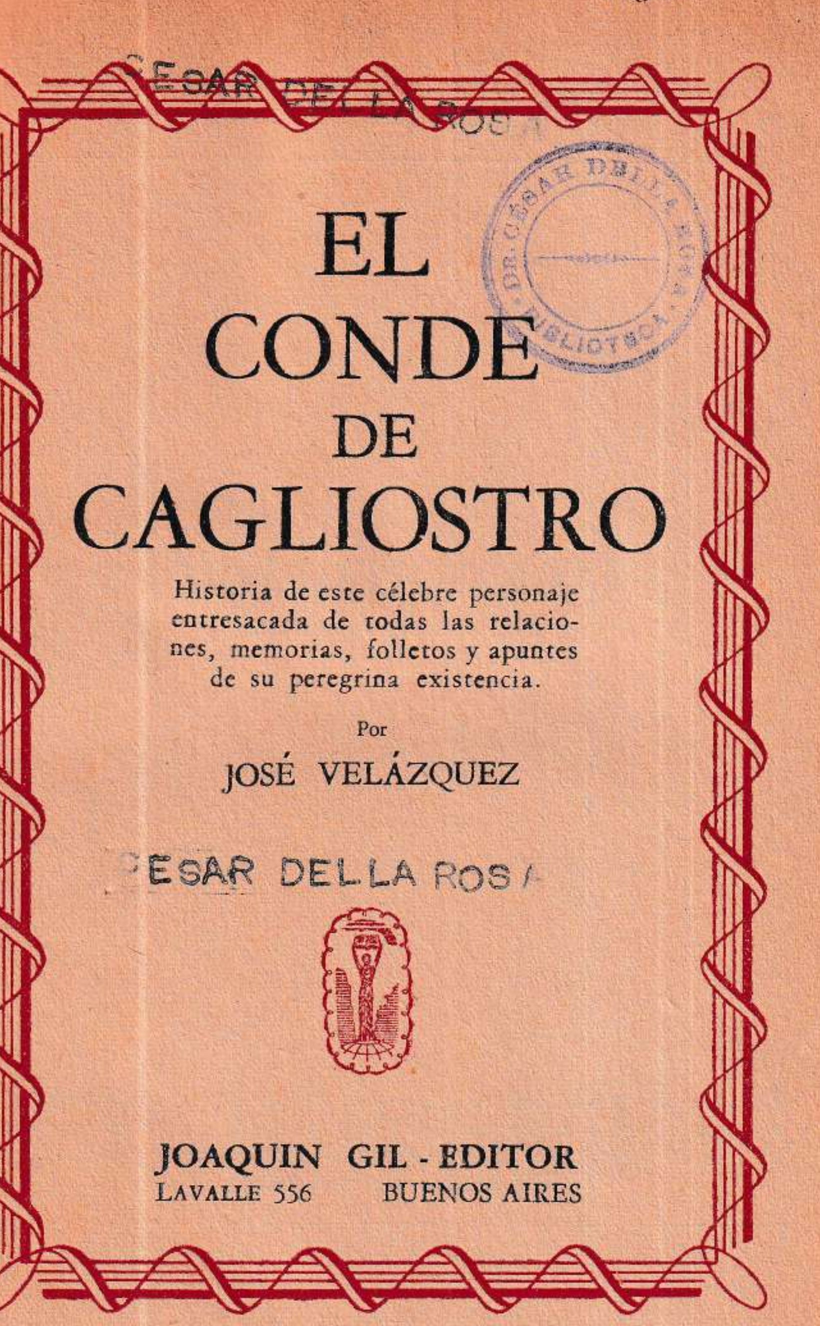
por la PRINCESA DE CHIMAY

Un volumen de 256 páginas ornamentadas en negro y color.

•




# EL CONDE DE CAGLIOSTRO







# EL CONDE DE CAGLIOSTRO

Historia de este célebre personaje entresacada de todas las relaciones, memorias, folletos y apuntes de su peregrina existencia.

Por

JOSÉ VELÁZQUEZ



JOAQUIN GIL - EDITOR
LAVALLE 556 BUENOS AIRES

Primera edición argentina 7 julio de 1945.
Queda hecho el depósito conforme a la ley 11.723.

IMPRESO EN LA ARGENTINA
PRINTED IN ARGENTINE



Este libro fué impreso en los Talleres Gráficos "ARTUS",
calle Doblas 850, Buenos Aires.




# TABLA DE MATERIAS




## Introducción



## Primera Parte




## PARTE SEGUNDA

## Parte Tercera

## Epílogo

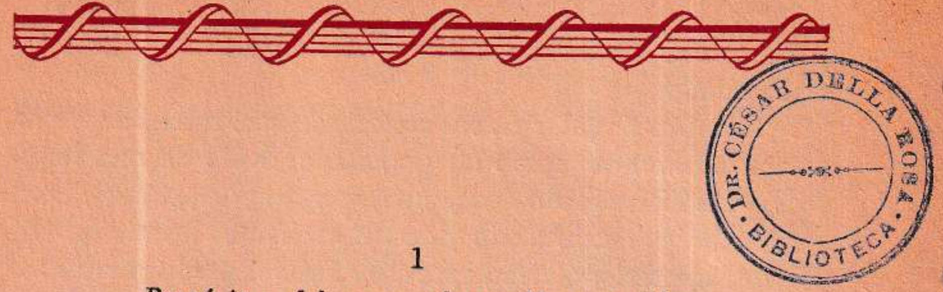



"Hay novelas que parecen historias, en cambio de muchas historias que pasan por novelas".

F. Soulié.




# INTRODUCCIÓN




## 1

### *Propósitos del autor al escribir este libro*

ENTRE las difamaciones de Morand, los folletos en pro y en contra del gran maestro de la masonería egipcia en París, las memorias de sus contemporáneos las declaraciones del proceso Rohan en el Parlamento francés, y la sentencia de la inquisición romana, que le encerró de por vida en la sombría fortaleza de Sant'Angelo, José Bálsamo, conde de Cagliostro, coronel prusiano, médico, alquimista, magnetizador, médium, es objeto de todas las atenciones curiosas, blanco de todas las conjeturas, oráculo de unos, fantasma de otros, profeta de éstos, escándalo de aquéllos. Aquí tenido por un semidios y allá conceptuado un innoble farsante, pasa por Italia, Inglaterra, Prusia, Rusia y Francia, marcando las huellas de sus pasos con multitud de aventuras, en que lo sobrenatural se mezcla a lo extraordinario. Tan pronto es adivino de jugadas de lotería, como evoca a ilustres sombras en un célebre convite, ya salva de la muerte a un príncipe desahuciado, y entre opiniones que lo elevan a la apoteosis y dictámenes que lo rebajan a la esfera de los trapaceros y embaucadores, tiempo es de analizar esa vida extraña, explicando las exaltaciones de sus apasionados y el odio de sus enemigos en las causas que produjeran esta diversidad de efectos. Y lo hacemos ahora que unos y otros han dicho cuanto podían decir en apoyo de sus loores o vituperios con relación a un personaje, en que hay demasiado mérito para el tipo de charlatán y hartas flaquezas para la categoría de hombre superior, en

paralelo con los reconocidos por tales en los fastos de la familia humana.

Hombre singular en sus conocimientos, romancesco por carácter, ostentoso como un potentado, ávido de una reputación insólita, votado a una propaganda, a la sazón peligrosísima, amigo del misterio y de sus excitantes prestigios, Cagliostro impresionó vivamente a los ánimos predispuestos hacia lo maravilloso; alarmó las conciencias estrechas, que califican mal todo lo que no comprenden bien; sublevó a los intereses religiosos, políticos y sociales, que apercibieron en la sombra la tendencia de sus orientales ritos y las resultas de aquellas logias en correspondencia activa. Héroe de los espíritus despreocupados, fué también asombro de los tímidos; buscado con empeño por los amantes de la novedad, se hizo terrible para los elementos reaccionarios; fantástico y fascinador con los admitidos en sus sesiones secretas o a la intimidad de sus consultas, se convirtió en nigromántico para los crédulos, en agente de Satanás para los fanáticos y en redomado bribón para los recelosos.

Extranjero, sin conocerse su origen, familia, títulos ni haberes, llevando una corona heráldica, usando un uniforme prusiano, prodigando el oro y aceptándole de quien se lo ofrecía, pareciendo unas veces hacer alarde de un prodigioso poder y buscar otras las nieblas de una oscuridad protectora, apelando a la magia de lo incierto y hasta de lo inverosímil en unas revelaciones y afectando después contrariedad de que circularan, dando margen a sátiras e invectivas, José Bálsamo presentaba un aspecto equívoco, tan propicio a los supuestos que podían encumbrarlo a una jerarquía fantasmagórica, como asequible a las miras hostiles de los adversarios, envidiosos o mal avenidos con su fama y crédito. Simpático al pueblo, rechazado por la corte, acusado de una suposición infame en Prusia, reconocido por bienhechor de varios dolientes y menesterosos, asunto de anécdotas sinies-

tras, cuentos rarísimos y diversos cálculos, complicado luego en una trama ruidosa como el robo de los diamantes de Bohæmer, las pretensiones galantes de Monseñor de Rohan, la intermisión de la condesa de la Mothe y la escena terrible en el Palacio Real entre Luis XVI y el gran limosnero de la corona, Cagliostro abandona a París, teatro de sus más brillantes empresas, y las pasiones diferentes que habían excitado su conducta, sus relaciones, sus discursos, sus tareas públicas y sus trabajos secretos, estallan en explosiones entusiastas o malévolas, desbordan en apologías y libelos, se exhalan en confidencias, cartas y conversaciones, y crean esa atmósfera de encanto y de repulsión, en cuyo centro descubre su posteridad el nombre de ese italiano, figura entre viva luz y cruda sombra, que al par inicia el consorcio de las ciencias ocultas con la revolución en feto, representa el extravío de la fe y la fe en los extravíos que caracterizan al siglo XVIII, y en las misteriosas iniciales L. P. D. *(lilia pédibus destrue)* adelanta el formidable amago de la subversión consternadora en que habían de purgar sus excesos los altos poderes del Estado en la vecina Francia.

Con este hombre particularísimo en su procedencia, educación, costumbres, lenguaje, maneras y procedimientos, acontece que las ponderaciones del favor y del odio frustran los planes del afecto extremado y los propósitos de la sañuda malquerencia, porque ni su esplendor está exento de nubes, ni las nubes eclipsan su esplendor; provocando las biografías laudatorias y las reseñas envenenadas por la antipatía o el encono, el vivo afán de un análisis detallado de todos los hechos que se refieren a tan singular personaje, para arrancar al poema las ficciones y los giros de fantasía en relación a sus actos y arrebatar a la infamia de ignominioso pílori su memoria, inmolada a vengativos furores y prevenciones tenaces. Entre más de cien impresos que he consultado para este curioso libro no llegan a diez los que aspiran a res-

tablecer el fuero de la verdad sobre los relatos novelescos y las declamaciones depresivas al recuerdo de José Bálsamo, y en todos, no obstante, sobran datos y noticias para el juicio de este ser excepcional.

El empeño obstinado de los parciales y afectos al portentoso conde de Fénix por idealizar fuera de medida a su héroe llega hasta reflejar en su cabalística persona algo del misticismo tenebroso del sacerdote indio; de la ciencia recóndita del mago faraónico; del arcano profundo del hijo de Zoroastro; de la inspiración del profeta hebreo; de la solemnidad terrible del druida; de la valerosa persistencia del agitador religioso político, como Huss, Arnaldo de Brescia y Wicleff. Unos pretenden que el discípulo de Althotas había recibido de su maestro la receta alquimista que convertía en oro los metales, en piedras preciosas las vitrificaciones de materias químicas en fusión, y en el elixir de vida la restauración de la salud, el recobro de las gracias juveniles, el vigor del temperamento y la dilatación del plazo que cuenta por término a la muerte. Otros ligan la misión de Cagliostro a los cultos recatados del antiguo Egipto; a los mitos persas, envueltos en un misterio impenetrable; a la comunidad cristiana primitiva, que de las iglesias orientales se implanta en los senos tenebrosos de las catacumbas de Roma; a las cruzadas, que precipitan monjes, guerreros y peregrinos, sobre Alejandría, Tolemaida y Jerusalén; a los templarios, que alían bajo fórmulas especiales el cristianismo práctico de Occidente y el rumbo apocalíptico de los ritos orientales; a los innovadores bohemios, moravos, germanos y suizos, declarados herejes por concilios y pontífices, y constantes en sus designios de remover los cimientos del sumo sacerdocio y de la autocracia política, ejes de la sociedad y polos morales del mundo. No falta quien sostenga que Bálsamo por decreto providencial encontró en sus expediciones el eslabón que debía unir el saber antiguo con el moderno; iniciándose en mu-

chos procedimientos, perdidos en la Babel de las revoluciones del viejo mundo y acreciendo con este grandioso hallazgo los vastos dominios de su inteligencia, triplemente cultivada por el estudio, los viajes y la comunicación con los sabios de la mitad del universo. Algunos se exceden hasta colocar al conde en el escalafón de los hombres-astros, que con el fulgor de una luz suprema han alumbrado nuevos caminos en religión, política, ciencias, artes, industrias y mecanismos de colosal importancia.

Estos pujos de divinidad mitológica, estas alturas épicas y esos privilegios de la fortuna, más bien prestan armas a la maledicencia que contribuyen al relieve de Bálsamo; porque sin tanta e injustificable prosopopeya, basta con lo que consta de él por afectos y enemigos para que su historia no se confunda con la de tanto aventurero deslumbrador, como ha cruzado nuestros horizontes a guisa de luminoso y fugaz meteoro. Sacando a nuestro héroe de su papel, con ínfulas de enaltecimiento hiperbólico, se provocan las noticias que contradicen y anulan esa misión al través de remotas edades, esa jerarquía intermedia entre el Mesías y el apóstol. Entonces se alegan contra la sublimidad de la categoría las travesuras infantiles del inquieto José; la estafa del rico platero; la fuga de su patria; la despreocupación conyugal que permitió a Lorenza Feliciani, su esposa, rivalizar en el corazón del hermoso Potemkin con la Zarina rusa; la explotación de la vieja inglesa; la sustitución de un niño, que motivó su salida precipitada de Alemania; sus relaciones con la Mothe; la señorita Oliva y Villette, reos en el proceso de Monseñor de Rohan; sus violentas disputas con el gacetero británico; sus retractaciones espontáneas en Roma; su reincidencia en la creación de logias en la metrópoli del catolicismo y las revelaciones, ingenuas o forzadas, en la causa que le siguiera el Santo Oficio por francmasón.

Por el contrario, los biógrafos de Cagliostro que rebuscan

materiales para envilecer su nombre, degradar su persona, atribuir su crédito a la miope vista de la multitud, destituirlo de prendas, cualidades y circunstancias, suponerle un embustero y un farsante, y confinarlo al menosprecio, cuando no a la execración de su posteridad, cometen una palmaria e indisculpable injusticia; porque abundan los datos que desmienten conceptos semejantes, viniendo a probar que José Bálsamo, si se fantasea en la novela por Alejandro Dumas, se pinta en la historia con noble fidelidad por Julio de Saint-Félix, si menos que un Profeta, bastante más que un hombre común y entre las especialidades raras.

En balde se pretende por los refractarios a la celebridad de Cagliostro torcer las naturales consecuencias de acontecimientos que relatan ellos mismos, si bien con el prurito de amenguar su efecto y la sensación contemporánea con suponer artificios y amaños, como se ha hecho hasta con los milagros de Moisés y de Jesucristo. Cuando apenas era conocida la frenología de Gall, José Bálsamo hablaba de la cabeza humana de los egipcios, emblema del alma, repartida en los órganos, como la fuerza en los músculos, conspirando a las divisiones del desarrollo y movimiento de la actividad humana. Todavía Mesmer no había pasado de la aplicación mecánica del magnetismo en ruidosas sesiones, y el siciliano influía en las sonámbulas, en clubs reservados y entre sus adeptos; haciendo pruebas reiteradas y triunfantes que la inquisición calificó de artes diabólicas, tras de comprobar los casos. El espiritismo, que ha valido una inmensa nombradía a Sport y a Hume recientemente, era familiar en sus últimos adelantos a nuestro héroe a fines del siglo anterior, y sólo así explicarán el banquete de los muertos, a que asistieran Voltaire, Diderot, d'Alambert y Montaigne, los que certifican esta escena, como pasada ante un círculo de ilustres vivos, sentados a la propia mesa y ante una comida opípara. La prestidigitación de Macallister y la espectrología de Hermann, por

más hábiles y sorprendentes que se crean, no hubiesen bastado entonces, como no bastarían ahora, a fundar la reputación de José Bálsamo, que viniendo a París, después del admirable conde de San Germán, el de las múltiples existencias, necesitaba para distinguirse tanto de bastante más que juegos de destreza y fenómenos de física recreativa.

Me he propuesto escribir un libro sobre Cagliostro que compulse todos sus pasos con interés y atractivo, para fijar la cuestión con imparcialidad y franqueza; marcando su efectivo concepto con tacto y pulso. La mayoría del público le conoce por la libre pluma de los novelistas, por las apologías calorosas o en los libelos infamantes. Acepte estas humildes páginas con la voluntad afectuosa con que yo se las ofrezco y repasándolas con atenta reflexión, deduzca si he procedido bien acometiendo esta empresa y si he logrado llevarla a cima.



# PRIMERA PARTE




## 1

*La infancia de Bálsamo. Influencia de Maffei.*

Se cuenta de Pitágoras que para esforzar su doctrina de la *metempsicosis* o transmigración de las almas de unos a otros de los tres reinos de la naturaleza, testificaba de sí, muy formal, que hacía memoria de haber sido lechuga hasta su introducción en el estómago de un esclavo. Comenzad, si os atrevéis, la historia de un hombre que recuerda haber sido lechuga, y que a otro esfuerzo de reminiscencia puede participaros que fué lagarto en las ruinas de Menfis, o uno de los mosquitos de la tremenda plaga faraónica. El célebre conde de San Germán, el de las múltiples y sucesivas existencias, que tanto maravilló a los círculos aristócratas de París en tiempo del gran rey, solía referir sus aventuras de capitán rebelde en la Rochela, tras de su quema en un auto de fe de Toledo como judaizante, y sus escándalos de cortesana en la Señoría de Venecia en la época del Dux Pietro de Malipieri. Emprended la biografía de un personaje que ha ido siendo sucesivamente dama libre, judío relapso y hereje batallador, y os mandarán enhoramala la mitad de vuestros lectores al primer conato de explicación de estas fases diversas de una propia vida.

Si altos tribunales de justicia, como el Parlamento de París y el Santo Oficio de Roma, no hubieran hecho constar distinta y claramente la identidad personal de José Bálsamo con sus diferentes denominaciones de Alejandro, conde de Cagliostro, el conde de Fénix, el teniente don Thiscio Napolitano, el coronel prusiano Cagliostro, el marqués Pelle-

grini, el marqués de Anna, y Acharat, criado en Medina y fruto de ilícitos amores entre el Gran Maestre de la orden de Malta y la Princesa de Trebisonda, ofrecería no pocas dificultades la empresa de escribir la historia de un hombre, a quien unos testigos aseguran haber oído la frase evangélica —«*Ego sum qui sum*»—, otros declaran que les reveló haber estado en las bodas de Caná; varios convinieron en que se dió por antidiluviano, y no falta quien diga que se proclamaba exento de la muerte por la virtud del supremo elixir de la vida, último resultado de la famosa piedra filosofal o ciencia de Hermes, de que se decía depositario por revelación del sabio Althotas, su imponderable maestro.

La fe de bautismo de José Bálsamo nos da derecho a fijar su nacimiento en Palermo a 8 de junio de 1743; siendo sus padres Pedro, modesto negociante, y Felicia Braconieri, y habiéndole servido de madrina una hermana de su madre, casada con José Cagliari, cambista de crédito en la patria de Santa Rosalía. Apenas cumplido un lustro, nuestro héroe tuvo la desgracia de perder al autor de sus días, quedando en una triste situación la joven viuda, por cuyo motivo sus tíos maternos hubieron de encargarse de la educación del niño huérfano, que ya mostraba una viveza y una travesura, tan graduadas a medida que adelantaba en edad que a los trece años fué preciso encerrarle en el Seminario de San Roque para comprimir sus aviesos instintos bajo la estrecha presión de la férula clerical.

Lejos de plegarse a las costumbres severas y al rígido método del seminario, José resistía la disciplina y osó hacer frente a la austera actitud del Rector y maestros, y dos veces huyó de aquella casa religiosa, y por último hubo que despedirle, deplorando que un chico tan dispuesto, especialmente para la caligrafía y ejercicios de memoria, se hiciera incompatible de todo punto con el orden y decoro del instituto eclesiástico de Palermo. Cagliari habló de abandonar a

su rebelde sobrino; pero Catalina Braconieri entregó al seminarista expulso al Padre General de los Buenos Hermanos, quien se propuso domar al indócil muchacho en el convento de Calatagirona; haciéndole vestir el hábito de novicio, y agregándole al servicio de la botica, bajo la dirección del hermano Maffei, antiguo profesor de química, muy entendido en ciencias naturales y totalmente entregado al estudio experimental y a la práctica médica.

El hermano Maffei tomó cariño a Bálsamo y por una coincidencia notable y de gran influjo en el porvenir del novicio de Calatagirona, éste se acomodó desde luego a las lecciones y tareas del anciano religioso, y en cinco años que vivió el buen hermano, José aprendió muchos útiles secretos en el laboratorio, y no dió muestras de aversión a la existencia monástica.

## 2

### *Misterio sibilino y quiromántico de Bálsamo.*

¿Hemos de creer todo lo que el mismo Bálsamo ha supuesto que aprendió en el laboratorio del hermano Maffei? ¿Supliría la enseñanza de este fraile químico cuanto pretende Cagliostro haber visto y practicado en el Oriente? ¿Perfeccionaría el griego Althotas, con sus conocimientos especiales, las nociones y experimentos del hermano farmacéutico de Calatagirona? Cuestiones son éstas que resolvemos, conciliando perfectamente los elementos sólidos y las experiencias frecuentes de Sicilia con las revelaciones luminosas y el distinto rumbo de los procedimientos orientales; y aquí encontramos la natural explicación de ese giro quiromántico y de ese misterio sibilítico del saber de nuestro hombre, que no es un charlatán, como le llaman sus enemigos, aunque le hayan servido sus raros méritos para men-

tir imposibles, como la alquimia, el rejuvenecimiento de los caducos y el licor de la inmortalidad.

A la muerte del hermano Maffei, el superior de la comunidad tomó a pecho la profesión del novicio practicante, sacándole de la botica para someterlo a todos los rigores de la regla; pero el primer día de lectura en el refectorio, Bálsamo sustituyó a los venerados nombres de santos y vírgenes los alias de los rufianes y los seudónimos de las meretrices, más conocidos entre la canalla de Palermo, y aquel escándalo fué castigado con largos días de reclusión a pan y agua.

Comprimida su audacia por aquella reprensión, no tardó en triunfar la diabólica malicia del propósito de la enmienda, y hallando medio de introducirse en la cocina de los Buenos Hermanos sin ser visto, saturó la sopa de una dosis de polvos purgantes que produjo efectos activos en los religiosos, dependientes y pobres que acudían por las sobras de la humilde mesa del convento; recayendo las sospechas en el discípulo del hermano Maffei, que no confeso ni convicto, recibió sin embargo tres raciones de disciplina, bastantes a penar un conato de envenenamiento. José, persuadido de que a la tercera calaverada iba a reproducir la catástrofe del Apóstol San Bartolomé, huyó del monasterio, refugiándose en casa de su tío, el cambista Cagliari.

Previa solemne protesta de emprender un género de vida, conforme a los justos deseos de sus parientes, Bálsamo quedó admitido en casa de sus tíos, y entró en el taller de un reputado artista, dedicándose al dibujo con alguna asiduidad; pero las compañías aventureras extraviaron pronto sus aficiones, y concluyeron por retraerle del lápiz y de la tinta de China, no sin haberlos utilizado en falsificar billetes de espectáculos para él y sus camaradas.

Una pendencia nocturna con los ministros de justicia por rescatar a cierto mala cabeza, conducido a la cárcel, obli-

gó a la familia del turbulento José a mantenerlo oculto mientras se arreglaba el negocio a fuerza de influjos y a costa de sacrificios pecuniarios, y libre al fin de la acción de los tribunales, volvió a presentarse en la ciudad, prosiguiendo el curso de una existencia desordenada y tempestuosa.

Mediador oficioso entre una prima suya y un cortejante de mala especie, fingió el papel de Mercurio con bastante destreza, poniendo a contribución el galán y comprometiendo a la damisela de tal suerte que vino a hacerse pública la intriga, con justa indignación de los Cagliaris y descrédito del mozo, que así se prestaba a un oficio que Cervantes recomienda satíricamente ennoblecer por su utilidad en la república. Negado por su familia y comprendiendo ya que no había términos hábiles de composición con ella, entró de pasante con un viejo escribano y algunos años después de la ausencia forzosa del aprendiz de tabelión, fué descubierta la falsedad de un testamento a favor del marqués Mauricio por la lesión que producía a una obra piadosa, legal propietaria de los bienes que constituían la falsa herencia; habiendo en el proceso vehementes indicios contra Cagliostro, cuya letra fué declarada indubitable en el cotejo de los peritos.

A esta persuasión añadía fuerza el lance de un religioso, que por intervención de Bálsamo, y mediante una gratificación crecida, obtuvo licencia para ausentarse de su convento, y perseguido por apóstata después, presentó el permiso de sus superiores; reconociéndose falsificada la firma, imitado el sello, y modelado el documento por el tenor de algún otro que se tuvo a la vista para el caso.

## 3

## *Nigromancía testimoniada.*

Como nos hemos propuesto en este curioso estudio de un personaje singular traer a cuento y sujetar al análisis de

los lectores imparciales cuanto resulta de todos los diversos trabajos respectivos a Cagliostro, precedentes a nuestra reseña histórica, daremos una sumaria relación de dos aventuras notables de su estancia en Palermo: la primera, inclusa en una *carta de noticias*, o justificación de vida y costumbres, como se llama en nuestro foro, reclamada por la Inquisición de Roma a los magistrados de la ciudad natal de nuestro héroe, y unida a la causa como antecedentes personales del procesado: la segunda, objeto de un ruidoso procedimiento criminal en la metrópoli siciliana, que obligó a José Bálsamo a huir de su patria, para evitar el riesgo de su vida o serias complicaciones con los tribunales, hartos de miramientos con un mozo tan desmandado y audaz.

No contaremos las anécdotas, sin advertir al juicio de los lectores que la una consta por declaración de dos testigos, que no se dan expresamente por presenciales del hecho que denuncian, mientras que la otra se encuentra plenamente justificada en un proceso seguido por todos sus trámites, que más tarde se continuó con audiencia del culpable principal, transcurridos muchos años de la queja del agraviado en el hecho punible.

En varias ocasiones había dicho Bálsamo en íntima franqueza con sus compañeros de disipación que el hermano Maffei era nigromántico, y que sospechoso por este concepto a la comunidad de Calatagirona, le había legado por su muerte secretos de su arte mágica y el odio de los Buenos Hermanos del citado convento, que le obligó a abandonar aquella casa por conservar su vida, amenazada por continuos y siniestros planes. Estimulado con frecuencia a demostrar algo de lo que suponía aprendido del hermano Maffei en punto a ciencias ocultas, siempre torció el giro del diálogo o se excusó de ello con alegar que no debían tratarse ligeramente cosas tan graves; remitiendo a los incrédulos a una prueba súbita y satisfactoria, cuando menos lo esperasen y

mejor pudiera contribuir a disipar su desconfianza y desvanecer sus dudas en este negocio.

Una noche, reunidos en tertulia sus principales corifeos en casa de una dama de dudosa moralidad, se echó de menos a cierta joven, que ordinariamente concurría a las veladas galantes de aquel círculo; empezando las conjeturas sobre los motivos que retrasaban o impedían la venida de una persona, que prestaba su principal encanto a aquella asamblea de mujeres despreocupadas y de mancebos disolutos.

La dueña de casa chanceándose con Bálsamo de su pretendida ciencia de sortilegios y adivinaciones, le invitó a revelar a los curiosos el paradero, ocupación y estado de la ninfa en cuestión, y los circunstantes tomaron pie de esta broma para insistir con más tesón que nunca en que el discípulo de Maffei se prestara a una inmediata prueba de sus diabólicas habilidades. José entonces se levanta con resolución imponente, y anunciando que va a complacer a la sociedad, pero que exige impenetrable misterio sobre lo que vean en la operación cabalística; traza un cuadro en la mesa; coloca un espejo en el trazado cuadro; pasa las manos repetidamente sobre la luna, y excita a mirar a los sobrecogidos espectadores que se agolpan con avidez, retrocediendo algunos con asombro, y no pudiendo otros comprimir sus exclamaciones de sorpresa o de agrado por el éxito portentoso de aquel conjuro.

Todos vieron clara y distintamente (según el doble testimonio de la expresada *carta de justicia*) a la joven ausente, en compañía de tres personas, jugando a los tres sietes en el gabinete de su casa y a la parte en el juego con cierto protector de su desamparada juventud, sujeto de posición y de arraigo en Palermo, y conocido de toda la sociedad, testigo de aquella evocación evidentemente improvisada. Hubo quien no fiándose del testimonio del espejo y autorizado por

sus circunstancias a presentarse en casa de la damisela, fué con un pretexto especioso y volvió a la tertulia a testificar la exactitud de la visión nigromántica; dando este lance materia a todas las conversaciones, quizás por lo mismo que el joven hechicero había encomendado la reserva más profunda.

4

*Genialidad burlesca de Bálsamo con el platero Marano.*

Pasemos a la aventura más comprobada y auténtica del platero Marano, que no sólo decidió la fuga del revoltoso José por el ruido que produjo en toda Sicilia, sino que averiguada por el sarcástico y violento Morand, célebre redactor del *Correo de Europa* y enemigo acérrimo del conde de Cagliostro, tuvo una publicidad escandalosa en nuestro continente, exacerbando el encono de la víctima de aquel chasco, y dando lugar a persecuciones que impulsaran a Bálsamo a su último y funesto viaje a la capital del catolicismo.

Bien por las conversaciones de José respecto a las ciencias ocultas, que pretendía haber estudiado bajo la férula del hermano Maffei, bien por la reputación tenebrosa que le valieran algunas indiscreciones de los testigos del relatado conjuro, ya por aquello que dice un adagio español de que la fortuna de un loco es dar con otro, es lo cierto que un artífice palermitano, Marano de apellido, de buena fortuna pero de codiciosa índole, prestó fe a los conocimientos mágicos del ex novicio de Calatagirona, y comenzó a asediarle con formal empeño de utilizar las artes adivinatorias en provecho de su avaricia.

No se necesitaba de tanto para despertar el espíritu emprendedor y la genialidad burlesca de nuestro personaje, y apercibido de los intentos de Marano y de los

vehementes impulsos que cegaban con la venda de un fabuloso interés su ordinaria mezquindad, disimuló maestramente que penetraba los móviles de aquellas insistentes consultas, y como excitado por la curiosidad indagadora del platero, le habló de tesoros ocultos, de cavernas ignoradas, de cuevas reales de Sésamo, que a costa de poco dinero, y con el auxilio de conjuros salomónicos y de sacrificios nefandos, podían abrirse a la posesión de los que arrostraran algo por obtener magnífica recompensa de sus atrevidas operaciones.

No pudiendo resistir la hidrópica sed de riquezas, y el ansia de penetrar en los arcanos babilónicos, el seducido artífice propuso resueltamente al ex seminarista de San Roque, una asociación explotadora de tesoros recónditos; exigiendo el concurso de la industria del discípulo de Maffei y brindando el capital necesario para tan ardua y lucrativa empresa. Lejos de ceder a la proposición cuando se la hubo formulado el avaro platero en el colmo de su vertiginoso afán, trató José de disuadirlo de su temeraria resolución representándole vivamente los riesgos de ser observados y sorprendidos quizás en flagrante delito de hechicería; confesándole que no en todas ocasiones surtían las fórmulas cabalísticas sus ordinarios y apetecidos efectos; manifestándose instintivamente fosco a los bienes materiales y con marcada preferencia a la comunicación con el mundo de los espíritus, y dejando comprender al ambicioso Marano que había peligros extraños y terribles en el empeño de arrancar al pasado sus revelaciones y de explorar las riquezas, sepultadas en las entrañas de la tierra por la mano del hombre, en las revoluciones de los pueblos o en las subversiones de las razas.

Más enardecido por la resistencia de Bálsamo a secundar su tiránico y exclusivo pensamiento, Marano rogó, hizo promesas, adelantó diez onzas de oro, y recabó en fin palabra de honor de nuestro taimado personaje de consagrar-

se inmediatamente y sin tregua a los conjuros y ceremonias, conducentes al ya común designio; quedando preso en las redes de la trapacería del picaresco doncel, que corrió a publicar entre sus camaradas el chistoso lance; quedando convenido entre todos el escarmiento de la credulidad y la avaricia de un hombre, que no disfrutaba de simpatías en la capital del reino siciliano.

De promesa en promesa y de contrariedad en contrariedad, ora remoto el plazo del mágico descubrimiento por inopinados óbices, ora cercano el suspirado instante de ver y palpar las ánforas rellenas de oro, las cajas de antiguos collares, cinturones, diademas, brazaletes, anillos. amuletos, estatuillas, sellos, frascos y preciosos dijes, y los estuches de rubíes, jacintos, esmeraldas, zafiros, topacios, sardix, cornelinas y granates, Bálsamo entretuvo al platero impaciente algunas semanas, sacándole hasta sesenta onzas, y por último, le descubrió que la gruta maravillosa existía a corta distancia de Palermo, donde irían pronto, en el sombrío silencio de la noche, a los ritos indios que debían franquear el acceso a los codiciados tesoros.

En efecto el nigromántico y su víctima fueron a un descampado, próximo a la ciudad, entre las sombras de una oscura y medrosa noche; pero apenas encendida una hoguera y pronunciada la primera frase de la evocación, una turba de diablos, armados de sendos garrotes, administró al espantado artífice paliza tan soberana que dejado por muerto fué recogido a la mañana siguiente y transportado a su casa en una situación deplorable.

## 5

## *Período con dos historias.*

Si algún mérito concurre en este compendioso relato de existencia tan original y peregrina como la de Cagliostro

es seguramente el método en la exposición correlativa de sus varios sucesos y peripecias, que falta en casi todas las reseñas biográficas de tan excéntrico personaje, por no haberse comprendido la manera de conciliar lo cierto, lo constante y lo probado, en ese tejido de extrañas aventuras, con lo falso, lo supuesto y lo inverosímil, ya procedan las fábulas de imputaciones artificiosas, ya provengan de los conatos de singularidad de nuestro héroe.

El método de nuestra relación ha nacido así de las mismas dificultades en combinar por su orden tanta diversidad de especies en unas mismas fechas, y de tan prolija combinación ha resultado la necesidad de unir antecedentes dispersos, separar hechos distintos y dedicar útiles advertencias a gran parte de los episodios de acción tan rara como confusa en ciertos interesantes pormenores.

Desde la fuga de Palermo hasta la aparición en Nápoles de nuestro hombre hay un período que se disputan dos historias, y lo más notable del asunto es que ambas se refieren a declaraciones del mismo José Bálsamo: la una ante los jueces de la inquisición romana y la otra en el proceso Rohan ante el parlamento de París, inclusa también, como dato biográfico, en la *Memoria justificativa* o alegatos de sus defensores, de que trataremos en su respectivo lugar, y en relación con la causa por robo de diamantes al joyero Bohæmer. Importa asimismo hacer presente, ya que estamos preparando la narración consecutiva y fácil de los acontecimientos, que una y otra de las declaraciones excluyen la idea de haber importado Cagliostro de Egipto el rito particular que introdujo luego en la francmasonería; denunciando sus posteriores espontaneidades en Roma que hasta su ida a Londres no se había iniciado en los misterios de las logias del masonismo, con lo que dejamos prevenidas las infundadas versiones que derivan el rito nuevo de congregaciones místicas del Oriente.

## 6

### *Tratos y andanzas de Bálsamo con el griego Althotas.*

Expongamos el contexto de la declaración de Bálsamo en el proceso de Roma en 1790; debiendo hacer notar que no cabía presión, recelo ni disimulo en esta parte de sus revelaciones al Santo Oficio, puesto que no tratándose de especie alguna de cargo que desvanecer o destruir con amañadas explicaciones, el reo quedó completamente árbitro de contar lo que tuviera por conveniente de una época de su vida, no sujeta a la jurisdicción de aquel tribunal, ni afecta a los resultados del procedimiento, como lo corrobora la circunstancia de omitirse en éste y en otros puntos de sus confidencias toda clase de informes, *cartas de noticias* y pruebas testificales.

Después de la aventura tragicómica del platero Marano, José fué a Mesina, donde expresa que su inquieto espíritu se inflamó con la idea de recorrer los puertos del Asia, y aun de penetrar, a serle posible, en el interior de algunas ciudades, famosas por sus recuerdos, industrias o singulares costumbres.

En la factoría griega tuvo ocasión de ver y de tratar a un personaje, llamado Althotas, hombre de edad, pero fuerte; de complexión robusta; carácter enérgico; versado en idiomas y dialectos de las costas asiáticas y africanas; inteligente en metales y pedrería; conocedor de importantes procedimientos químicos; hábil en multitud de métodos de fabricación y productos artificiales, que había estudiado en comarcas remotas y de escaso comercio con nuestro continente; instruído en porción de curiosas antigüedades de la India, de Egipto y de Grecia, de donde se decía natural; coleccionista infatigable de manuscritos y preciosidades artísticas, particularmente piedras grabadas, medallas y monedas; persona de irresistible atracción por la franqueza y ameni-

dad de su instructivo trato; relacionado con las primeras casas mercantiles de Italia y de Grecia y de venerable aspecto por su luenga y blanca barba, su traje oriental y otras semejanzas de traza y maneras con los tipos bíblicos del Asia.

Althotas propuso al joven siciliano asociarle a sus expediciones y tráficos por los puertos del Archipiélago, Bósforo y Mar Índico, y Bálsamo aceptó el partido en el colmo de la alegría por ver realizada su ambición de recorrer lejanos países; tratar gentes de otros hábitos que los de Europa, y estudiar vetustas y excitantes tradiciones de pueblos ilustres y civilizaciones insignes.

En Alejandría se ocupó el viejo Althotas en montar una fábrica de telas de lino y algodón, imitando las manufacturas persas y chinas de seda cruda e hilada, así en tejidos como en dibujos y colores, y en Rodas planteó talleres de metalería y quincalla; vendiendo a los directores de la especulación varias recetas para baños de oro y plata de los objetos de cobre, latón y plomo, y descubriéndoles un nuevo sistema de laborar el vidrio para la pedrería falsa, como lo había visto practicar en las ciudades de Bagdad y Bassora.

Althotas pensó en dirigirse a El Cairo, donde concurrían al bazar de joyeros en determinada época multitud de judíos, griegos y piratas malayos, tratantes en perlas, diamantes, perfumes, elixires, yerbas y plantas medicinales, y particularidades de los industriosos pueblos de las razas amarilla y cobriza; pero antes fué a Malta, con objeto de ver a un amigo suyo, empleado en los arsenales de la religión militar de San Juan de Rodas, y habiendo tenido ocasión de hablar con el Gran Maestre Pinto, de elaboraciones, mecanismos y orden de trabajos en los primeros pueblos fabriles y artefactores del viejo mundo, convino en tomar la dirección de una fábrica de espejos, superiores a los venecianos en calidad, y de menos coste por ciertas manipulaciones particularísimas en la masa de azogue.

En compañía de Bálsamo pasó Althotas a San Juan de Acre y a Tolemaida, para deshacerse de un surtido cuantioso de joyería arábiga y de labores de alquimia, y una vez realizadas las ventas y recogido su importe en cequíes y escudos, regresaron a Malta, donde el Gran Maestre, que era fanático por la ciencia hermética, declaró al anciano griego que lo adscribía a su laboratorio para eficaz auxilio de sus trabajos en las faenas de la piedra filosofal y en la confección del elixir de la vida. Tratado con todo género de consideraciones, pero retenido en la isla como un cautivo, y en la absoluta precisión de consagrarse por entero a las especulaciones de la vana ciencia de Hermes y al cuidado de los hornos de crisología y transmutaciones de las sustancias y espíritus, combinados según las indicaciones vagas de la crisopeya, Althotas se contristó de manera que al año y medio de esta vida sedentaria y esclava en realidad, murió consumido y desfigurado, y entonces José pidió al Maestre Pinto que le permitiese regresar a Italia, haciéndolo en compañía de un caballero de la orden a quien fué encomendado hasta su arribo a Nápoles.

Bálsamo agrega en esta declaración que trabó amistad con un príncipe extremadamente afecto a la química, con quien pasó una temporada, arreglándole el laboratorio en una hacienda de Sicilia, y que estuvo en Mesina, donde encontró a cierto abate de Palermo, hombre de vida airada, y uno de los que hicieron papel de demonio en la inicua farsa del platero Marano. Con persona de tales antecedentes José emprendió segundo viaje a Nápoles, sufriendo un arresto de algunas horas en la aldea de *Pirro* por creérseles raptores de una mujer, arrebatada violentamente a su familia; pero reconocido el yerro por la autoridad, se les permitió seguir libremente su camino hasta la capital antedicha. Allí se hubieron de separar los camaradas, y provisto Bálsamo de cartas de recomendación y de señas de personajes distinguidos

marchó a Roma, alojándose en la Fonda del Sol en la Rotonda.

Hasta aquí nos cumple llegar en el cotejo de las declaraciones diversas de nuestro héroe en las causas de París y de Roma, porque de aquí en adelante la ruta, los actos y los procederes de este hombre extraordinario se siguen con alguna regularidad, si bien no faltan cuestiones en ciertos incidentes, que zanjaremos también con ayuda de una crítica, ilustrada con todos los datos para formar juicio competente de la verdad o al menos fijarse en lo más verosímil en cada punto dudoso o enmarañado.

## 7

## *Una novela oriental.*

Cuando el conde de Cagliostro —José Bálsamo—, preso en la sombría fortaleza de la Bastilla y complicado en el proceso contra Monseñor de Rohan, fué sometido a la alta jurisdicción del Parlamento de justicia e interrogado sobre su patria, familia, estado y demás personales condiciones, tuvo que ocultar sus efectivos y nada favorables antecedentes.

Se propuso autorizar con sus manifestaciones en una causa de Estado las consejas que había referido acerca de su nacimiento, origen, educación, viajes y aventuras; conjeturando acertadamente que en un actuado de tal importancia y de tantas personas, en complicación más o menos directa con un Príncipe de la sangre, Cardenal, gran limosnero de la Corona y envuelto en las sospechas de un robo, con el conato de seducción de la hermosa y altiva María Antonieta, ni habría tiempo ni interés en inquirir la certidumbre de los hechos, no pertinentes a la cuestión de actualidad.

Creyó que la lectura pública de las declaraciones en un proceso, que debía excitar en tan alto grado la curiosidad y la atención del impresionable París, atraería prestigio

fantástico a su persona para la desdeñosa corte, la versátil aristocracia, la clase media y el pueblo, merced al arcano de la procedencia, a lo remoto del país y a lo extravagante del destino que se atribuía el hijo de Pedro Bálsamo y Felicia Braconieri, y no sólo detalló, más de lo que cumplía a un procesado, tales pormenores de su existencia, sino que permitió copiar íntegras sus revelaciones en la *Memoria justificativa* que presentaron sus defensores al tribunal, repartida profusamente, impresa en folio, con una portada grabada en acero, con el retrato del supuesto conde; laudatorios epígrafes; pasajes de su mentida historia y signos heráldicos; atributos científicos y misteriosas cifras.

Los abogados de Juana de Valois, condesa de la Mothe, antes amiga y después acusadora formidable de Cagliostro en aquel voluminoso proceso, a falta de auténticos comprobantes contra la novela oriental, que Bálsamo se permitía contar a sus jueces, y sus defensores ponían en circulación en la forma expresada, se desataron en invectivas, improperios y burlas contra un hombre a quien calificaron alternativamente de ignorante, impostor, descreído, hechicero, advenedizo, héroe de los simples y rey de los bribones, hasta compararlo con el famoso *Giuseppe Borri,* profeta y nigromante, que después de varias correrías por Europa y de una ruidosa residencia en Strasburgo, abjuró en la inquisición romana sus errores; confesó sus trapacerías; pidió clemencia para sus excesos y abusos, y murió desterrado en 1695.

Pasemos a la declaración de Bálsamo en el proceso de París, dejándole explicarse libremente y sin interrupciones, pues ya consta al lector lo que expuso luego en la causa de Roma sobre la propia materia, y en cuanto a las deducciones de esta conducta reservemos nuestro juicio hasta conocer perfectamente al personaje.

Cuando el conde de Cagliostro tuvo esa edad en que se fija el niño en su ser y en los objetos que le rodean, se

encontró en Medina, con el nombre de Acharat; en el palacio de Mustí Salhaim, servido por tres eunucos; cuidado amorosamente por el venerable Althotas; visitado por el Mustí con grandes consideraciones, y ocupando un aislado pabellón en el vasto jardín del alcázar, protegido por altos tapiales y a la sombra de gigantes palmeras. Después Althotas entró en el desempeño celoso del encargo de Mentor con el Telémaco de Medina, y comenzó a instruirle en la religión cristiana, noticiándole que tenía por nombre Alejandro, y que era hijo de padres católicos y de suprema jerarquía

Era el ayo de Alejandro una eminencia en ciencias físicas y naturales, y no contento con enseñarle química y botánica, solía pasar con él temporadas en un caserío del Mustí, entretenido en coleccionar plantas y en hacer operaciones en un extenso y rico laboratorio; guardando el caserío veinte esclavos negros del opulento Salhaim, armados de largas espingardas y de sendas gumías. A los doce años sabía el niño las lenguas orientales en que están escritas las grandes obras de las civilizaciones india, egipcia, persa y arábiga, y algunos dialectos, derivados de la matriz árabe, particularmente la jerga franca, en que se entienden asiáticos y europeos en sus litorales respectivos y en sus traficaciones y activo comercio. Althotas dispuso la partida, al paso de una numerosa caravana, que se dirigía a la ciudad santa de la Meca, y el Mustí, colmándolos de ricos presentes, y despidiéndolos en lucida cabalgata a buen trecho de Medina, se volvió triste y preocupado a la ciudad, mientras los huéspedes del pabellón continuaban su ruta, incorporados a los musulmanes peregrinos.

Al llegar a la Meca, Althotas se encaminó con su pupilo al palacio del Sheriff Alí-ben-Heroam, y después de un rato de conferencia con este Príncipe en su gabinete, le presentó a Acharat, notando éste la viva ternura con que le estrechó en sus brazos el potentado ismaelita, y las muchas lá-

grimas con que bañó su rostro al besarle en ambas mejillas con paternal efusión. Instalados los viajeros en la suntuosa morada del Sheriff, y en departamento interior y libre de exploraciones importunas, desde la primera noche durmió sobre una piel de tigre, rebozado en su alquicel de lana amarilla, desnudo el alfanje de empuñadura de plata, y a los pies del púbero Acharat, el corpulento eunuco etíope Heloim, adscrito al servicio y custodia de nuestro héroe por el gobernador de la Meca.

Maestros, buscados entre los más competentes en la ciudad sagrada del mahometismo, enseñaron a Acharat la historia de la raza de Ismael en todas sus múltiples divisiones en castas, familias, bandos y personalidades, desde que el Profeta redujo a creyentes a los idólatras de la Arabia, hasta las victorias de los turcos, en compensación de las pérdidas sarracenas en la Europa y en el África. Matemáticos y astrólogos completaron esta ilustración particular, vigilada de continuo por el anciano Althotas, que temía por la fe de su patrocinado en este roce y comunicación continua con faquires y rabinos; pero que cedía a este trato con infieles por dar gusto a Alí-ben-Heroam, obstinado en hacer partícipe a su huésped de la sabiduría musulmana.

Tres años pasaron en el palacio del Sheriff los que habían vivido otros doce en el alcázar del Mustí de Medina, y Althotas anunció nueva ausencia, que llenó de pesar al Príncipe y de sorpresa a Cagliostro; siendo precisa la separación en obediencia a secretas instrucciones; exigiendo Alí que los viajeros aceptasen el regalo de su fiel eunuco; haciéndoles obsequios de inmenso valor; abrazando a Acharat con emoción profunda, y diciéndole entre sollozos: —«*adiós, hijo desventurado de la naturaleza*»—. Los excursionistas, en compañía del negro Heloim, se alejaron de la Meca; uniéndose a una caravana de hadjís, que cumplidos los trámites de la expedición al sepulcro de Mahoma regresaban al Egipto.

En el imperio de los Faraones, y ya en edad y con elementos de aprender mucho en corto espacio, Alejandro se entretuvo en rebuscar lo que restaba de aquellos magos, que según las Sagradas Escrituras, rivalizaron con los prodigios de Moisés y Aarón, y en recoger los procedimientos médicos, quirománticos, astrológicos, artísticos, industriales y etnográficos de aquel pueblo, admirable en los míseros despojos de sus monumentos, como en los escasos vestigios de su saber.

Allí asegura Acharat que visitó los templos, donde se dedican viejos ministros a la interpretación de arcanos sublimes, depositados en pirámides y monolitos, y encerrados en esos jeroglíficos, que si eran para el vulgo raros exornos de arquitectura, constituían caracteres sagrados de una estenografía tradicional, clave suprema de profundos misterios y cifra luminosa de las importantes conquistas de la inteligencia de una raza de sacerdotes, enteramente votada al cultivo de ciencias y artes, que hicieron al Egipto segunda cuna de la civilización del universo.

Allí supone el patrocinado de Althotas, que entre doctores, derviches, faquires, santones, humildes fellaths [1], saltimbanquis y vagamundos, coleccionó multitud de conocimientos extraños y de una diversidad infinita; pero que desde los específicos más eficaces contra dolencias, tenidas generalmente por de imposible curación, hasta la fascinación de las serpientes por el canto acompasado y los balances del cuerpo, le proporcionaron una riqueza de elementos instructivos, útiles y curiosos, superiores a toda ponderación en su número, interés, aplicación y resultados. Del Egipto fueron nuestros expedicionarios al imperio de Marruecos, y de allí a las regiones de Argel y Trípoli; pasando a Túnez, cuyo bey les hizo un recibimiento amigable, dándoles alojamiento en casa de su secretario particular.

---

(1) País del África, situado en la Nigricia central.

En Túnez murió el etíope Heloim de una fiebre pútrida pestilente que se declaró epidémica, importada por un buque liornés, y antes de que cundiese el estrago por la ciudad y su circuito, Althotas y Acharat se embarcaron en un bergantín griego, que regresaba a la isla de Rodas; teniendo que sufrir a su arribo una rígida cuarentena sanitaria.

En Rodas aguardaron el anciano y el adolescente contestación a unos pliegos, remitidos a Malta por conducto del comandante de una urca de transportes al servicio de la orden de San Juan, y no tardó la respuesta, con letras de cambio que se hicieron efectivas al punto; navegando con tiempo bonancible hacia Malta, donde fueron ellos solos dispensados de las prevenciones severas contra la temida infección.

Althotas condujo al mancebo al palacio del Gran Maestre, dejándole en un aposento reservado mientras iba a presentarse al jefe de la insigne orden hospitalaria y militar, y volvió a la media hora, transformado en sacerdote de la religión de San Juan de Rodas, para anunciar al asombrado *hijo de la naturaleza* (como le dijo en la Meca el Sheriff) que había dado término el encargo de velar por su vida y servirle de padre, una vez seguro en aquella isla, y bajo la protección de quien le tocaba más de cerca. Vino a interrumpir esta conversación el caballero de Aquino, de la ilustre familia de Caramánica, a cuya tutela confiaba el Maestre al joven Alejandro, y le acompañó a la cámara del poderoso Pinto, superior de la sagrada milicia, quien le recibiera con los brazos abiertos, y análogas efusiones a las del viejo Alí-ben-Heroam.

Informado con grandes muestras de interés de todo lo sucedido en tantos años al patrocinado de Althotas, el Gran Maestre confirmó lo que en Medina había sabido acerca de su nacimiento el niño educado en casa del Mustí; protestando que si sus padres no podían reconocerle con orgu-

llo por obstáculos insuperables, compensarían esta satisfacción con ennoblecerlo a par de los más altos, y enriquecerle al nivel de los más favorecidos por la fortuna. Desde aquel día Alejandro ocupó el primer lugar a la derecha del Gran Maestre en comidas, recepciones, fiestas y paseos, y los caballeros y personajes que visitaban la isla, cristianos, cismáticos o infieles, trataban al joven extranjero como a un hijo adoptivo de Pinto, por cuyo medio se obtenían gracias, dispensas, y toda especie de favores.

Althotas, que desde el segundo día de su llegada había desaparecido a la vista de su discípulo, quien no se atrevía a preguntar por él en la especie de sombra nebulosa que le circundaba en su nueva situación, regresó a Malta a los dos meses de su precipitada ausencia, y abrazándolo con cariño, le manifestó que había ido a Roma a un asunto de interés peculiar de Alejandro; y en efecto, el Gran Maestre, haciendo comparecer a su despacho a su protegido, le hizo entrega del título de Conde de Cagliostro, caducado por extinción de una antigua y esclarecida familia romana, y restablecido en su prez y singulares privilegios por la Sede Apostólica a favor de Alejandro de Medina, ahijado de Su Santidad.

Algunas veces, y en particulares conversaciones, el Maestre se informaba con ciertas muestras de curiosidad del Sheriff de la Meca por reiteradas preguntas a Cagliostro, y en más de una ocasión ponderó la peregrina belleza de su hija princesa de Trebisonda; prohibiendo siempre al conde que fuese a aquel imperio, donde podría costarle la vida una imprudencia. A los diez meses del arribo a Malta, Althotas sucumbió a la intensidad de una pulmonía fulminante, y Alejandro se entristeció de tal suerte con tan dolorosa pérdida, que temeroso el Maestre Pinto de aquella preocupación constante y sombría de su ánimo, determinó hacerle viajar por Italia, proveyéndole de fondos, y haciéndole acompañar has-

ta Nápoles por el caballero de Aquino, quien no dejó al conde sin hacerle entrega de unos pliegos voluminosos para presentarlos en Roma en la secretaría particular del Santo Padre, cuya comisión llevó a nuestro héroe a la metrópoli del catolicismo, donde vamos a incorporarnos con él para la continuación de esta historia, que tiene mucho de novela en las complicaciones de su fingido y real argumento.

## 8

### *Bálsamo, dibujante, químico e industrial en Roma.*

Ya en la soberbia ciudad de los Césares y de los Papas, José Bálsamo recurrió a las cartas comendatorias y a las útiles indicaciones de que en Nápoles se había provisto; introduciéndose en la amistad del Barón de Brettevil, de otros considerados señores y graves Prelados, a cuyo amparo vivió algún tiempo, ocupándose en dibujos fantásticos a la tinta de China, que se rifaban a título de socorro decente a un caballero menesteroso, por más que esta clase de industria además de agotada en un país, frecuentado por tantos artistas, fuese de las más expuestas a retraer a los protectores por sus inherentes compromisos.

Escrito estaba, como dicen solemnemente los mahometanos, que José no pudiese vivir en paz mucho tiempo, y el diablo, encargado de armarle una de sus celadas, le vino a deparar disputa y pendencia con cierto huésped de la fonda del Sol, de cuyas resultas le pusieron a la sombra en la cárcel de policía por haber herido a su contrincante en la cabeza, y si bien los influjos válidos de sujetos de suposición le devolvieron la libertad a poco más de los quince días de su arresto, la aventura le dañó infinitamente en el concepto de sus favorecedores y nuevos amigos, que recibiéndole con otro semblante y negándole después algunas exigencias en su provecho, le pusieron en el caso de recurrir a otro género

de especulaciones para garantía de sus medios de subsistencia en la capital de los Estados pontificios.

El discípulo del hermano boticario de Calatagirona se dedicó a las composiciones de laboratorio y el compañero del griego Althotas amplió las preparaciones químicas con objetos y nombres orientales que diesen estimación a los productos.

José inauguró con cautelosas precauciones, que aumentaban el efecto de títulos y usos de las drogas, la venta reservada del *vino egipciano,* para excitar temperamentos débiles o agotados por el abuso de los placeres sensuales; del *agua del Serrallo,* para conservar o adquirir la frescura, suavidad y coloración de la tez femenina en los hermosos días de una brillante y lozana juventud; del *óleo prodigioso* para restituir al cabello enfermo la brillantez del oro de Ofir o el lustre del ébano, fortificando sus raíces e imprimiendo a los renuevos de la cabellera ese brote en ondas suaves, que tanto acrecen el mérito de una cabeza de corte clásico o de graciosos contornos; del *elixir de Menfis,* para infalible y radical remedio de vicios humorales, desarreglos interiores y causas ordinarias de esa esterilidad, que infamaba la ley de los hebreos, que producía el divorcio en Esparta, y se consideraba en Roma como el castigo de una ofensa a los dioses, y de *pasta de Siria,* cuyo aroma, apenas perceptible y delicadísimo, lleva en sus efluvios el secreto de esa simpatía, que el materialismo oriental refiere a impresiones de los sentidos, independientes de espontáneos impulsos del alma; haciendo sierva de sus siervos a la que creemos señora de sus esclavos.

Libertinos, viejos gastados y algunos hombres tiples, vinieron a pagar a peso de oro las botellas del *vino egipciano,* expendidas con cláusula de grande sigilo por el astuto siciliano. Las Frineas, Aspasias y Lais, las presumidas y las rebeldes al imperio de los años, buscaron en el agua de Ca-

gliostro el Jordán de sus encantos marchitos, y en su aceite la reparación de cabelleras más o menos necesitadas de los auxilios del *óleo prodigioso.*

Multitud de esposas, desahuciadas del placer o del provecho de la maternidad, y de mujeres que por ella entendían conseguir ciertos propósitos, fueron a la fonda del Sol a avistarse con el joven extranjero, a consultarle respecto a su estado y relativas aspiraciones, a informarse acerca del régimen que hacía eficaz el método de propinación del *elixir de Menfis,* a interesar al amparo de las estériles en el logro de sus afanes con dádivas y pingües promesas, y a recoger la pócima fecundante, contenida en frascos de estructura particular, con etiquetas ovales y caracteres cúficos, que costaba sendos escudos, como es de suponer de la truhanería de nuestro Dulcamara y del deseo, pasión, designio o cálculo de las visitadoras de su recóndito y misterioso gabinete de consultas.

Esa cáfila de hombres depravados y de mujeres impúdicas, libidinosos a par de crédulos, que en Atenas requerían encantos para forzar resistentes voluntades a los inmundos sacerdotes de la diosa Cotito, que en Roma compraban filtros amatorios y brebajes afrodisíacos a la infame Locusta, que en la Edad Media demandaban hechizos eróticos, y recetas mágicas para vencer las dificultades de sus caprichos a viejos rabinos o a zíngaros miserables, y que aun en nuestros días se hacen echar las cartas, encargan bebedizos, y se dejan saquear por zahoríes, adivinos y quirománticos, acudieron también a la Rotonda, más que para hacerse de las cajas de cedro, en que Bálsamo les brindaba su *pasta de Siria,* a inquirir si, además de aquel perfume de atracción simpática, se mezclaba el huésped de la fonda del Sol en prestar su ayuda al vicio, al crimen y a los frenesíes de antojos, elevados a pasiones, y enardecidos hasta la monstruosidad por el insidioso diablo de la lascivia.

La existencia del expendedor de específicos y del médico intruso en una capital, por más extensa y populosa que fuere, no puede prolongarse con fruto más allá del tiempo de dar salida a sus drogas y producto a sus recetas; porque el empírico es ave de paso, y porque subleva a la envidia, si adquiere algún crédito, o suscita la difamación, si no dan resultados sus pociones y métodos curativos. Satisfecho Bálsamo de sus ganancias en un período bien corto de aquella especialidad médico-química, pensó en correr las primeras ciudades de Italia con sus pócimas, sólidos, líquidos, extractos y espíritus, y cerrando definitivamente despacho y gabinete de consultas, se dedicó a ver a Roma como curioso, antes de despedirse de ella como industrial.

## 9

### *Casamiento de Bálsamo. Una cláusula.*

*El hombre propone y Dios dispone,* establece un adagio español, reflejo de esa fe de nuestros padres, más sabia y poderosa que la vana ciencia de sus hijos; porque la una, haciéndolos creer los movía a obrar con un fin seguro y por un rumbo determinado, al paso que la otra amontonando confusiones, guía por lo incierto hacia lo desconocido.

José Bálsamo fué uno de tantos vivos y fehacientes testimonios de la verdad religiosa, moral y constante, contenida en el citado proverbio castellano, y cuando vagaba, distraído e indiferente, por los barrios de la ciudad santa para los católicos occidentales, creyendo próxima la hora de evacuar su recinto, libre y audaz como penetrara en él, la Providencia guiaba sus pasos hacia la Trinidad de los peregrinos, donde vivía el calderero Feliciani, padre de una Lorenza, destinada a Eva de aquel Adán palermitano, para unión de sus nombres en una misma, aventurera, varia y curiosísima historia.

No creáis por vuestra vida, lectoras sensibles, que voy a contaros una de esas patéticas e interesantes leyendas de amor, tan comunes cabalmente en la poética y apasionada Italia, que por nuestros amantes de Teruel, y por el Abelardo y la Eloísa de los franceses, nos presenta inseparables los simpáticos nombres de Rafael y la Fornarina, de Romeo y Julieta, de Tasso y Leonor, de Petrarca y Laura, de Paolo y Francesca, de Alfieri y la condesa de Albany.

Ni José Bálsamo ni Lorenza Feliciani, a decir verdad, habían nacido para ingerir los suyos en esa lista de nombres célebres en los fastos amorosos; ni su belleza física, delicadeza de sentimientos, ni su elevación de alma, eran tales que los preindicaran a una clase subalterna, pero inmediata en la historia de las parejas memorables, como Baucis y Filemón, Píramo y Tisbe, Leandro y Eros.

Lorenza era una muchacha del pueblo, bastante agradable de fisonomía; mediana estatura; vulgar educación; espíritu limitado; dotada de gracejo natural; susceptible de lo bueno como de lo malo que se le influyera, y que pasó la vida entre resistir consejos perniciosos, obedecer a sugestiones malignas, ser cómplice de intrigas y manejos de su consorte y comprometerlo después en revelaciones abrumadoras. Los que no han visitado la egregia ciudad de Rómulo y de San Pedro, no conociendo el tipo vulgar romano, suelen creer exageradas las descripciones de ese pueblo excepcional en belleza, distinción, lenguaje, actitudes, maneras y costumbres; porque no se fijan en la idea de que esto procede por necesidad lógica de la magnificencia, del esplendor, de la ostentación, del trato selecto, de la familiaridad con lo majestuoso y lo sublime, del buen gusto en las tradiciones, y del instinto educado por las impresiones continuas de los encantos de la naturaleza, de la excelsitud suprema de la religión, de los alardes de la ciencia, de los prodigios de todas las artes, y de esa maravillosa armonía entre

destinos siempre grandiosos al través de diversas civilizaciones.

Hija del pueblo-rey, Lorenza Feliciani, muchacha oscura, nacida y educada en un taller y tienda de calderería, sitos en un barrio extremo de Roma, tenía esa expresión fisonómica, ese porte airoso, ese timbre de voz, esa locución atractiva y esa elegancia en su misma negligencia, que ha hecho llamar *pueblo de diosas* a las romanas a perito de la competencia indisputable de Lord Byron. Así se explican ciertos triunfos de la condesa de Cagliostro en Prusia, en Madrid y en París; ciertos prestigios que le valieron sus gracias y atractivos en Lisboa, Londres y la capital de Francia; ciertos recursos de sus prendas y cualidades en España, Inglaterra e Italia.

En cuanto a Bálsamo, no había recibido de la naturaleza esa especie de carta de recomendación, que suministra un físico agradable, y que amplía un continente noble y de ingenua insinuación en la benevolencia de los demás. Hombre de corta estatura, bilioso, cejijunto, ojos de un brillo fosforescente, pelo crespo, abultado de facciones, de traza descuidada y aire singularmente sospechoso por la penetración y malicia que revelaban sus observaciones y actos, puede asegurarse que sin el papel de Profeta, la magia de ser extraordinario por sus conocimientos y circunstancias, y el carácter de reformador de la francmasonería con las novedades y fórmulas del rito egipciano, Cagliostro lo hubiera pasado mal, atenido a valer por sí exclusivamente como tantos otros, faltos de medios para abrirse camino con ayuda de originales expedientes y a fuerza de industriosas mañas. Concluyamos esta especie de retrato físico-moral de nuestro personaje con exponer que gracias a su talento de revestir exterioridades peregrinas y de cobrar relieves fantásticos de criatura excepcional y exenta de reglas y usos comunes, pasaron en él por accidentes de su privativa condición al-

gunas cosas que habrían influído en su disfavor en gran manera, como su dura pronunciación siciliana, mezclada de giros y vocablos de la jerga franca, penosa y confusa enunciación y voz imperiosa y áspera.

No comenzaron las relaciones de José y Lorenza por esos encuentros, señaladas ocasiones y lances críticos, que parecen distinguir desde su origen a las uniones, que han de hacer ruido en el mundo por sus consecuencias y su complicación en notables sucesos. Bálsamo, en vez de representar el Don Juan Tenorio o el Macías con la linda calderera, tomó el partido prosaico y expeditivo de entenderse con sus padres, como lo hubiera hecho un viejo barón enamorado o un menestral decidido a tomar mujer para mejor arreglo de su casa.

Lorenza tenía dote, y una mejora en el testamento de un tío materno, capellán que fué en *Santa María della Scala,* y aunque en su estado podía pasar por conveniencia de cualquier honrado forjador, como su padre, para esposa de un caballero de las apariencias y de las ínfulas de Bálsamo le faltaban muchos quilates; y así fué recibida la proposición del siciliano con una mezcla de júbilo y desconfianza, harto frecuentes en las familias humildes ante inesperadas y ventajosas situaciones.

Nuestro héroe justificó sus títulos de soltero y su procedencia nativa con los documentos que hizo traer de su país; supo insinuarse en el ánimo sencillo de su futuro suegro; halagó a su joven cuñado con perspectivas de fortuna y porvenir; deslumbró a la novia con sus obsequios, regalos y planes de risueña y plácida vida conyugal; se creó una atmósfera de estimación y respeto entre los trabajadores y vecinos del maestro Feliciani, y sólo no pudo vencer una prevención antipática, muda pero tenaz, latente pero vigilante: la de Magdalena Fierri, madre de Lorenza, que puso por condición a su consentimiento en la boda, la de vivir los esposos

un año en la casa paterna. Consintió en dicha cláusula José, con alborozo de su nueva familia, y se celebraron los desposorios en la parroquia del *Salvatore in campo;* entrando el socio de Althotas en legítima posesión de una joven, graciosa y cándida, que pronto había de convertir en instrumento de sus cábalas y especulaciones.

## 10

### *Despreocupación de Bálsamo y rebeldía de Lorenza.*

No se había engañado Magdalena Fierri en sus recelos y prevenciones contra el marido de su hija Lorenza, educada con más devoción que moral religiosa y más recogida que resguardada, como sucede a las pobres jóvenes de la clase popular en el mediodía de Europa. Desde luego se impuso la madre en la sorpresa de su hija por ciertas burlas de Bálsamo sobre la idea del honor, la fidelidad conyugal, la fe de los juramentos y la respetabilidad de las familias irreprensibles, que herían en lo más vivo cuanto la pobre niña tenía entendido y podía alcanzar respecto a estas bases de la sociedad cristiana. Tras de las burlas de principios tan respetables vinieron las inmorales anécdotas, los ejemplos escandalosos de la historia, las costumbres lúbricas o galantes de ciertos pueblos, los cuentos picantes, las doctrinas depravadoras y las indicaciones cínicas, en que la previsión maternal columbró, odioso y siniestro, el plan de pervertir a Lorenza para arrastrarla a un camino de perdición, premeditado y gradualmente propuesto en sus inicuos trámites por un esposo indigno.

Más adelante reveló consternada a la inquieta Magdalena la mujer de aquel hombre sin pudor que claramente le había significado la necesidad de que abandonara traje, hábitos, pensamientos y orden de vida, para darse el aire, la

compostura, el tono y las costumbres de una mujer, exenta de ciertas preocupaciones; convenida con un consorte prudente y tolerante en ensanchar el horizonte del porvenir con cierto género de recatadas complacencias, y asociada a los proyectos de posición y bienestar de su compañero de destino, con todos los incentivos de la coquetería, y los deslices útiles, velados lo más posible por el tino y las reservas de las intrigas bien guiadas hasta su desenlace.

Práctica vergonzosa de estas exhortaciones disolutas, Bálsamo condujo cierta noche a Lorenza a una hostería, donde estaba aguardándolos un gallardo aventurero siciliano, que había tomado el título de marqués de Agliata, quien después de chanzas algo libres sobre la luna de miel de los nuevos esposos, hizo a la desconcertada cónyuge de su amigo y paisano una corte por demás porfiada y atrevida, sin que manifestara advertirlo José, activamente ocupado en los preparativos de la cena y desentendiéndose de las repetidas llamadas de su mujer, cansada de las importunidades de un asedio tan marcial y ejecutivo.

Servida la cena, continuaron las solicitudes y las audaces insinuaciones de Agliata, que tenían como en un potro de tormento a la joven Feliciani, mientras que su marido, con la paz de un bienaventurado, comía, bebía, recomendaba ciertos manjares, servía salsas y especias a los *distraídos*, como solía decir a su mujer y a su camarada, les llenaba las copas del dorado vino de Frascatti, y desempeñaba el papel de miope moral con un aplomo digno de la vena cómica de Molière.

Hacia el fin de la cena, y a pretexto de elegir entre los postres ciertas golosinas del gusto de su mujer, salió Bálsamo de la habitación, encargando juicio a los que abandonaba por algunos momentos, y Agliata redobló entonces sus instancias y osadías tan desmesuradamente que a impulsos de la indignación y del despecho, levantóse Lorenza con tal ex-

presión de enojo que el marqués prometió renunciar a su porfía; esforzándose en tranquilizarla, achacando sus transportes arrebatados al influjo del Frascatti, y rogándola que volviese a ocupar su asiento en la mesa, poniendo en olvido palabras y obras que exageraba una susceptibilidad, hija de su inexperiencia.

Al regreso de Bálsamo portador de unas conservas de melocotones de Zara, se entabló un diálogo en dialecto siciliano entre los dos aventureros, en que Lorenza, perspicaz como todas las hijas de Eva, a falta de entender las frases, penetró el concepto con tanta amargura como humillación; comprendiendo que Agliata se quejaba de una virtud salvaje, que no se había cuidado de advertirle para que sirviera de norma a su proceder, y que José disculpaba el exabrupto pundonoroso de su costilla con la educación plebeya, lo reciente de su matrimonio, y la táctica demasiado brusca y apremiante del galanteador para una primera entrevista.

Concluyó la cena, y para colmo del sufrimiento de aquella pobre criatura, su marido la excitó a disculpar su conducta con el marqués; tratándola, entre festivo y amenazador, de mojigata, simple y asombradiza; prometiendo en su nombre que se curaría muy luego de esos espantos impropios de la gente de buena sociedad, y despidiéndose hasta otra próxima noche de Agliata, que besó la mano de la afligida mujer, protestando que sería siempre su mejor amigo.

Ya en la calle, y libre de la presencia del aventurero, Lorenza se rebeló abiertamente contra las intenciones bajas y ruines de su esposo, y reuniendo todas las fuerzas de su exaltado espíritu declaró al que minaba su virtud debiendo velar por ella solícito, que nunca desmentiría con sus liviandades la enseñanza y el ejemplo de su familia y que entablaría el divorcio antes que consentir en la prostitución asquerosa a que se creía fácil arrastrarla por la pendiente de un vil y abominable interés.

Bálsamo adivinó en aquella actitud y en aquellas palabras el influjo materno, fortificando con todos los recursos de la religión, de las buenas costumbres y del crédito en la sociedad, el ánimo débil e irresoluto, que se había congratulado de quebrantar en sus propensiones naturales, inclinándolo a secundar dócilmente sus torcidas ideas y sus planes malignos. Disimuló no obstante por entonces, y quiso convencer a su esposa de que en el gran mundo, que ella no tenía motivo alguno de conocer todavía, pasaban lances como el que había causado su cándida sorpresa y producía su extraña alteración; lances que jugaban con donaire las damas de buen tono, ya cortando sin violencias ni escándalo la aventura que no entraba en sus miras, ya enredando la trama si les ofrecía ocasión conveniente a su interés, capricho o mera curiosidad.

Lorenza cortó las explicaciones prolijas y artificiosas de José, manifestando que prefería su rusticidad, como salvaguardia de su decoro, al lustre y a los goces de toda posición, que se lograse con la ignominia o que incluyese la abdicación de la honra y de la pérdida de la buena fama, y el siciliano omitió nuevas reflexiones que agriaran la disputa; proponiéndose firmemente aislar a la víctima de su especulación, sacándola cuanto antes del hogar paterno, y sustrayéndola al dominio de Magdalena, verdadero ángel custodio, en arma perenne contra Satanás y sus tentaciones.

Una riña doméstica se suscita pronto y bien, particularmente cuando fermentan pasiones comprimidas que la menor palabra provoca a súbita y terrible explosión. Bálsamo tuvo la habilidad de hacerse insultar por su suegra de tal forma que Feliciani mismo le invitó a mudar de casa en el momento, y el matrimonio fué a ocupar un piso bajo en la plaza de España, logrando Cagliostro su designio.

## 11

### *El marqués de Agliata.*

El bizarro, apuesto y ostentoso caballero siciliano, marqués de Agliata, era lo que en el lenguaje convencional de cárceles y presidios se llama *todo un pez,* y su secretario particular y mayordomo, Octavio Nicastro, natural de Mesina, coronó en el patíbulo por delito de homicida aleve una existencia, enteramente votada al mal en todas esas esferas y gradaciones, que en balde se afanan los criminalistas por comprender las escalas penales de sus códigos, supliendo los vacíos con las circunstancias de atenuación, y las agravantes, cuñas de una ensambladura dificultosa.

Agliata a fuerza de lujo, prodigalidades y dispendios, hizo fijarse en su persona esa atención del pueblo romano, tan distraída de continuo por la afluencia a la augusta ciudad de toda especie de extranjeros, y a poco de haberse detenido en el brillante marqués, descubrió esa atención, imprudentemente provocada, que había allí demasiados alardes y se hacía demasiado ruido, para que título, fortuna, fausto, esplendor y larguezas, proviniesen del nacimiento y la condición, que no suelen revestirse de esa jactancia vocinglera, ni desplegar para abrirse paso esa suma de bulliciosas manifestaciones. De esta observación fundamental a las suposiciones desfavorables había un espacio, que franqueó muy pronto la malicia popular romana, y continuando las pesquisas y las conjeturas un curso rápido, aprovecharon indicios en los hábitos, relaciones y amistades del prócer forastero, viniendo a sacar en limpio que era un bribón cuando se rodeaba con tan evidente preferencia de hombres desconocidos o desacreditados en la capital del orbe católico.

## 12

## *La farsa de Agliata y la coquetería de la señora Bálsamo.*

En el piso principal del nuevo domicilio de Bálsamo y de Lorenza, plaza de España, vivía el marqués, con su secretario y servidumbre, y a título de vecindad se presentó en el piso bajo, ofreciéndose a los esposos con una cordial franqueza, que parecía proponerse estrechar el trato; pero reparó la Feliciani que respecto a ella había cambiado totalmente de sentimientos o de intenciones, porque se mantuvo en una línea deferente, pero reservada, mientras que brindó a José, a fuer de paisano y de conocido, con cuantos elementos, influjos y proporciones, pudiesen contribuir a mejorar su precaria situación.

Bálsamo reemplazó al secretario particular, Octavio Nicastro, enviado a diligencias perentorias por su noble y rico señor, y dos o tres veces subió Lorenza, invitada con exquisita urbanidad a la mesa del marqués, en compañía de su marido; echando de ver una transformación completa en Agliata, que mostrándose con ella atento en las ocasiones de procedente cortesía, no indicaba en un gesto, en una mirada furtiva, en una distracción siquiera, remoto recuerdo de la escena en la hostería, donde estuvo tan impetuoso como emprendedor con la graciosa romana.

Era Lorenza demasiado mujer, en la acepción vulgar de esta palabra, para que tal circunstancia no preocupara su viva imaginación; porque ella hubiese querido señales de confusión por las reminiscencias de lo pasado; alguna que otra alusión disimulada a ciertos agravios, que se quisieran hacer perdonar a expensas de cualquier sacrificio; hasta un conato reprimido de reincidencia en el agrado de las gracias juveniles de una mujer fresca y linda.

Para mayor causa de extrañeza, creyó traslucir la hija del

calderero Feliciani en la circunspección y el tono amable del marqués, después de lo sucedido, algo de arrepentimiento de haber pensado en su conquista; algo de afán de borrar toda suerte de memorias a fuerza de atenciones y pruebas de una protección desinteresada. Esto hirió tan en lo vivo la vanidad de la señora Bálsamo —que como sucede a varias, era coqueta sin saberlo ella misma—, que no cabiendo en su interior aquel cúmulo de reflexiones, previas algunas preparaciones oratorias, se las comunicó a su consorte, si bien riendo de aquellas niñerías, como de futilidades de una fantasía loca.

José, encogiéndose de hombros desdeñosamente, replicó a su esposa que se había exagerado mucho la chanza de la hostería, y que sus necedades de muchacha plebeya en aquella noche sirvieron de lección al marqués, sobre los inconvenientes de andar entre zarzas quien podía caminar entre rosas, y por buena fortuna le proporcionaron a él un destino ventajoso, con el cual subsistía decorosamente. A las dos semanas de esta conversación el secretario Nicastro regresó, evacuadas sus comisiones, y Bálsamo tuvo que partir precipitadamente a encargos de su señor en Nápoles; advirtiendo a Lorenza que tardaría un mes a lo sumo en arreglar los negocios, sometidos a su inteligencia y actividad.

Si en vez de una historia, cuidadosamente entresacada de relaciones, folletos, artículos y apuntes escribiésemos una novela, ya en el intencionado estilo de Honorato Balzac, ya con el particular atractivo de Alejandro Dumas, o bien con el interés recargado del vizconde Ponson du Terrail, materia daban para capítulos de curiosidad y efecto la preocupación de Lorenza Feliciani por la indiferente actitud del marqués de Agliata, y la farsa hábil de este redomado bribón para lastimar el amor propio de aquella susceptible hembra, y llevar las cosas al punto a que se proponía conducirlas, por medio de la táctica que sirve de título a la célebre comedia de Moreto *El desdén con el desdén.*

Pero por más verosímiles que parecieran esos capítulos, no serían históricos, y careceríamos de citas de comprobación y textos en abono de nuestro relato que hasta aquí va ajustado a lo que consta de estos detalles de la vida íntima de José Bálsamo por declaraciones de la misma Lorenza en el proceso de Roma o por cargos contra la moralidad de Cagliostro, formulados por el violento periodista Morand en el *Correo de Europa,* notable gaceta de Londres.

Lo que podemos asegurar, porque la Feliciani lo confesó a los jueces romanos, es que al volver de Nápoles su marido, estaba ella en relaciones con Agliata, y que empezando a usar de estratagemas para disimular su correspondencia amorosa con el marqués, le dijo lacónicamente su esposo: —«Inútil es que me ocultes lo que sé tan bien como tú misma». En efecto, ni el amante se impuso especie alguna de reserva por la llegada de José, ni la adúltera creyó necesario cubrir las apariencias a un hombre tan penetrado de lo acontecido y tan conforme con los hechos consumados.

Agliata, Nicastro y Bálsamo, constituían una sociedad, cuyo objeto no era otro que la falsificación de marcas de Bancos, cédulas de pago, cartas de crédito, patentes de comisión y órdenes de abono, las cuales se confeccionaban en la capital de los Estados Pontificios, siendo llevadas luego a diferentes plazas mercantiles de Italia, donde se negociaban o hacían efectivas; teniendo esta explicación los viajes de Nicastro y de Bálsamo a distintas regiones del país itálico, saqueado así por las trazas de esta trinidad de aventureros sicilianos.

## 13

### *Los tres aventureros disponen su partida de Roma.*

Por difíciles que fuesen en aquella época las comunicaciones entre Roma, centro de la falsificación de billetes, letras y cédulas de crédito y las plazas negociadoras y comercia-

les de Italia, víctimas de aquellas hábiles estafas de la trinidad rapante, no tardó mucho en cundir entre los hombres de finanzas de la ciudad eterna que en Nápoles, Milán, Venecia, Génova, Florencia, Liorna y Malta, se habían negociado fondos romanos con documentos de una falsedad, que hacían evidente la falta de cartas de aviso, la omisión en facturas y liquidaciones y la negativa formal de su expedición por los bancos, casas de giro y particulares acaudalados, que aparecían suscribiendo billetes, letras y credenciales.

Grande fué la impresión que tales noticias produjeron en el círculo de cambistas y negociantes de la metrópoli católica; porque no se reducía el daño a lo que pudiesen importar las exacciones fraudulentas con títulos romanos en los primeros puntos de contratación de Italia, sino que el crédito de Roma recibía una herida terrible en los mercados latinos de mayor importancia, paralizando lastimosamente el giro de los intereses extranjeros, fiados con preferencia a las cajas de la ciudad matriz del Lacio por los infinitos visitadores de sus ruinas y de sus grandiosos monumentos.

La consternación del mundo rentístico se hizo sentir en la sociedad romana, pasando de esfera en esfera hasta el vulgo, y ya empezaron las conjeturas y los arbitrarios supuestos; poniéndose en tela de juicio todas las reputaciones sospechosas, y de cálculo en cálculo, desechando unos para formar otros, vino la suspicacia a recaer en aquel título de Sicilia, que con trazas de nadab indiano, jamás había recibido letras a cobrar en bancos ni casas de Roma, ni tenido relaciones con el círculo mercantil para girar fondos; deduciendo de tales circunstancias precisamente lo contrario de lo que parecía argüir este desvío de los establecimientos de crédito y negociación.

Agliata y sus cómplices, apercibiéndose de la recelosa desconfianza que pesaba sobre ellos, apresuraron las obras que tenían en laboriosa confección para otros golpes de fortuna;

disponiendo su partida con sigilo, y sin que penetrara su determinación la servidumbre numerosa del titulado marqués, que no convenía dejar en Roma al abandonarla los tres aventureros.

## 14

## *Las amenazas de Magdalena Fierri.*

Magdalena Fierri, vivamente excitada contra su hija por haber repugnado el consejo de divorciarse de su marido, siguiéndole gustosa a su nuevo domicilio en la plaza de España, llenóse de indignación al saber las culpables relaciones de Lorenza con el marqués, cuyo desenfreno en la hostería tuvo la joven que reprimir con un arranque de fiereza altiva, y más creció su enojo al no ser recibida en el piso bajo que ocupaba su yerno, cuando fué allá con el propósito de afear su conducta a la que no había logrado sustraer al pernicioso influjo de un esposo inmoral.

Un día festivo por la mañana, al salir de San Pedro la mujer de Bálsamo, fué detenida por su madre, llevada a la galería de columnas que forma la inmensa plaza circular del obelisco y de las fuentes, y duramente interpelada por la enardecida Magdalena acerca de su degradación; llegando la esposa de maese Feliciani en el colmo de su exaltación furiosa a amenazar a la manceba de Agliata con la denuncia a la policía de que el marqués y José eran los autores de las falsificaciones escandalosas, objeto de todas las conversaciones en la capital pontificia.

Lorenza, corrió, llorosa y desolada, a comunicar a su consorte la amenaza de su madre; pero Bálsamo, dando escasa importancia a la revelación, dijo a su mujer —como ella lo declaró expansivamente en el proceso de Roma—: «*No lo hará; pero por pronto que lo hiciere, amiga mía, ya estaremos en salvo*». A los dos días del encuentro de Lorenza con su madre a la puerta de la basílica de San Pedro, y antes de la

alborada, salían de la plaza de España dos sillas de posta, yendo en la una Agliata con su querida, y en la otra Octavio Nicastro con el discípulo de Althotas. Los criados habían precedido a su señor en distintas direcciones, y con encargo expreso de aguardarlo en varios pueblos y en ciertos lugares por donde no había de pasar ciertamente el triunvirato fugitivo, pero que no quería dejar testigos importunos en una ciudad, que evacuaba con tantas precauciones, y no sin fundamento.

## 15

## *La huída de Agliata y la detención de Bálsamo y su mujer.*

Nuestros expedicionarios se dirigían a Venecia por la ruta de Loreto, y Agliata había convertido en marquesa a la Feliciani, que disfrutaba con cierta complacencia orgullosa del título de *Eccelenza,* de que son tan pródigos en Italia, posaderos, postillones, criados y mendigos; saboreando las muestras de respeto a su fingida condición y los homenajes a su belleza y juventud en los pueblos y paradores de su tránsito.

Al llegar a Bérgamo, donde llevaban nuestros viajeros plan combinado para el curso de letras y créditos de Roma, estando ausentes de la fonda el marqués y Nicastro, la justicia invadió las habitaciones que ocupaban los cuatro extranjeros, apoderándose de maletas y baúles; registrando cómodas y armarios; recogiendo carteras y alhajas, y conduciendo a la cárcel a la consternada marquesa y a Bálsamo, que se dijo mayordomo del señor Agliata.

Una requisitoria del gobierno pontificio reclamaba a Octavio Nicastro, conocido en Nápoles como circulador de billetes falsos y supuestos abonarés de bancos y casas de giro de la Ciudad Eterna, y el nombre y señas del falsificador se

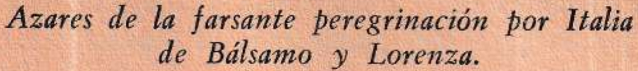
habían hecho circular por todas las hospederías, con el estímulo de una recompensa pecuniaria a quien lograse la captura del peligroso siciliano.

Mientras que Lorenza y José prestaban sus declaraciones ante el juez de policía, Agliata y Octavio, apercibidos de la ocurrencia, concertaron su fuga con el aplomo de hombres avezados a esa persecución de la justicia, que no da derecho a la bienaventuranza; reconociendo el acierto de su conducta en llevar consigo, y en cintos ceñidos al cuerpo, cuanto numerario podían acomodar sin violencia a esta conducción; pues de otro modo, y secuestrados sus cofres, se hubieran visto en la situación apurada de la Feliciani y su esposo, que no reunirían veinte escudos romanos entre los que ambos tenían en sus bolsillos al ser arrestados por los agentes de la autoridad.

Quince días estuvieron detenidos los consortes en las prisiones de Bérgamo, y como Lorenza confesó que era mujer legítima del mayordomo de Agliata, y José no habló de Nicastro, de quien no se encontraron cartas, papeles, ni aun marcas en la ropa de su maleta, limitándose a decir que había entrado al servicio del señor marqués dos días antes de su partida de Roma, el magistrado les expidió pasaporte de destierro, como a gentes sospechosas de mal entretenidas, y salieron de la cárcel y de la ciudad, no atreviéndose a la más mínima reclamación acerca de sus equipajes, secuestrados en la pesquisa contra el falsificador Nicastro. Hasta Génova caminaron a pequeñas jornadas, y con una economía que rayaba en las privaciones de la miseria; y gracias a que en un bolsillo recatado de su sobretodo de viaje apareció un billete del Banco Genovés, de a veinticinco escudos —fabricación romana por supuesto— que José se arriesgó a presentar a un cambista, y que le fué descontado sin dificultad alguna.




## 16



### *Azares de la farsante peregrinación por Italia de Bálsamo y Lorenza.*

Era necesario seguir adelante, porque la pareja tras del suceso de Bérgamo no se creía segura en toda la extensión de la península italiana; pero con veinticinco escudos no se va lejos, y con un pasaporte de destierro no se viaja bien, por lo cual ideó Bálsamo una traza como suya, aprobada por Lorenza, y puesta en ejecución inmediatamente por nuestros aventureros.

Un sombrero de anchas alas, una esclavina con algunas conchas y un bastón grueso y largo, con una calabaza atada a su remate superior, convirtieron a José en venerable peregrino, y un sayal franciscano, un sombrerillo guarnecido de menudos caracoles y unas alforjas de lana, equipararon a Lorenza al piadoso destino de su consorte; conviniéndose en la historia de un matrimonio clandestino, por evitar el impedimento de la desigualdad de clases, que había recibido de Su Santidad la penitencia de una romería a Santiago de Galicia, a expensas de la caridad pública, y con suspensión de vida matrimonial hasta la expiación impuesta al culpable consorcio.

Con su barba larga, sus penetrantes ojos, su aparente humildad y los súbitos rasgos de ingenio de su conversación, el siciliano representaría admirablemente su papel de Príncipe, arrastrado por la pasión a un exceso pecaminoso, y dispuesto como hijo sumiso de la iglesia a rescatar su culpa; descendiendo de su jerarquía a la doble y penosa condición de penitente público y de importuno pordiosero. Para entonar esta viril y grave figura, como otra piadosa hija de Belisario, acompañaba al peregrino, compartiendo sus penalidades, privaciones y morales sufrimientos, una mujer en la flor de su edad; de atractiva presencia; dulce palabra y voz melodiosa; cóm-

plice en una falta, que disculpaba la vehemencia del amor frente a irritantes obstáculos, pero partícipe resignada de las fatigas y amarguras del peregrinaje al sepulcro del Santo Apóstol, Patrón de Iberia.

En los estados sardos, y principalmente en villas y carreteras, nuestros peregrinos recuestaron limosnas de cuantía, y la Feliciani declaró en el proceso de Roma que al llegar a Génova tenía más de treinta escudos en dos divisiones, cosidas en el interior de sus alforjas; siendo frecuente en sus expediciones el caso de separarse de la ruta para ir a demandar albergue en castillos y quintas, donde vivían o estaban de temporada familias opulentas, que solían favorecer con mano franca a los peregrinos extraviados; contando ella en íntima confianza la historia del matrimonio clandestino y la penitencia severa del Santo Padre, que interesaba hasta lo sumo a sus oyentes, y les valía regalos, que hacía escrúpulo aceptar, admitiéndolos a condición de que no se enterase de ellos *el conde,* cual denominaba a su esposo como por descuido.

En Antivo pararon en una posada, ocupada militarmente poco después por un regimiento de milicias, destacado a la ciudad, y que por la tardanza de las autoridades en despachar las boletas de alojamiento invadió en tropel las casas de hospedaje, cometiendo abusos y delitos, y entre ellos el hurto de las alforjas de la Feliciani con cuanto contenían.

Bálsamo resolvió recurrir a la municipalidad en queja de tropelía semejante, enviando a Lorenza a entenderse con el coronel de aquella soldadesca indisciplinada. El primer magistrado civil, doliéndose del peregrino, a quien habían quitado hasta la carta pontificia de excursión en penitencia, prometió a José subvenir con los fondos comunales a su arribo a las costas de España. El jefe militar, conmovido por la juventud, gracia y lastimoso atropello de aquella mujer suplicante, juró dar una carrera de baquetas a los sargentos y cabos de la compañía que allanó la posada en tumulto, sin

perjuicio de abrir una suscripción entre la oficialidad en socorro de los penitentes desvalijados; rogando a Lorenza que volviese de allí a dos días y a la misma hora.

El municipio acordó expedir a los penitentes pasaportes que autorizaran su calidad, en equivalencia del rescripto de la penitenciaría romana; abonándoles cincuenta escudos para el embarque en dirección a su destino en nuestra Península. El coronel recibió a Lorenza con exquisita urbanidad, entregándole veintitrés escudos que había producido la suscripción, abierta en favor de su infortunio y en compensación del atropello de los soldados. Esta relación, justificada por varias referencias contestes, se nos figura preferible a alguna que otra noticia menos autorizada, y aun sospechosa, que supone a Lorenza en Antivo poco menos que prostituida para allegar recursos y embarcarse con rumbo a las playas de Cataluña.

## 17

### *Ardid ingenioso en Barcelona de la supuesta condesa de Fénix.*

Ni la historia ni los trajes de la peregrinación a Santiago atravesaron el mar, y José y Lorenza desembarcaron en el muelle de Barcelona con modesto equipo y escasez de fondos, después de satisfacer la mitad del precio corriente del pasaje por benévola consideración del capitán del bergantín *Leggiadro* de la matrícula genovesa. Bálsamo tenía sus razones para no recurrir a los cónsules de Italia, que no siendo italianos por lo común, exigían pasaportes, documentos y hasta testigos de abono; precaviéndose de multitud de engaños y trapacerías de varios aventureros de aquella península, que los habían comprometido gravemente hasta con las autoridades del país.

Los consortes se alojaron en un cuarto bajo de la calle

de Escudillers, y calculando lo que les restaba de capital, decidieron salir a tomar lenguas de personas de suposición, crédito caritativo, influencia en las clases elevadas y pudientes, y disposiciones particulares a dejarse dominar por determinadas ideas, inclinaciones conocidas o caprichos singulares. José quería enseñar a la Feliciani el arte de recoger útiles informes, y a pesar de cuanto sabía el futuro conde de Cagliostro, ignoraba, por lo visto, que el instinto femenil suple con inmensa ventaja a cuanto enseñan de consuno ciencia y experiencia a los engreídos hijos de Adán.

Al segundo día de residencia en la capital del Principado de Cataluña, Lorenza salió muy de mañana, envuelta en un manto veneciano de felpa negra y llevando sujeto a la mano en varias vueltas un rosario oriental, con medallas, reliquias y el escudito de oro, con la tiara y las llaves, signo de la sagrada bendición del Padre común de los fieles. Bálsamo no se cuidó de preguntar a su esposa dónde iba, porque indiferente a las prácticas religiosas, consentía en que las observara su mujer, devota como buena romana, y a su regreso tampoco le movió la curiosidad a inquirir en qué había empleado más de tres horas de ausencia.

Apenas consumido un almuerzo harto frugal, llamaron discretamente a la puerta, y saliendo Lorenza a abrir, entró con un eclesiástico de grave y respetuoso continente, que saludando a José con el título de Excelencia, fué invitado a sentarse por la hija del calderero con la dignidad afectuosa con que hubiera podido hacerlo María Teresa de Austria o la zarina de Rusia, por quien decía Voltaire aquella lisonja de *venir la luz del Norte*.

Era Bálsamo demasiado astuto para dejar conocer sus impresiones, y lo bastante sagaz para comprender que la visita, como el tratamiento honorífico que le había dado el sacerdote al saludarle, respondían a una maraña de su mitad, tal vez análoga al cuento del matrimonio clandestino y del pere-

grinaje al sepulcro del apóstol Santiago, que les había hecho la costa del camino desde Bérgamo hasta Génova, se abstuvo de tomar parte en la conversación hasta descubrir campo, y saber a qué atenerse en la situación que Lorenza había creado esta vez por inspiración propia.

El eclesiástico expuso a la señora Condesa que venía de parte de su prelado a socorrer su necesidad con un corto auxilio por el momento; habiendo enterado a Su Ilustrísima del matrimonio desigual, que obligaba a los jóvenes esposos a huir del resentimiento vehemente de los deudos de la señora, y que mientras no llegasen de Nápoles los fondos del marqués Riccotti, anciano tío de la dama prófuga de su país, tendría cincuenta pesos de asignación mensual, reembolsables a la caja de pobres de la mitra así que correspondiera el marqués a las esperanzas en su cariño y en su consideración generosa. Entregando a Lorenza cinco escudos de a ochenta reales en un papel de dobleces prolijos, tornando a saludar a Bálsamo respetuosamente, y encareciendo a la señora Condesa la confianza en el favor divino para el arreglo de todos sus asuntos, se retiró el sacerdote, acompañado hasta el vestíbulo por la sirena romana, que le besó la mano al darle gracias expresivas por el interés que había tomado en su infortunio, revelado algunas horas antes, y entre sollozos, en el tribunal de la penitencia.

José no pudo menos de sonreír al apercibirse de la treta, que en esta ocasión le había jugado su consorte; pues en la peregrinación él era el aristócrata enlazado a una muchacha oscura, y en Barcelona se le convertía en plebeyo, casado con una condesa, y causa del furor de altivos parientes contra la joven dama, que así envilecía la prez de antigua y gloriosa estirpe. El sacerdote engañado por la Feliciani volvió a los quince días con otra decente limosna de un sujeto, que guardaba el más severo incógnito en sus beneficios a personas de clase, reducidas a la indigencia, y Bálsamo, ya seguro en lo

que exigía su papel, afectó una desolación profunda por las humillaciones y pesares que su amor había impuesto a la más noble y resignada de las mujeres.

Ausente de la populosa ciudad de Barcino el crédulo confesor de la Feliciani, se presentó en la vivienda de los héroes de nuestra historia el señor rector de la feligresía, tipo bien diferente del otro sacerdote, sobrino y secretario particular del prelado. El señor rector, secretario y capellán del Santo Oficio de Zaragoza y párroco más antiguo de la segunda capital de España, extrañó que no se hubiesen presentado a él los esposos; ya para inscribirse en el padrón eclesiástico, justificando su unión con el certificado correspondiente, ya para enterarle como a padre espiritual de sus necesidades y falta de recursos; haciendo saber a la señora Condesa que para tranquilizar a Su Ilustrísima sobre ciertos escrúpulos acerca de socorros a legítimos consortes convendría infinitamente presentarle la fe de casamiento o indicaciones terminantes de parroquia, año, mes y día, para pedirla por conducto competente.

Bálsamo contestó que al día inmediato iría en persona a la casa rectoral a satisfacer la exigencia del señor cura, y a proporcionarle con qué contentar los justos deseos de Su Ilustrísima, de acuerdo con el Señor cónsul del reino de Nápoles que había intervenido en otro asunto de grande empeño y urgencia para los expatriados cónyuges. El señor rector se despidió, algo menos receloso, pero no libre de sospechas, y José echó mano de sus avíos de pendolista, dibujante, grabador y falsificador de autógrafos, y en un abrir y cerrar de ojos fraguó un despacho del Conde Grotta, ministro de Nápoles en la corte de España, suplicando a la señora condesa de Fénix que se presentara en Madrid, con su esposo el capitán D. Thiscio Napolitano, a fin de enterarla de graves asuntos de familia y de cartas del señor marqués Riccotti, su tío. Sello de la embajada, en relieve y en lacre, marca postal de Madrid

y Barcelona, letra cancilleresca, firma del ministro napolitano contramarca del sobre... nada faltaba en aquel documento magistral.

El rector cayó en el lazo, no obstante sus prevenciones contra los extranjeros, y llevó a Bálsamo a la presencia de Su Ilustrísima para entera satisfacción del Prelado; explicándose José de tal suerte que al despedirse llamó el buen Pastor a su mayordomo, encargándole que diera cien pesos al capitán D. Thiscio para trasladarse a Madrid en compañía de su esposa, la señora Condesa de Fénix.

## 18

### *Mucho que perder y poco que ganar de Cagliostro en Madrid.*

La estancia en la coronada villa de nuestros héroes no se ha fijado en sus precisos detalles ni por declaraciones de José o de Lorenza en el minucioso proceso de Roma, ni en el folleto de Madama la condesa de la Mothe, intitulado por esta dama: *—Mi correspondencia con el conde de Cagliostro—;* ni en la serie de fulminantes artículos del gacetero Morand en *El Correo de Europa,* reseña terrible de las aventuras de Bálsamo en las primeras capitales de nuestro continente.

Sólo un artículo biográfico de nuestro personaje en el *Diccionario histórico* (edición de Bruselas, 1836) contiene pormenores curiosos, que más bien parecen conjeturas que noticias, basadas en datos o conformes con referencias autorizadas. Advertimos a nuestros lectores, antes de transcribir el período del Diccionario, que toda la biografía de Bálsamo en esta obra se resiente de un criterio empeñadamente hostil a su celebridad, escogiéndose para ello con evidente preferencia los testimonios y apreciaciones que le perjudican contra los antecedentes y supuestos favorables.

«Madrid ofrecía poco fruto a la móvil condición del aventurero —escribe el citado biógrafo—. Los italianos, después del motín contra Esquilache y sus hechuras, eran tan poco aceptos a la corte como al pueblo, que recordaba la escandalosa privanza de Farinelli y la insolencia del antiguo director de aduanas en Nápoles. Lorenza no podía competir con las beldades del teatro, de las provincias y de extraños reinos, que obtenían la boga en el imperio de la galantería en una corte ostentosa, como la de España.

»En un país, donde la Inquisición juzgaba todavía a los sospechosos en la fe, a los curiosos en ciencias ocultas y a los de conducta relajada en familia, el siciliano debió temer ejercitarse en farsas nigrománticas o alquimistas o intentar el oficio de marido complaciente. La fiebre de quimeras que llenaba el vacío de creencias en Francia y el vértigo iluminista que hacía palpitar a la joven Germania, como en un acceso de epilepsia, tenían en España el dique del altar y del trono, en toda la plenitud de su poderío, y cerrando el paso a novedades e innovadores, Cagliostro tenía mucho que perder y poco que ganar en Madrid, y con ayuda de sus enredos y trápalas ordinarias, se hizo de fondos para trasladarse a Lisboa».

## 19

### *El tráfico de piedras preciosas en Lisboa.*

Lisboa era el centro de una contratación que ya conocía Bálsamo, por su sociedad con Althotas en las excursiones a Oriente; la de piedras preciosas. Del imperio del Brasil y de las posesiones portuguesas en la India venían a la corte lusitana, para extenderse por Europa, aljófares y piedras, que acudían a comprar los comisionistas de sociedades y plateros acaudalados; introduciéndose en el negocio terceras personas, intermediarias entre las que traían el surtido y los

que buscaban ocasión de adquirirle en mayor cantidad o en condiciones más ventajosas. José halló medio de filtrarse en el número de estos corredores de pedrería, merced a la amistad que trabó con un señor, Vasco de Pereira, joyero de S. M. Fidelísima, persona de enorme capital y de caprichoso carácter, que gustó mucho del siciliano, y más aún de su joven y linda compañera.

En el comercio lisbonense se introdujo nuestro personaje con un fabricante y mercader, llamado Suárez de Coutiño; interesándolo en labrar maritatas o telas de lana y seda, por el estilo de las imitaciones de las manufacturas persas y chinas que montó en Alejandría Althotas, empleando el lino y el algodón; haciéndoles invertir en este proyecto sumas de cuantía, valiéndose de las relaciones de nuestro héroe para traer muestras y dibujos de las fabricaciones asiáticas, adquirir recetas de colores y procedimientos de estampación y disponer talleres para la elaboración de aquellas imitaciones, de las que Cagliostro prometió maravillas de belleza y baratura que no llegaron a realizarse.

El tráfico en pedrería acercó a Bálsamo a cierto marqués de Bivona, título napolitano que derrochada su fortuna había recorrido la América como audaz aventurero, subsistiendo de cien profesiones diversas, desde minero en Chile hasta bandido en Méjico, y de tratante en pieles en Buenos Aires a comprador de piedras y efectos coloniales del Brasil.

Bivona con su figura arrogante, su intrepidez y su muda conciencia, pudo hacer fortuna en el Nuevo Mundo en varias de sus arriesgadas especulaciones; pero el juego, las orgías y locos dispendios, agotaban pronto sus ganancias, y el hombre, que tiraba hoy el oro a puñados por la ventana de una pulpería en la excitación de la borrachera, se concertaba luego con piratas o bandoleros para un golpe criminal, con exposición terrible de su vida por una participación en el lucro de aquellos miserables, que o quedaba en el tapete en un

copo de banca, frustrado por el azar, o se consumía en bacanales estrepitosas entre mulatas, guajiros, pardos y la canalla peor de cada territorio. El marqués había venido a la corte de Portugal con un surtido de amatistas, esmeraldas, zafiros, rubíes y topacios, y como unos diez mil pesos, ganados al juego del monte, y ya en contacto con José intimó con el siciliano, encargándole la venta de su pedrería y la compra de brillantes y perlas, si se ofrecían lances que proporcionaran buen negocio en la reventa a los comisionistas.

El joyero de S. M. Fidelísima, loco por los atractivos de la Feliciani, la colmaba de obsequios, haciéndole regalos de gran monta; siendo tales su asiduidad en las visitas a la joven romana y su desatino por aquella mujer, que hubo de enterarse su familia de una amistad, que tanto perjuicio irrogaba a su crédito y a sus intereses.

Bálsamo, que nunca había dado motivos de celos a Lorenza, entró en relaciones con Lucy, joven inglesa que servía de doncella a su esposa, y la hembra despreocupada, que aceptaba las inmorales concesiones de su marido, se rebeló contra la recíproca, invocando el principio de que la utilidad era la sola disculpa de la infidencia, según aquellas persuasiones que tanto alarmaron a Magdalena Fierri cuando se las confesó su hija, quejosa de tan indignos consejos.

Bivona, introducido al fin en casa de José, y adquiriendo gran confianza con la celosa consorte, consiguió atenuar los escándalos domésticos que amenazaban con una ruptura inminente, y el señor Vasco de Pereira tuvo un rival, que sabía desaparecer en la sombra en el momento oportuno, dejándole dueño de un campo, salteado en sus ausencias.

La esposa del joyero Pereira tenía un hermano en la servidumbre real, caballero de la orden militar de Santiago de Avis y caballerizo de campo, y este señor, estimulado por las súplicas y lamentos de su afligida hermana, y deseoso de arreglar el asunto con el menos ruido posible, se avistó con

Bálsamo, y con tanta claridad como energía le participó que no sería difícil a su influencia conseguir una orden de destierro, que evitase a su cuñado el ridículo y los gastos de una pasión libertina; pero que prefería a semejante extremidad cualquier recurso menos propicio a las murmuraciones vulgares, aunque envolviese un sacrificio a trueque de remover las causas de una situación violenta e insostenible.

José, que ya no podía sufrir las justas reconvenciones del fabricante Suárez de Coutiño, perjudicado en la elaboración de las maritatas de lana y seda, y que por otro lado comprendía imposible la continuación de relaciones entre su mujer y el joyero de cámara a la altura que había tomado la cuestión, viendo cercano el día en que tuviese necesario término la protección que D. Vasco le dispensaba en el tráfico de piedras, se mostró inclinado a una avenencia que sufragara su traslación a Londres, y por último aceptó una letra de cien libras, pagadera en la capital de la Gran Bretaña, a condición de embarcarse con toda diligencia y profundo secreto.

Bivona, Lorenza y Lucy aprobaron la transacción, y realizados los valores en pedrería, y hechos cofres y maletas con sigilo impenetrable, y transportados en el misterio de la noche a bordo de un buque inglés, próximo a hacerse a la vela, nuestros héroes anochecieron y no amanecieron en Lisboa, como dice el vulgo; dejando al viejo Pereira desesperado, a Suárez de Coutiño maldiciendo las imitaciones persianas y chinescas, burlados a varios acreedores, y a no pocos amigos sorprendidos de aquella brusca desaparición.

## 20

### *Un plan frustrado y de consecuencias desagradables.*

En el hotel de Londres, donde se alojaron como una propia familia Bálsamo, Lucy, Bivona y Lorenza, paraban tres cuáqueros, procedentes de la Pensilvania, uno de los cuales

demostró con tanta franqueza la viva impresión que le producía la Feliciani, que lo notaron cuantos estaban reunidos en la mesa redonda.

Al día siguiente, y en disimulada observación nuestros cuatro personajes, el cuáquero repitió sus señales de agrado a la vista de Lorenza, y en todo el tiempo que duró la comida no apartó sus ojos de la italiana, repitiendo fielmente su semblante las emociones que se reflejaban en la móvil y graciosa fisonomía de la joven, interesada en avivar el efecto de sus atractivos con esa incitante seducción de las mujeres del mediodía.

Reiteradas las pruebas de aquella especie de fascinación poderosa, y cada vez mayor el desconcierto del cuáquero en presencia de su ídolo, trazó el marqués de Bivona un proyecto, basado en las viejas leyes de Inglaterra, que autorizaban al marido, cuando sorprendía el adulterio ante un testigo que diera fe del hecho, a perseguir ante los tribunales al adúltero, o a componerse con él en el precio en que estimara indemnizado el perjuicio de su honra.

Lorenza se hizo de rogar algún tanto para prestarse al proyecto de Bivona, que mereció la sanción más unánime de Bálsamo y de Lucy; pero cedió a la tentación de sacrificar una víctima en los altares de la vanidad, entregándola a merced de la codicia y la impudencia de sus cómplices, a cuyo efecto hizo notar al cuáquero que había advertido su amorosa inclinación, y que no era insensible a las pruebas de su ternura, con cuyo estímulo tomó cuerpo la pasión del americano hasta prescindir de las más vulgares conveniencias. Palabras furtivas, sonrisas maliciosas y recatados favores de su dama, acabaron de trastornar el poco juicio que restaba al cuáquero, y valiéndose éste de una camarera del hotel hizo llegar a Lorenza un billete, en que solicitaba el honor de una audiencia, enteramente libre de testigos inoportunos.

El plan quedó convenido para la noche del día siguien-

te: Lucy, pretextando una súbita indisposición, no se presentaría a la hora del almuerzo, ocupando sus lugares respectivos en la mesa José y Bivona, en traje de camino, y hablando de una excursión a los alrededores de Londres, y la Feliciani, al pasar por junto a su rendido amante, deslizaría en sus manos una contestación, que fijara las diez de la noche, y su cuarto, como hora y lugar de la ansiada cita.

Todo pasó como el marqués napolitano lo trazara en su diabólica inventiva, y el sencillo hijo de Guillermo Penn tragó el anzuelo, prometiéndose una noche de felicidad; confirmándose en tan deliciosas promesas a la hora de la comida, al ver a su amado objeto sola en el comedor, y correspondiendo a sus gestos expresivos con miradas, que parecían encargarle prudencia, y tranquilizarlo respecto a las resultas de la entrevista.

Sonó la hora, acusada de cruel lentitud por el enamorado e impaciente cuáquero, y subió a donde en vez de Cupido le aguardaban dos bribones, ocultos en el aposento de Lucy desde la mañana, y dispuestos a poner a contribución su bolsa a la sombra de la ley, pues ya sabían que era hombre de buena fortuna. La innoble escena comenzó por las majaderías de un amante, balbuciente de júbilo y de inquietud, y en las primeras tentativas de su enardecimiento, Bálsamo y Bivona se precipitaron en la sala, huyendo la Feliciani como despavorida, y quedando el cuáquero bajo el dominio de un esposo ultrajado y de un testigo del ultraje, que lo conminaron con todo el rigor de la legislación británica en el castigo de esta clase de excesos. El desconcertado cuáquero trató de atenuar su responsabilidad en aquella acción, jurando que sus intenciones no tenían la tendencia que José y Bivona les imputaban; pero ante la expectativa del escándalo, del proceso y de la grave pena de tal delito, habló de avenencia y de transacciones, y el marqués, interviniendo entonces en el asunto, hizo salir a Bálsamo de la estancia, y como oficioso

mediador, y tanto por su amigo, como por lástima del comprometido americano, compuso el negocio en cien libras, dando carta de renuncia de toda acción criminal por el encuentro de Tom Werley en el aposento de la señora Lorenza Feliciani, esposa del señor José Bálsamo.

Después de esta exacción, nuestros cuatro personajes se mudaron a una casa, lujosamente dispuesta y propia de una rica familia, que emprendía una serie de viajes instructivos, y en tres meses no se hizo allí otra cosa que disfrutar de lo adquirido por tan malos medios, con una indiferencia hacia el porvenir, nada extraña en gente aventurera, y que se indemniza en la prosperidad de las adversidades pasadas y de las que prevé en lo futuro.

Bivona salía más que de costumbre, y faltaba algunas noches, porque había descubierto ciertos garitos y ciertas tabernas de la gran ciudad, donde sus vicios predominantes lograban libre curso y digna compañía, y Lucy se manifestaba disgustada de todo, taciturna y afecta a la soledad en el retiro de su aposento.

José había hecho notar a su consorte el cambio en la conducta del napolitano y de la inglesa, y según sus noticias el capital del marqués corría peligro en las caravanas, por tugurios, lupanares y casas de perdición, por lo cual creía conveniente romper unos vínculos, que amagaban consumir los fondos del siciliano, así que hubieran desaparecido los de su tempestuoso camarada. Para conseguir la separación sin provocar una ruptura violenta, quedó convenido entre los dos esposos Bálsamo que se figuraría una residencia temporal en cierto castillo en los contornos de Londres, diciéndose invitado el matrimonio por una familia inglesa que había conocido y tratado íntimamente en Roma; decidiendo así deshacerse de Bivona y de Lucy, que por diferentes conceptos eran ya una carga penosa para nuestros italianos; la una porque nada tenía, y el otro porque nada tendría pronto.

El pacto de abandono del marqués y de la doncella se convino entre José y su consorte, paseando por la plaza de San Pablo en una driska rusa de alquiler, y ya bien entrada la noche dió Bálsamo al conductor las señas de su domicilio, conforme Lorenza en anunciar a la mañana siguiente, a la hora del almuerzo, la temporada de castillo a que se les había convidado por la rica familia que conocieran en Roma.

Otro pacto, y también de abandono, se había concertado entre Bivona y Lucy, dignos de entenderse y con algún tiempo de haberse entendido, y aprovechando la ausencia de los esposos, que rara vez salían juntos, entre el napolitano y la hija de la nebulosa Albión descerrajaron cómodas, armarios y gabetas, llevándose el dinero, las prendas mejores y alhajas de nuestros héroes, y desapareciendo con su presa en amor y compañía, para ocultarse en un asilo, ya buscado a propósito, y de donde saldrían unidos a continuar el hilo de sus aventuras al cabo de cierto tiempo de retraimiento prudente en el arbitrado escondite.

La sorpresa, la indignación y las mutuas reconvenciones de nuestros burlados personajes, son más para calculadas que para descriptas. José dió conocimiento a la policía del golpe que había sufrido; hizo pesquisas activas de su propia cuenta; interesó en su infortunio a varias personas serviciales; pero no todos los delincuentes de Londres eran tan finos y expertos como Bivona, ni sabían estarse a la capa con tanta pericia, y todas las gestiones salieron fallidas, escapándose los despojadores tan luego como se enfrió la tarea de buscarlos por todos los extremos de la capital, cuando ellos se refugiaran al centro de la City, donde presumían que no debían buscarlos.

A todo esto hacía cuatro meses que Bálsamo arrendara una casa con pretensiones de palacio, y amueblada con primor exquisito, y el mayordomo de la familia viajera, que la cedía al uso particular por una suma de bastante considera-

ción, cubriendo sus obligaciones con una severidad puritana, al oír que no podía abonársele el trimestre vencido, no se curó de averiguar si era o no cierto el inicuo expolio de que el inquilinato se quejaba, y haciendo uso de su derecho redujo a prisión al deudor insolvente; embargando cuanto no se habían llevado por falta de tiempo Bivona y Lucy, y haciendo notificar a Lorenza que en el término improrrogable de tres días evacuara el edificio, cuyo alquiler no había pagado su esposo.

## 21

### *Una treta de la Feliciani ocasiona su ingreso y el de Bálsamo al servicio de Mr. John.*

Fuese verdadero recurso a la misericordia divina o bien una trama como la célebre confesión de Barcelona, la Feliciani, el primer día de su triste desamparo fué a la capilla católica de Baviera, asistiendo al santo sacrificio en el ángulo más oscuro de la concurrida iglesia; cubierto el semblante con el velo de su largo manto a la veneciana; de rodillas sobre la alfombra, sin cojín o asiento como era allí costumbre; bañada en lágrimas, y en la actitud más conmovedora de ferviente súplica a ese poder que dirige los destinos humanos al impulso de su recóndita y suprema voluntad.

Terminada la misa, y después de una larga oración, levantóse Lorenza, dirigiéndose a la pila del agua bendita, donde estaba un caballero de aspecto venerable, en traje de riguroso luto, que presentó a la italiana el hisopo con una galantería melancólica; recibiendo en pago uno de esos saludos agradecidos, cuyo secreto parece reservado a las mujeres del mediodía, en compensación de otras cualidades que precian a las del norte.

Al volver dos o tres esquinas, hubo de notar la graciosa romana que la seguía de lejos el anciano de la capilla cató-

lica, y disimulando que lo hubiese conocido, se detuvo a socorrer a tres o cuatro mendigos ciegos, de esos singulares pordioseros de Londres, que con la placa de latón pulimentado al pecho, la mano tendida y sin proferir una palabra, denotan que su desgracia es efectiva y está sancionada por el permiso de la autoridad para impetrar discretamente la beneficencia de los transeúntes.

Continuó su camino, sin apresurar el paso nuestra picaresca amiga, y al llegar a su domicilio, donde sólo debía permanecer dos días, conforme a providencia judicial, se detuvo en conversación con la portera lo suficiente para observar con ciertas precauciones si pasaba el viejo respetable, que le ofreciera con atención tan cortés el agua bendita, siguiéndola después a lo lejos, como si tratase de inquirir su morada. Pasó en efecto el caballero; se detuvo un instante frente al edificio; pareció reconocerle con minuciosa curiosidad, y prosiguió su marcha con la lentitud y seguridad de paso de un anciano bien conservado y de fuerte complexión; subiendo la Feliciani a sus habitaciones algo preocupada con aquel encuentro en la capilla católica.

Al día siguiente, y a la misma hora, asistió Lorenza a la misa de nueve en el propio templo; ocupando el lugar que en la mañana anterior escogiera, y tan recogida en su actitud y porte como convenía ya a las observaciones que la traían al santuario. Acabado el incruento sacrificio, y dado espacio bastante a la salida de los fieles, que acudían en gran número a la capilla, la Feliciani se encaminó a la pila del agua bendita, donde encontró al anciano caballero, prevenido para repetir la galante demostración del día anterior.

La italiana dirigió esta vez al buen señor una de esas miradas dulcemente tristes, que hacen palpitar el corazón más helado por las decepciones o el tiempo, y pronunció la palabra —«*gracias*»— con esa inflexión lánguida y melodiosa, que los latinos prestan a los rudos y broncos acentos de los

idiomas sajones, germánicos y eslavos. El caballero saludó con solemne reverencia a la dama, y cuando estuvo en la calle se adelantó resueltamente, y la detuvo con protesta de que le movía a este paso el deseo de ser útil a una extranjera, de su misma comunión, que parecía afligida y que debía carecer en Londres de relaciones, de apoyo, o quizás de recursos.

El señor era irlandés; enriquecido en el comercio, casado en edad madura con una joven de constitución delicada, que al morir le dejara dos hijos, varón y hembra, ambos de contextura endeble; habiendo sucumbido el varón de tuberculosis pulmonar hacía tres meses o poco más, y aconsejando los facultativos a la hembra distracciones de espíritu y el aire libre de los campos, con cuyo motivo Mister John O'Dailly había comprado una propiedad rústica, a dos leguas de la capital del Reino Unido, para trasladar a ella a Miss Mary; ocupándose en buscar una familia honrada y de cierta clase, que hiciese a la joven compañía más amena que la de su atribulado y taciturno padre.

A esta historia, ingenuamente contada por el caballero, correspondió Lorenza con otra, en que Bálsamo era pintor adornista, que habiendo ido a estudiar a Roma se enamoró de una sobrina del conde de Fénix, casándose con ella a disgusto de la ilustre familia, y teniendo que abandonar a Italia para dirigirse a Madrid y Lisboa, donde su habilidad le proporcionara un capital decente, robado en Londres por el marqués de Bivona, antiguo conocido del artista, y a quien diera franca hospitalidad en sus hogares, pagada con tan infame alevosía.

Mister John citó a Lorenza para la mañana siguiente en la capilla, y tomados sus informes, que convinieron esencialmente con la sustracción de ropas y metálico por el marqués, con la prisión de Bálsamo por descubierto de cuatro meses de alquiler de la elegante casa, desocupada por una rica familia viajera, y el desahucio notificado a la Feliciani, propuso a ésta que sirviese de dama de compañía a su hija en la quinta

que acababa de comprar, y que ya ocupaba Miss Mary; pudiendo su esposo entretenerse en pintar a su gusto techos y estancias, mientras se le buscaba una colocación a medida de sus deseos, o en consonancia con sus inclinaciones; entregando a Lorenza un bolsillo con más de lo necesario para restituir la libertad al cautivo por deudas, desembargar lo que no habían podido transponer Bivona y Lucy, y prepararse a seguir a Mister O'Dailly a la hacienda el sábado próximo.

En el proceso de Roma, refiriendo esta aventura, trazó la Feliciani el retrato físico y moral de Miss Mary en dos palabras decisivas: *brutta e fantástica,* esto es, fea y extravagante. Educada en la libertad más completa de seguir el rumbo de sus caprichos, superficial, vana y terca, como niña no contrariada, la joven inglesa tomó una afición loca a las lecturas sentimentales, tan en boga en Francia y a su imitación en Inglaterra. A similitud del hidalgo manchego de nuestro inmortal Cervantes, se identificó tan al vivo con las heroínas de sus leyendas, tradiciones, poesías y cuentos, que la señorita Scudery o Ana de Radeliff no hubiesen hallado en toda la extensión de la Gran Bretaña un tipo más perfecto de sus damiselas escuálidas y ojerosas, rodeadas de poéticos vapores y consumidas por la intensa hoguera de un amor inextinguible.

El exceso de semejantes y estragadoras lecturas, la predisposición funesta a la tisis, que había segado en flor las vidas de su madre y hermano, y la tenacidad de sus antojos, aumentada por la condescendencia temerosa de su anciano padre, que no se atrevía a contradecirla en lo más mínimo, hicieron de Miss Mary un ser romancesco, irritable, voluntarioso y despótico; de trato insufrible; quejándose de no ser comprendida por nadie; presa de una exaltación febril hacia lo desconocido y lo singular, y objeto de la antipatía de todos los criados del viejo irlandés, que la toleraban por los agasajos continuos y reflexiones de Mister John para impedir

que abandonaran su servicio, como tantas veces lo habían anunciado, hartos de las impertinencias y majaderías de Miss Mary. Tal era la figura principal en la familia, que admitía en su seno a José Bálsamo y a Lorenza Feliciani.

## 22

### *Morand entra en acción.*

Morand, el redactor del famoso *Correo de Europa,* publicado en Londres; el más temible de los adversarios de Cagliostro, porque suscribía las imputaciones más vejatorias al célebre siciliano, citando nombres, fechas, lugares y testigos; el publicista más notable en su época por su vasta instrucción, facundia prodigiosa, y actividad incalculable en recoger, ordenar y emitir noticias curiosas, raras y diversas, va a concluir el episodio de Mister John O'Dailly con uno de sus períodos más candentes, después del desafío singular que le propuso Bálsamo, y de que nos ocuparemos en el lugar respectivo de este volumen. Morand, contestando a la *Carta al pueblo inglés* de nuestro personaje, y ratificándose en las paladinas acusaciones que había formulado contra él y que trataba de desmentir en la referida carta, llega a la aventura del anciano irlandés y se expresa de este modo:

«¿Negará ese aventurero, truhán miserable, escondido bajo un título que no justifica, que conoció su esposa al honrado, crédulo y hasta fanático Mister John*** en la capilla católica de Baviera, donde le contó que estaba su marido encarcelado por trampas; fingiendo que era pintor de notable habilidad y hombre de clase, de educación distinguida y de elevados sentimientos?... ¿Se atreve a dar por una fábula ese mistificador sempiterno que merced al oro del anciano irlandés salió de la carcel, para ir con su digna compañera a la casa de campo de Mister John, donde ella debía hacer compañía a la valetudinaria hija del confiado viejo, y él había de ocuparse

en decorar techos y habitaciones de la quinta, sin tasa de tiempo ni de remuneración de sus tareas artísticas?... ¿Con qué se defiende ese menguado burlador de inmerecidas confianzas del cargo de haber ensuciado techos y muros de la quinta del buen anciano, con mamarrachos del género más estrambótico; aprovechando la ocasión de seducir y perder a una joven desgraciada, con la infame complicidad de la Feliciani, y explotando su generosidad de una manera indigna, hasta que Mister*** penetrando el secreto de su oprobio, expulsó a las sierpes que había incautamente abrigado al calor de sus hogares?»

## 23

## *El capricho de Mr. Duplaisir.*

En Douvres hicieron amistad nuestros héroes con un Mr. Duplaisir, hombre de buena fortuna y de ventajosas relaciones; pero de poca delicadeza y sobrado fácil a espontanearse en asuntos, que ningún caballero aborda y especifica con la lisura y desembarazo de que este señor dió muestras en el proceso de París, y como testigo favorable de Madama de la Mothe en el negocio ruidosísimo del collar de diamantes.

Duplaisir, prendado de Lorenza, propuso a los esposos Bálsamo el viaje a París en silla de posta, y aceptado el partido por el transigente José, se verificó otro viaje como el de Agliata y la Feliciani de Roma a Bérgamo; entrando el aventurero, oscuro y degradado, en aquella capital, donde pocos años después debía representar el papel culminante de un esplendoroso semidios.

El capricho de Duplaisir por la italiana se convirtió en una de esas pasiones, con que están penados debidamente ciertos afectos ilegítimos por una providencia justa y sabia, y en que los celos, la envidia y la imposibilidad de destruir trabas y obstáculos, hacen el papel de esas furias vengadoras,

con que los paganos se apoderaban de los grandes culpables, para adelantar en sus almas los tormentos desapiadados del Orco.

Obligado a considerar a un marido despreciable, pagando la costa de una fastuosa residencia en París, no pudiendo imponer a la mujer amada el abandono, la separación ni el desvío de su consorte, y no teniendo valor suficiente para desligarse de vínculos, que tanto oprimían su ánimo y laceraban su corazón, Duplaisir vacilaba entre multitud de pensamientos contradictorios, detenidos en su vertiginoso rumbo por el temor de una solución aventurada, o contenidos en su curso fantástico por la expectativa desastrosa de una ruptura irremediable.

## 24

## *En París, Bálsamo resucita a un accidentado.*

Pasando José Bálsamo por la esquina de *Saint Jacques de la Boucherie,* y viendo cerca de una farmacia un círculo considerable de gente, se acercó movido de la curiosidad, enterándose de que el cochero del marqués de Chateaudun, gentil hombre de S. M., había sido atacado de un accidente súbito, y yacía inerte y frío como un cadáver sobre el pavimento, rodeado de esos papamoscas que en los siniestros públicos para nada sirven, pero en cambio estorban en todos con su importunidad y su estancamiento embarazoso en el teatro de las catástrofes, que no saben ni pueden, ni quieren remediar.

Bálsamo apartó con esfuerzo a la muchedumbre que le impedía el paso, y con todo el aire de un doctor en el arte de Hipócrates y Galeno, tomó el pulso al que parecía finado; hizo rápidas pruebas de pulsación en sienes y pecho de la víctima de aquel ataque terrible; suplicó a uno de los circunstantes que mantuviese levantada la cabeza del servidor de

Chateaudun, y sacando un frasco pequeño, lleno de un licor rojizo, le examinó a la vislumbre con atención esmerada, destapándole cerca de los labios del privado de sentido, y vertiendo en su boca tres gotas, con minuciosa detención y exquisito cuidado.

Aún no había vuelto a guardar el frasquillo cuando el accidentado abrió los ojos, desperezándose como el que despierta de un largo sueño, entre los murmullos de admiración de la multitud, que acalló el siciliano con un gesto imperioso. El cochero, asombrado de verse en el suelo y objeto de la fija atención de tantas personas se levantó, sacudiendo su librea para disimular su embarazo, y pidiendo el sombrero a una obesa comadre, que le tenía amparado bajo su blanco delantal.

—¿Cómo te sientes?, le preguntó Bálsamo con los fueros de salvador de su existencia.

—Me siento bien, señor, repuso el criado de Chateaudun, que recordaba ya su pasado acceso. Pero me duelen la cabeza y los lomos, sin duda de la caída, porque fué esto un rayo, señor. Nunca me ha pasado otra.

—Pues hazte asistir por un facultativo, muchacho, añadió José con significativa importancia; porque no siempre tendrás la fortuna de que te vuelvan a la vida. Si tardo en llegar un minuto, buen amigo, hubiera sido tarde. Adiós.

## 25

### *Los vaticinios del boticario Rochambert.*

La gente siguió al resucitado a cierta distancia, y maese Rochambert, boticario de *Saint Jacques,* testigo de esta escena, hizo entrar en su despacho al extranjero, tratándole como a hombre de la facultad; no tardando en quedar sorprendido del saber y experiencia de un profesor, que le habló de la flora india y de los medicamentos, empleados en las tribus

africanas por los derviches, excelentes naturalistas; acabando el buen farmacéutico por interesar a José en que ejerciera en París la profesión médica en determinadas condiciones de aureola y respetabilidad; brindándole su establecimiento para punto de citas, gabinete de consultas y laboratorio particular.

José mismo no creía los vaticinios halagüeños de maese Rochambert acerca del pronto y seguro éxito de sus tareas médicas; conjeturando que en una capital de tanta extensión y bullicio debía tardar mucho en adquirir un nombre esa fama, que requiere atmósfera más diáfana y tranquila para repercutir, claro y sonoro, el eco de una celebridad, no fundada en el estrépito ni el escándalo. Sin embargo, con no poca sorpresa, y reducido su círculo a la botica de *Saint Jacques*, tocó resultados tan imprevistos y satisfactorios que decidió extender la órbita de su asistencia facultativa, si bien ocultándolo al farmacéutico, su amigo; a cuyo efecto alquiló un piso bajo en la Barrière, donde recibía de diez a doce de la mañana a los enfermos, expendiendo las medicinas y visitando a domicilio a los que pasaban aviso en las horas, asignadas a la diaria consulta.

Dos o tres curaciones felices en sujetos de buena sociedad impulsaron el crédito de Bálsamo entre la gente de calidad, y retirándose poco a poco de la clientela vulgar, con acuerdo de maese Rochambert, se concretó a lo más florido; ayudando a su auge y al favor de su persona, su calidad de extranjero, su lenguaje singular, sus conversaciones incitativas sobre países remotos y desconocidas civilizaciones; sus historias extrañas de conocimientos y costumbres peregrinos, y su calma imperturbable en los lances de mayor apuro, que inspiraba a las familias una grande fe, sobre todo cuando veían conjurada la crisis o superado el peligro, sin una sombra de duda, ni un gesto de impaciencia de aquel ser excepcional y extraordinario.

Bálsamo se equipó con lujo, comprendiendo cuánto

influye el exterior en casi todas las cuestiones de sociedad, y regaló a su mujer algunas alhajas; determinando mudarse al piso alto de la Barrière, en la misma casa donde tenía el gabinete de consultas matinales; ya quisiera separar a Lorenza del asiduo cortejo de Duplaisir; ya se propusiera romper en definitiva aquellas relaciones. Por aquel tiempo (1772) era el maestro de baile Mr. Lyón uno de los tipos parisienses más favorecidos por la boga, y cabalmente José había asistido a su hermana, enferma de una erupción variolosa, negándose a recibir honorarios, para estimular por el agradecimiento sus informes favorables en los primeros círculos de la capital. En la noche del lunes, 21 de diciembre, dió Lyón a sus discípulos un ostentoso baile e invitado a la fiesta nuestro héroe, se presentó en ella con la Feliciani, ambos equipados como príncipes, y causando en aquella numerosa y escogida reunión el efecto que Bálsamo aspiraba a producir.

## 26

### *Duplaisir ejerce su ascendiente sobre Lorenza.*

Apenas supo Duplaisir por las revelaciones de Lorenza que Bálsamo trataba de abandonar su domicilio, trasladándose a la Barrière, calculó que el siciliano quería poner término a sus relaciones; sospechando por sus obsequios recientes a la Feliciani, y más que nada por haberla presentado con tanta fastuosidad en el baile de Mr. Lyón, que se proponía buscarle empleo más útil, haciendo a su consorte escalón de ambiciones que él no podía satisfacer.

Entonces, y con todo el ascendiente que tenía en el ánimo de la italiana, empezó a cultivar su desprecio y su odio hacia un marido, bastante vil para trocar en mercancía las gracias de una esposa, cuya belleza y decoro merecían el culto de un amor intenso; proponiéndola romper la sumisión vergonzosa

de aquel aventurero miserable, que la haría apurar un día, más o menos próximo, el cáliz de la ignominia, y para prueba decisiva de que estos consejos no eran disfraces especiosos del egoísmo, Duplaisir se comprometió a proporcionar a la fugitiva medios hábiles de volver a Roma y al seno de su familia, si prefería esta determinación a vivir en la independencia o al abrigo del tierno amor que la profesaba.

Lorenza, que una vez fuera del camino por donde la habrían guiado su educación e inclinaciones, carecía de talento y malicia para trazarse una marcha consecuente, en cuanto cabe en las existencias del género de la suya, tomó estas declaraciones de Duplaisir por efectos de una pasión impetuosa, y aunque había resistido a las sugestiones repetidas de su madre sobre entablar el divorcio, cedió a las instancias de su amante, consintiendo en huir del lado de su esposo, y en ocultarse en una linda casa de campo en *Fontenay-aux-Roses,* uno de los más deliciosos contornos *(alentours)* de París.

Tan pronto como José dispuso la traslación a la Barrière, y dió sus instrucciones en tal sentido, Lorenza desapareció de casa, y Duplaisir fingió admirablemente la sorpresa más dolorosa por esta fuga; pero no engañaron tales apariencias a Bálsamo, que se resolvió al castigo ejemplar de aquella rebeldía con la firmeza propia de su carácter.

## 27

### *Cagliostro se vale de sus medios.*

Sin perder el tiempo fué Cagliostro a casa de Madama Saint-Dizier, vieja opulenta en *Saint Jacques,* a quien suministraba su agua maravillosa para conservar la frescura de la tez y su óleo santo para teñir el pelo de un negro lustroso, y en la tertulia de esta señora habló a Mr. de Lacaze, secretario del grupo de policía en el Parlamento; confiándole la escapatoria de su mujer, sus indicaciones para creer a Duplaisir cóm

plice, sino causa, de la evasión, y su deseo de que hallada la prófuga fuese detenida en un encierro, en expiación de su culpa y en escarmiento de sus propensiones a una inconveniente y peligrosa emancipación.

Mr. de Lacaze, enterado del asunto, citó a Bálsamo a su oficina para el día siguiente; haciéndole firmar la solicitud para la captura y arresto de su esposa, petición que debía iniciar los procedimientos y diligencias de un actuado formal y objeto de controversias, como veremos pronto. Tomado con empeño este asunto por el secretario de policía, claro es que los agentes y subalternos del ramo recibieron órdenes algo más apremiantes y estrechas que las comunes; comprendiendo lo que les iba en cumplir los deseos de su jefe, y cumplirlos en el menor tiempo posible y con las consecuencias más completas que fuesen dables a su comisión.

## 28

### *Lorenza en Santa Pelagia.*

A los tres días de expedidas las órdenes anunció Mr. Lacaze a nuestro héroe que Lorenza, encontrada en su refugio de Fontenay, conducida a París en un carruaje celular, y presa en Santa Pelagia (cárcel de mujeres), aguardaba en sala particular de reclusión que su marido pronunciase su sentencia, fijando el tiempo de su detención hasta un año de máximum, o bien la restituyera la libertad, haciendo constar su perdón en el expediente.

José marcó seis meses al castigo de la Feliciani, señalando una pensión módica a la reclusa para que distinguieran su trato y alimentos del régimen ordinario de aquella casa de corrección; obteniendo una incomunicación absoluta, interior y externa, que debía duplicar las penalidades de aquel semestre de purgatorio. En cuanto a ropas y alhajas de su mujer, Bálsamo las hizo recuperar por la policía de casa de Du-

plaisir, quien tuvo buen cuidado de callar por entonces, temeroso de una complicación en el proceso, y asombrado de la influencia del siciliano con las autoridades gubernativas; pero juró vengarse del golpe que desbarataba sus proyectos, humillándole en su país, y esto explica las declaraciones de este hombre en el célebre proceso de Monseñor de Rohan.

## 29

### *Bálsamo, denunciado por médico intruso, perdona a su mujer.*

José continuaba con éxito la profesión médica, con sus agregados de preparaciones especiales, como las expendidas en la fonda del Sol en Roma, y algo de alquimia entre sujetos imbuídos en este sueño de las fantasías delirantes, y en sus accesiones, el elixir de la vida y el secreto de la perenne juventud. Ya se habían dado algunas quejas en el Parlamento contra el médico intruso, unas exigiendo que se obligara al extranjero a presentar sus títulos a la subdelegación de París, y otras reclamando sencillamente que se le prohibiera el ejercicio de la facultad; pero la protección de Mr. Lacaze había frustrado estas solicitudes, y ninguna dió margen a expediente en molestia o perjuicio del curandero italiano. Duplaisir atizó el fuego contra Bálsamo, valiéndose de excitaciones y dádivas para que ciertos doctores denunciasen abusos indignos y verdaderos crímenes del siciliano, hasta bebidas y operaciones abortivas; pero tampoco surtieron efecto las acusaciones, y la sombra del secretario de policía siguió proyectándose benéfica y garantizadora en el físico de Madama Saint-Dizier.

Por desgracia del curandero, Mr. Lacaze fué promovido a una plaza de togado en Tours, y no conociéndole, entró en consulta en casa del barón de Jacquart con el subdelegado de medicina nuestro héroe, tratándole con cierta ironía desdeñosa. Faltando la protección en el Parlamento, y siendo la

misma subdelegación la querellante, el tribunal prohibió a José Bálsamo la profesión de la medicina bajo las conminaciones más severas; dándole tres meses de término improrrogable para traída y presentación de sus certificados y diplomas; debiendo sufrir examen además para obtener reválida que le autorizase al ejercicio de su arte, en conformidad a las leyes del reino.

Nuestro personaje, creyendo bastante castigada a Lorenza con cuatro meses de rígida reclusión en Santa Pelagia, fué a verla para juzgar de las disposiciones de su ánimo; hallándola arrepentida, y deseosa de abandonar aquel lóbrego recinto, para seguir a su esposo, como entendía que era su obligación. Árbitro de abreviar el castigo, como lo había sido de imponerlo dentro del término de la ley, Bálsamo perdonó en debida forma a la reclusa, y puesta en libertad por orden del Parlamento, la Feliciani, fué trasladada en coche por su marido al piso principal de la casa de la Barrière, lujosamente amueblado para recibirla.

## 30

### *Dos negocios pendientes.*

No quería Bálsamo abandonar a París hasta que dieran el fruto que de ellos se prometía dos negocios, entablados con tanto interés como sigilo: el uno con cierto fanático por la alquimia, empeñado en convertir el azogue en plata, según las indicaciones del libro de los *secretos áureos* de Juan Hemstad, y el otro con la crédula Madama Saint-Dizier, ilusionada con el elixir egipciano, que debía hacer en su físico una restauración prodigiosa, devolviéndole aquella lozanía y aquel vigor de los treinta años, de que había abusado un poco la buena señora, a decir verdad.

Un ensayo feliz de la dirección de José había imbuído más y más al maníaco por la ciencia hermética en la posibilidad de la conversión química que afanosamente procuraba,

y el barrote que resultó de dos meses de fusiones en la retorta, llevado al examen pericial por Bálsamo, fué reconocido por contener más de un tercio de plata de su compuesto; enloqueciendo de alegría al saberlo el ardiente discípulo de Avicena, Theofrasto y Evónimo.

Madama Saint-Dizier se preparaba a la reconstitución de su naturaleza, tomando todas las mañanas un baño de leche y cada tres días una poción de jarabe de la salud, tónico que lisonjeaba infinito las esperanzas de la vieja rebelde, que confundía el efecto momentáneo de las drogas excitantes con los impulsos de un temperamento, provocado a su regeneración por estos preliminares de remedio más eficaz y decisivo.

## 31

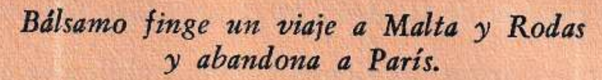
### *El desdén de Lorenza.*

Duplaisir, desesperado de no ver a Lorenza, después de su salida de Santa Pelagia, por más que rondaba la calle como pudiera hacerlo un imberbe escolar, le escribió por la pequeña posta o correo interior de París; pero la Feliciani entregó la carta a su marido, despreciando a un amante, que tras de las exageraciones amorosas de un Orlando, la abandonó a los rigores de su suerte, sin aventurar un paso en favor suyo para rescatarla de un duro y penoso cautiverio.

Duplaisir, exasperado por el desdén de Lorenza volvió a escribirle, esta vez sin firmar la epístola; amenazando con hacer matar a un vil esposo, que no merecía poseer el tesoro de gracia y de ternura que robaba a quien mejor sabía estimarlo; apoyando su resolución con juramentos tales que traían a la memoria el tremendo por la laguna Estigia, al cual no se atrevían a ser infieles los Dioses del Olimpo pagano.



32



*Bálsamo finge un viaje a Malta y Rodas y abandona a París.*

José enterado de esas extremidades furiosas de Duplaisir, privado del lucrativo ejercicio de la medicina por el Parlamento, no sabiendo ya como desembarazarse de las impaciencias laboriosas del alquimista, cansado de la farsa regeneradora de la Saint-Dizier, poseedor de dos mil escudos en dinero y más de quinientos en ropa y alhajas, aguijoneado por ese espíritu de inquieta movilidad que de viaje en viaje le condujo al altar de la apoteosis y al ara del sacrificio, decidió abandonar a París, no sin hacer de las suyas para dejar en la Babilonia europea las huellas ordinarias de su paso.

Al admirador de la ciencia recóndita de los Geber, Morienos y Crolios, supuso un viaje a Malta para conseguir del sublime Althotas, alquimista del Gran Maestre, la clave de la famosa *tabla smaragdina* de Hermes sobre las transmutaciones de la materia prima, y a la loca del barrio de *Saint Jacques,* fingió una expedición a la isla de Rodas a consultar con el rabino Benjamín Achirat, sabio de Egina, si el elixir restaurador del Oriente debía su acción más pronta y admirable que en los países europeos a recogerse allí, frescas y legítimas, las drogas secas y adulteradas que circulaban en nuestras farmacias y depósitos de plantas, raíces, gomas y productos asiáticos. Todos los clientes de Bálsamo creyeron efectivos los móviles de su expedición, y encargándole pronto regreso, le dieron muestras de su liberalidad, acompañando las sumas con delicados obsequios para el sublime Althotas y el sabio Benjamín, sumos sacerdotes del saber oculto. José y Lorenza abandonaron a París en silla de posta, en dirección a Bruselas, proponiéndose atravesar por la Alemania y entrar en los dominios italianos.

## 33

### *La condesa de la Mothe y el periodista Morand.*

Estas aventuras parisienses fueron publicadas en el folleto de la Condesa de la Mothe, intitulado: *Mi correspondencia con el conde de Cagliostro;* justificándose la prisión de Lorenza y la prohibición de ejercer la medicina José Bálsamo con certificaciones de los expedientes respectivos, y Morand hizo uso del texto y de las certificaciones en sus violentos artículos contra el siciliano en el *Correo de Europa;* pero audaz y descarado como pocos, sostuvo nuestro personaje en su ruidosa *Carta al pueblo inglés* que el Bálsamo curandero y la Feliciani reclusa nada tenían de común con el conde de Cagliostro y la condesa Serafina de Feliciani; desafiando a toda la policía de París a probar lo contrario si tenía medios de hacerlo.

## 34

### *La mala suerte de Bálsamo en Palermo.*

Ora cediese Bálsamo al vanidoso pensamiento de lucir sus aparatos de buena fortuna en Palermo, ya condescendiera con el capricho de Lorenza por conocer la patria o familia de su esposo, o bien la ley de expiación le reclamasen para purgar algo de lo que debía en aquella primera escena de sus aventuras, es lo cierto que nuestros excursionistas se presentaron en la capital de Sicilia, y que a poco de aparecer en ella, José fué reducido a prisión; reabriéndose el proceso de Marano, y teniendo que contestar a los cargos, que le resultaban en el asunto del falso testamento del marqués Mauricio.

La esposa de Cagliari, tía de nuestro héroe, había fallecido hacía dos años, y el cambista no quería ni oír hablar de un sobrino que le proporcionara tan serios disgustos; por lo que fué inútil la visita que, estimulada por su marido, le hizo

la Feliciani a fin de interesarlo en la situación angustiosa en que se encontraba a su regreso imprudente al país natal.

35

*Los buenos oficios del barón de Brettevil.*

Por buena estrella de nuestro singular personaje, llegó a Palermo a los dos meses de prisión el barón de Brettevil, caballero a quien trató en Roma con alguna confianza y que gozaba de consideraciones en aquella ciudad donde poseía bienes patrimoniales de bastante cuantía.

El barón fué a la cárcel al primer aviso de José, por conducto de su consorte, y enterado minuciosamente de las causas que se sustanciaban contra el diabólico mancebo que tantos abusos cometiera en aquella capital, prometió intervenir en favor del procesado con toda la valía de sus influencias; neutralizando los esfuerzos de la administración de la obra pía, perjudicada por el testamento falso, y los manejos del platero, que no perdonaba paso ni recurso por conseguir la venganza de su estafa y apaleo en el negocio del tesoro escondido.

Ni en uno ni en otro de los procesos era evidente la responsabilidad criminal de Bálsamo, y ayudando a esta circunstancias los buenos y válidos oficios del barón de Brettevil, se logró en ambos la absolución de la instancia, si bien con la cláusula de destierro en el de Marano, para satisfacer en algún modo el vivo resentimiento de aquel hombre, cruelmente burlado por José y sus dignos camaradas; abandonando a Palermo nuestros expedicionarios para ir a Malta, donde Cagliostro llevaba misteriosos planes.

## 36

*Malta cosmopolita, es campo de estudio para Bálsamo.*

Malta era entonces lo que Liorna fué más tarde, el punto preciso de convergencia de las civilizaciones europea y asiática en inteligencias, relaciones y tráficos; concurriendo a mercado tan fácil a toda suerte de especulaciones, negocios y giros, tipos notables, curiosos y pintorescos, entre los cuales se familiarizaba el hombre observador y comunicativo con todas las tradiciones, costumbres y maneras de ser de los pueblos principales del Oriente y de nuestro litoral franco, del Mediterráneo hasta el estrecho de Calpe.

Allí entre el armenio, el griego, el turco, el tunecino y el africano, se agitaban el judío holandés, el comisionista alemán, el negociante británico, el contrabandista genovés y el galo aventurero. Allí se traían a contratación los elementos más varios de la producción natural, industriosa y artística, de dos regiones del mundo; las rarezas más curiosas de cada país, provincia y localidad, y hasta objetos, exquisiteces y particularidades, que solo tenían exhibición franca allí, donde nada era extrañable ni ilícito.

Allí, entre el corsario de Trípoli que bebía el café sin endulzarle, el viejo israelita, que sorbía una Virginia en menudo polvo, el bizantino, fumador de aromático latakié, el sajón, que saboreaba el gim como una ambrosía, el zantino, mascando vena de tabaco, y el hamburgués, nunca harto de cerveza, se recogían noticias, se conocían secretos, y se averiguaban operaciones, que la imaginación más privilegiada no alcanzaría a concebir en los términos de su efectiva y patente posibilidad.

Allí buscaba José Bálsamo en el trato y comunicación con los extranjeros, gente nómada, hombres de valer, de experiencia o de práctica en diversas partes del globo, instrucción diferente de la que proporcionan el estudio y las tareas

abstractas; especialidades de distintas zonas que recoger y explotar oportunamente; materiales dispersos del saber teórico y práctico de cada raza y de cada punto, herencia recibida de remotas edades, anónimo beneficio de inventor incógnito o de importador ignorado, o novedad coetánea, poco extendida aún en sus procedimientos.

Allí en tres meses de residencia, aprendió José entre los rabinos de Asia la adivinación de la *Paloma* (niña virgen); las aplicaciones magnéticas de los egipcios; las preparaciones estimulantes del opio, del hatchis y del liquen entre los indianos; la evocación de los muertos, tan usual en las sectas sombrías de la costa de Coromandel; los augurios peculiares al fetichismo malayo; las comunicaciones con los espíritus de los lúgubres budistas; y allí recibió de regalo la antigua cornalina que le sirvió de sello, cuya cifra era una serpiente, llevando en la boca una manzana, y traspasado el cuerpo por aguda saeta, obra antigua y de admirable perfección en el grabado.

Bálsamo sacó además modelos de cajas, frascos, botes y singulares envases de pastas, frutos, esencias, gomas y espíritus los más raros y preciosos entre asiáticos, africanos y europeos; recogió etiquetas, sellos, tapas marcas y signos, de las fabricaciones más estimadas y costosas en cada país, dotado de especialidades productivas; acopió gran cantidad de pequeños y extravagantes objetos, procedentes de pueblos remotos, y que ya por su materia, ya por su estructura particular, indicasen su origen de una industria sin relación con la nuestra, y empleó una parte de su capital en pedrería, por conocer algo el ramo desde sus negociaciones en Lisboa.

## 37

### *Bálsamo y las ilusiones de un rico mercader napolitano.*

Nuestros viajeros pasaron a Nápoles donde José tropezó sin buscarlo con un rico mercader, imbuído en los arcanos de la alquimia y hermética, en sociedad para las operaciones con cierto fraile franciscano, grandemente persuadido de que entendía como nadie el lenguaje sibilino de Roguer, Vulstadio y Libavio, por más que en tres años de horno, constantemente encendido, no se hubieran observado los fenómenos de cristalización de las promesas crisológicas de dichos revesados autores.

José conoció que su negocio consistía en separar al codicioso negociante del hijo del Patriarca de Asís, y se dió tan buena maña para el caso, que a los seis días de consultas, el religioso, picado de la preferencia con que su socio trataba al extranjero, declaró que su voto de pobreza chocaba con aquellos trabajos en la piedra filosofal; abandonando el campo a su émulo, que no creyendo una pizca en la transtornadora y vana crisopeya, estaba en mejor disposición seguramente de embaucar al obtuso comerciante y sacar partido de sus fantásticas ilusiones, como es de suponer que sucedería cuando un hombre tan inquieto y emprendedor como Bálsamo, se detuvo cuatro meses en aquella corte, sin otras ocupaciones y hazañas, que refieran sus enemigos o él relate en el extenso proceso ante la Inquisición en Roma.

Lorenza, que había escrito a su familia enviándole además algunas alhajas y curiosidades de las adquiridas en Malta, enseñó a su esposo una carta de su hermano, en que recordaba con cierta especie de reconvención melancólica las promesas de fortuna y prosperidades, con que solía halagarle Bálsamo en otros días, y fuese inspiración del momento o plan en lo futuro, José autorizó a su consorte a invitarle a reunirse

con ellos en Nápoles, librándole veinte escudos para la costa del camino; no tardando en presentarse Bautista Feliciani, mozo de una belleza distinguida y en la flor de una lozana juventud; pero díscolo, huraño y poco idóneo para los destinos a que le preindicaba la compañía de su hermana y de su cuñado.

### 38

### *El doctor oriental domina con su magia y pretende el casamiento de Bautista Feliciani.*

No tardó en presentarse la ocasión de disgusto entre el marido y el hermano de Lorenza, porque José necesitaba instrumentos de sus miras y Bautista tenía uno de esos caracteres de independencia ruda, capaces de renunciar a sus más vehementes deseos, si revestían la apariencia más leve de imposición, o siquiera de connivencia con la voluntad de quien pudiese influir en su ánimo. La Feliciani, en vez de intervenir discretamente en la cuestión con el carácter de su parentesco y esa diplomacia insinuante de las mujeres, dejó inclinar la balanza hacia el cariño fraternal, y fué causa de una desavenencia, que no podía tener otra solución que romper y separarse los hermanos políticos.

En Marsella entró Bálsamo en íntimas conexiones con Madama de Framblart, viuda de un rico negociante; madre de una preciosa joven, educada con solícito esmero; mujer de historia en la ciudad, y amiga de mucho tiempo de un señor acaudalado, Mr. Weisvillier, de quien se contaba que había salvado más de una vez de las inminencias de una quiebra al difunto Framblart, armador, banquero y atrevido contrabandista. El favor extraordinario, con que fué recibido José en casa de la viuda, excitó el resentimiento celoso del opulento anciano; pero Madama, que por un nuevo amante no quería perder al antiguo, quien además carecía de cercanos parientes y era padrino de la linda Isabel Framblart, se apresuró a desvanecer sus sospechas revelándose que Bálsamo se

ocupaba de la regeneración de su ser con los recursos de la ciencia egipcia, que había aprendido entre los sacerdotes, custodios del saber tradicional de los tiempos faraónicos.

Era Mr. de Weisvillier un espíritu limitado y accesible a toda especie de supersticiones; pero afectando ciertas dudas de *esprit-fort* (tipo común entonces), quiso hablar con el discípulo de los sacerdotes egipcianos para juzgar de las probabilidades de su atrevida empresa, y Bálsamo se comportó de tal manera en la consulta que el pobre señor salió más ciego que la misma Framblart, prometiendo al restaurador de naturalezas agotadas que haría su fortuna con rejuvenecer a la señora de sus pensamientos, y vigorizar sus decaídas fuerzas, prestándose a todo cuanto fuera necesario al efecto, y proponiendo al doctor oriental que fijara su domicilio en Marsella.

Disimulado galán de la vieja libertina, objeto de una especie de veneración de Weisvillier, extremadamente simpático a la joven Framblart a quien traía de continuo finezas y regalos, y hasta grato a la servidumbre por haber curado al cochero Gros-Jean de un reuma inveterado en la pierna derecha, Cagliostro se hizo dueño absoluto de aquella casa en poco más de tres meses, y pensó en radicar su dominio casando a la linda Isabel con Bautista Feliciani, a quien presentó a la familia marsellesa como un pupilo, caballero romano de noble cuna y no escasos haberes.

Madama no dejó de notar que el caballero Feliciani era hermoso y fuerte; Isabel le encontró parecido con el busto del Tasso, que con el de Ariosto, ambos en bronce, tenía en un gabinete su difunto padre; el señor Weisvillier habló de un buen dote si se encontraba un marido a gusto de la niña, aunque no contase con gran patrimonio, porque en su testamento sería otra cosa, y Bálsamo vió fácil y expedito el camino para colocar a su cuñado en excelentes condiciones; suponiendo que no había sido indiferente a los encantos y habilidades de la ahijada de tan generoso padrino.

José contaba sin la huéspeda, como suele decirse, y cuando comunicó a Bautista su proyecto, pintándole el porvenir de felicidad y riqueza que le tenía deparado, encontró una hosquedad extraña en el mancebo, que acabó por declarar bruscamente que no tenía inclinación al matrimonio, y que no era para casarse con una tontuela rica para lo que había dejado a Roma, decidido a correr el mundo con un hombre de genio y de recursos poderosos.

Para mayor despecho de Bálsamo, la Feliciani tomó el partido de Bautista, reprobando el enlace con la Framblart en términos de una violencia extrema, y todas las observaciones, instancias, mandatos y hasta amagos de rigor del siciliano, fueron estériles; reconociendo que no conseguiría doblegar aquellas voluntades coligadas contra la suya.

Con la prontitud de ingenio que le caracterizaba y la destreza manual que ya le conocemos, nuestro héroe fingió una carta de Roma, en que se le participaba la postración fatal de su suegra, Magdalena Fierri, y representando a maravilla el papel de tierno hijo político hizo inexcusable su partida inmediata; sacando gruesas cantidades a Madama y a su viejo adorador, por supuesto con el compromiso de volver cuanto antes, y favorecido con obsequios extraordinarios por la Framblart, que exigió especiales y privadas protestas de regreso.

## 39

### *Un período incierto en la vida de Bálsamo.*

Aquí pierden las huellas del conde de Cagliostro una gran parte de sus biógrafos y tratadistas de sus varias aventuras, y unos lo rastrean en Cádiz, y otros van a buscarle a Londres, siguiendo los rumbos de historias y reseñas, que no se han cuidado de compulsar escrupulosamente las citas diversas de estos autores, recurriendo, como lo hacemos nosotros,

a los datos oficiales, contenidos en los procesos de París y Roma, o bien y en su defecto, a las indicaciones de Morand y de Madama de la Mothe, que procuran analizar todo lo posible los pesos de este personaje, blanco de sus encarnizados odios.

José dijo ante los inquisidores que había atravesado por España, sin más especificaciones ni detalles; pero su enemiga en la causa de Rohan, en el folleto *Mi correspondencia con el conde de Cagliostro,* adujo el testimonio del cirujano inglés Mister W. Sachy, del cual aparece que el teniente don Thiscio Napolitano, con su mujer y un joven hermano político, estuvieron en Valencia, procedentes de Barcelona, parando unos quince días en la misma fonda en que habitaba el testigo, y que en Alicante los volvió a encontrar cuando allí estuvo el cirujano en sus correrías facultativas por la península ibérica; por cierto (agregaba Mister Sachy) que la conducta de la señora y tolerancia de don Thiscio eran objetos en la última ciudad de nada honrosos comentarios, por lo que evitó su trato el operador inglés, marchándose de Alicante sin despedirse de ellos.

Cagliostro rechazó el testimonio de Sachy en su extensa *Carta al pueblo inglés,* negando que hubiese estado en uno ni otro de los citados puntos, ni conocido por consecuencia al cirujano británico; pero el gacetero Morand, noticioso de hallarse Sachy en Estrasburgo, le escribió sin demora; obteniendo de él una ratificación más circunstanciada de ciertos hechos vergonzosos de la Feliciani que el iracundo gacetero se apresuró a publicar en su *Correo de Europa.*

Lorenza, declarando ante los jueces del Santo Oficio, se contrajo a decir que en Cádiz, donde su marido trabajaba en la piedra filosofal con un señor rico y pródigo con el auxiliar de sus tareas, hubo un altercado terrible entre Bálsamo y Bautista, pretendiendo el primero que el segundo se había apropiado unas alhajas, extraviadas en el camino; por lo que

Feliciani salió de la casa furioso; disponiendo José el viaje a Londres, sin contar con su cuñado a quien abandonó en la perla del Océano, con profundo pesar de su hermana.

## 40

### *La humanidad, propensa a lo inverosímil y amante de lo imposible.*

Por más que sea histórico nuestro relato, no faltará lector que se pregunte con extrañeza, al ver explotadas por nuestro héroe a tantas personas de buena posición y de elevada clase con la alquimia, la regeneración de la naturaleza, y los elixires de la perfecta salud y de la restauración de fuerzas desgastadas, qué sociedad de imbéciles era esa del siglo XVIII, tan propicia a las fábulas de una pretendida ciencia, en pugna con los decretos providenciales, y tan accesible a los advenedizos que se jactaban de esos conocimientos ocultos, cuyas pruebas costaban tanto a los curiosos, sin que jamás alcanzasen la realidad prometida por los embaucadores.

A estos cándidos de siempre, admirados de que la humanidad sea loca, ávida de lo nuevo, propensa a lo inverosímil y amante de lo imposible, podríamos convencerles de que la sociedad del siglo XIX con su preocupación de la despreocupación, como decía nuestro fígaro (Larra), no aparece menos afecta de los apóstoles de lo desconocido, ni menos inclinada a las ciencias ocultas, que lo fueron sus predecesores; pero baste a nuestro propósito con citar a esos incrédulos en la credulidad común los tipos de Cubí, frenólogo y magnetizador; Hume, en inteligencia con los espíritus; Herman el de los espectros y fantasmas, y los hermanos Davenport, espiritistas de grande espectáculo: tipos que realizan en esta época algunos relieves, que hicieron tan notable en la suya al héroe de nuestro estudio histórico.

## 41

*Bálsamo es considerado por los cabalistas como otro Simón el Mago.*

Apenas llegado a Londres José, entró en conocimiento con la señora Fry y con el señor Scott, socios en el estudio de la cábala de loterías, y muy convencidos ambos de que no había casualidad en tal juego, sino combinaciones misteriosas, que el ingenio humano rastreaba en noble y asidua lucha con los arcanos de la suerte, dando alguna vez con la clave, merced a la estadística de observaciones que organizan ese saber de los que nada saben en puridad.

Bálsamo era demasiado listo para no aprovechar la coyuntura que le ofrecían los viejos cabalistas ingleses, y quiso el azar que a los dos meses no cumplidos de formar terceto en el estudio de los números premiados ganase la compañía un terno de dos mil libras con guarismos fijados por el siciliano con relación a los consejos de una sonámbula, y no fué necesario más para imbuir a nuestros cabalistas en que el extranjero era otro Simón el mago, y tampoco hubo menester de más el discípulo de Althotas para persuadir a la Fry, como al Scott, que aquello era un juego pueril en cotejo con lo que sabía en la ciencia del divino Hermes, hasta engrosar las piedras preciosas enterrándolas, y endureciéndolas después de abultadas con los polvos consolidantes.

Madama regaló a Lorenza un collar, con setenta y dos brillantes formando estrellas radiantes, y el anciano caballero obsequió a José con una tabaquera de oro, primorosamente esmaltada, y con su cifra en diamantes menudos; entrando los cabalistas en la manía de la piedra filosofal, aumentado el incentivo de exhorbitantes ganancias con la elaboración del elixir de la vida, a cuyo hallazgo refería solemnemente Cagliostro la prodigiosa longevidad del patriarca Matusalén, padre de la crisopeya.

Todo fué perfectamente en los tres meses primeros de trabajo alquimista, y la Fry dió su parte, lo mismo que el Scott, en los gastos cuantiosos de hierbas, metales, espíritus y combustibles; resultando cumplidas todas las predicciones de Bálsamo en cuanto a ebulliciones del líquido en la retorta, colores prismáticos del borborismo, mutaciones y transmutaciones de las materias en fusión, y períodos de las proyecciones espagíricas.

## 42

### *La acusación de la señora Fry.*

De repente estalló entre los asociados una disidencia formidable; siendo de notar que mientras Scott nada intentara contra José, la señora Fry le citó a juicio, acusándole de estafas a título de cábalas de lotería y de operaciones de la ciencia magna; originándose un proceso, fecundo en escándalos y en rarezas, en que la irritada vieja sacó a plaza todos los propósitos confidenciales de Bálsamo, y éste tuvo la audacia de proclamarse cabalista, contó el premio del terno, debido a su clave particular, y negando bajo la fe del juramento los hechos de que la demandante no podía presentar testigos, salió absuelto de la demanda.

Tanto Madama de la Mothe en su folleto antes citado, como el gacetero Morand, hicieron uso de estos autos para confundir al famoso aventurero; sin grande apoyo, a la verdad, en un litigio, en que a pesar de las imputaciones y de los extravagantes asertos de la parte actora, los tribunales ingleses no hallaron elementos de justa condenación del demandado, y de dos colegas de nuestro héroe, sólo uno salió ante la justicia querellándose de sus engaños.

## 43

*Un tratado de rito egipcio da ocasión a Bálsamo para nuevas relaciones.*

Vagando José a Dios y a la ventura por las calles de la extensa y populosa capital, que atraviesa el caudaloso Támesis, acertó a ver en la ventana de un piso bajo, y en ancho cartelón, el anuncio de una almoneda; penetrando en la casa por curiosidad o por matar el tiempo, como dice la arrogante frase española. Los herederos de un celibatario entregado totalmente al estudio, se desembarazaban de una gran colección de grabados, antiguos y modernos, de una selecta y numerosa librería, de una completa serie de monedas romanas, galas, francas y góticas, y de porción de manuscritos, papeles curiosos, notas y apuntes.

Registrando Bálsamo los manuscritos, abrió un libro cuya portada decía: *Masonería egipcia, expuesta y comentada por Jorge Cofton,* y chocándole el título, leyó ligeramente las bases del sistema y determinó adquirir el volumen; disimulando la elección con incluirle entre otros que le interesaban mucho menos.

Abonado el importe de su compra, salió José del local, vivamente preocupado con aquel libro, que había abierto dilatados horizontes en su imaginación volcánica; ofreciéndole un compuesto de magia y de dominación mística, muy agradable a las inclinaciones del aventurero siciliano; ensanchando con las solemnidades fastuosas de un rito oculto aquellas misteriosas operaciones con que había impresionado tantas inflamables fantasías; prometiéndole un nuevo y grandioso carácter en las sociedades secretas, donde representar el papel de Gran Cofto o Sumo Sacerdote del rito egipciano, especialidad del cuerpo general de la Masonería.

A pocos pasos de la almoneda fué Bálsamo detenido por un caballero, de traza militar y de difícil pronunciación en el

idioma inglés, quien acababa de ser informado de la adquisición del libro de Jorge Cofton por nuestro héroe, por haberlo visto en el inventario y preguntado por él a los vendedores. El coronel Falsteind, prusiano, maestro en la gran logia de Berlín establecida en 1752, y a la sazón laborante en una logia de masonería de York en Londres, no quería más que hojear aquel tratado del rito egipcio, y consintiendo en ello de buen grado José, entraron en una cervecería próxima, departiendo largo rato sobre la francmasonería. Tres días después de esta conferencia Bálsamo y la Feliciani eran recibidos en la logia de Londres, confiriéndoles en un acto único los tres grados de aprendices, hermanos y maestros.

## 44

### *Una explicación justificativa del autor.*

Hagamos alto un momento en nuestra narración, queridos lectores, para ocuparnos en general de la francmasonería; pero antes de esta especie de conferencia sobre una institución, tan antigua como variamente apreciada, cumple a mi deber y conviene a vuestro gobierno algo que sirva de preliminar, siquiera haya de ser muy breve.

El autor de un libro establece una correspondencia noblemente confidencial con los que procura instruír y deleitar con sus obras, y les debe, a fuer de amigo, la verdad de sus convicciones y sentimientos, y la verdad de su situación y condiciones. Al hacernos cargo del masonismo, como si nos refiriésemos a la compañía de Jesús, ningún móvil, favorable o adverso, llevan mis informes, recogidos en multitud de autores que tratan del particular, y yo, que ni sería masón ni jesuíta, por amor a mi libre albedrío, con todas las ventajas e inconvenientes de tal independencia, he tenido gusto particular en adquirir noticias de ambas sociedades, extraño siempre al

patrocinio y al ataque de sus constituciones y consecuencias, y desautorizado en punto a conocimiento propio de una ni de otra institución.

Así, pues, cuanto yo os diga en este y sucesivos capítulos, consideradlo como una condensación de curiosos apuntes sobre la masonería, exenta de reservado pensamiento, y de pretensiones de iniciación en arcanos, que ni conozco ni deseo penetrar.

En esa manía de antigüedad remota de la mayor parte de las asociaciones, el masonismo refiere a Salomón el primer rastro luminoso de su origen, buscando en Hiram el jefe de la secta de masones, que erigieran el templo de Jerusalén; y hay quien remonte a Moisés y Aaron la cuna de la gran familia masónica, y quien suponga a Enoch y Elías fundadores en el monte Carmelo del rito de la fraternidad humana, bajo la idea del grande arquitecto del universo.

Estas afirmaciones carecen de prueba posible, pero adjudicándose los hechos históricos más culminantes, la masonería ve en el mesianismo hebreo el trabajo secular de sus doctrinas, y en Juan el Bautista al precursor del cristianismo, evolución suprema del único Dios *(Theos)* y de la hermandad entre los hombres, contra el bárbaro politeísmo del imperio romano; y mientras reverencia al Precursor, no dedica culto ni memoria especial a Jesucristo, aceptando en su confraternidad a los que profesan toda especie de religiones, con sólo la exigencia del deísmo, alegando que circunscribe su acción a extender entre los hombres el principio fraternal, sin ligarlo a fórmulas religiosas que creasen innecesarias exclusiones a su fundamental propósito, puramente humano y esencialmente práctico.

El rito egipciano pretende que el *Theos* y el mutuo auxilio del sacerdocio, la monarquía y la aristocracia, fueron principios masónicos, velados a la multitud paria del inmenso dominio de los Faraones por esas complicadas fórmulas,

que Moisés aprendió como hijo adoptivo de Príncipes, y que trasladó a los levitas del pueblo de Abraham, de Jacob y de Josef, recordando el empeño de los patricios romanos por reservar de la plebe las fórmulas curiales, hasta la retirada tumultuosa de los plebeyos al monte Aventino.

La iglesia primitiva, en lucha tenaz con el abrumador poderío del despotismo idólatra, comunista en sus bienes, hospitalaria, entendiéndose por signos recatados, visitada en sus comuniones por apóstoles peregrinos, creciendo en los cruentos rigores de la persecución, dividida en catecúmenos, confesores y maestros, fundiendo todas las categorías en una propia consagración a la santa idea, refugiándose en lo íntimo de las casas para constituir sociedad de fieles, y guareciéndose en las sombrías catacumbas de Roma, ha dado tipo a la masonería, para preciarse de provenir de ese tronco, cual de Abraham procedieran Isaac e Ismael.

Cuando la Iglesia –dicen algunos libros masónicos– auxiliada por los jefes de progenies bárbaras, convertidas al cristianismo, extendió sus conquistas por la espada de los vencedores, los pueblos nórdicos, anglos, sajones y eslavos, resistiendo en nombre de su nacionalidad a los misioneros, que precedían a francos y normandos invasores, formaron una liga masónica, con tribunales weímicos, juntas secretas, y agentes que se daban a conocer por señales convenidas, explicándose de este modo el auge de las asociaciones misteriosas en aquellos países, donde es tradicional y patriótica la unión estrecha y solapada, que dirige sin ruido el concurso de las fuerzas a un designio inquebrantable.

Dos grandes fenómenos de la edad media se atribuye el masonismo, que cualquiera de ellos, cuanto más los dos, ennoblecerían considerablemente al más preciado instituto: las cruzadas y los gremios artísticos e industriales, que prepararon la regeneración social de los siglos XV y XVI.

En cuanto a las cruzadas, ya se sabe que fueron precedi-

das por la instalación en Oriente de caballeros hospitalarios de la orden de San Juan, después templarios por el edificio del *Temple* que ocuparan en París, y esta orden tuvo que consagrarse a transigir en una fórmula particular el misticismo de los cristianos orientales con el espíritu más realista y positivo de los cristianos de Occidente, a fin de crear una correspondencia moral, como creó la comunicación entre unos y otros por la lengua franca.

De esta idea surgió pronto un pensamiento: el de radicarse en la estimación de cristianos e infieles por una fácil caridad, que prescindiese de diferencias entre los hombres, para no atender más que al socorro de necesidades y al alivio de infortunios; y tanto consiguieron en este camino los templarios, que hasta en las guerras de aquellas tres campañas titánicas entre la cruz y la media luna se respetaron sus casas y hospitales, donde se daba albergue a peregrinos, extraviados y fugitivos, se acogían enfermos, heridos y fatigados, y recibían remedio, favor y amparo cuantos lo habían menester, adorasen a Cristo o a Mahoma.

Relajado ya en su integridad el intransigente espíritu religioso de aquella época, la orden del Temple, posesionada del Asia, cuando ya no iban a los santos lugares más que peregrinos, dueña en Europa de una inmensa fortuna, se organizó en sociedad política, con sus estatutos, impenetrables fuera del círculo de sus altos dignatarios; sus instrumentos dóciles en los caballeros, iniciados en las fórmulas, y no en el fondo del pensamiento de la nueva organización masónica de la orden; sus afiliados numerosos, que sentían algo de grandiosamente extraño en sus misiones respectivas, obedeciendo con una adscripción absoluta los mandatos de una superioridad, respetada y temida como una Providencia.

En el proceso de Roma declaró Cagliostro que la secta masónica de la *Estrecha Observancia* se proclamaba vengadora de los templarios; conspirando contra el Pontificado cató-

lico y la monarquía, para hacerles expiar el sacrificio de la orden a que presidieron Clemente V y Felipe el Hermoso.

Respecto a los gremios artísticos e industriales, su cohesión obedecía a un pensamiento, instintiva o deliberadamente masónico, porque el fraternizar, la recíproca y general ayuda de los hermanos, y los símbolos, alegorías y convencionales cifras de arquitectos, artífices, fabricadores y menestrales, vienen a ser los caracteres predominantes de las sociedades masónicas, definidas por el doctor Oliver «*hermoso sistema de moralidad, velado por alegorías e ilustrado por símbolos*».

En Escocia consta la introducción del masonismo por los arquitectos que levantaron la insigne abadía de Kilwinning, primer centro en aquel país del antiguo rito escocés, hasta el incendio de la logia en 1742, en que tomó la primera línea la logia de Santa María, que conservaba sus archivos desde 1598, consecutivamente y sin interrupción, porque la reforma no persiguió estas sociedades como lo hacía el catolicismo.

## 45

### *Clinton y Witts historiadores juiciosos de las sociedades fraternales.*

No es en el mediodía de Europa, sino en Inglaterra y Alemania particularmente donde podemos rastrear los fragmentos de la idea masónica, tanto en la integridad de sus principios, de los que Clinton escribe —«*que están basados en pura moralidad, siendo su ética la del cristianismo, sus doctrinas las del patriotismo y amor fraternal, y sus sentimientos los de una exaltada benevolencia*»—; cuanto de los extravíos de estos principios por intereses religiosos, políticos o sociales y divisiones en sectas, de que no se han libertado otros varios institutos respetabilísimos, por su antigüedad, objeto y servicios a la civilización.

Mientras que en Italia, España y Francia, los gremios abrigaban la unión masónica al amparo del principio de religión, y bajo las formas piadosas de congregaciones, hermandades y cofradías, en Flandes, en Inglaterra y en la Germania, los laborantes del masonismo no tenían necesidad de escudarlo con otras aspiraciones, que paliaran su propósito, ni sus eficaces medios de acción.

En Castilla, y en el movimiento de sus comunidades, en las germanias de la corona de Aragón, y en las revueltas de París entre Enrique III y los Guisas, pelaires, tundidores, sederos, tejedores, forjadores de hierro, mercaderes y traficantes en los mercados públicos *(halles)*, probaron con su acción colectiva que no era una comunidad meramente piadosa la que los agrupaba y mantenía estrechamente unidos, como un poder, organizado para obrar en momentos precisos al servicio de una idea común.

El norte, menos propenso que el mediodía al estigma religioso en la existencia política y civil; disidente siempre del Pontificado, a cuyos influjos refería las continuas y desastrosas guerras del imperio y las cuestiones entre los potentados alemanes; avezado a que los gremios constituyesen poderes públicos, y rigieran verdaderas repúblicas en sus ciudades anseáticas, no desnaturalizó la fraternidad masónica de sus reglas; aplicándolas a fines de enaltecimiento de sus asociados por la unión íntima, el auxilio mutuo de las respectivas necesidades, y los grados en la iniciación de sus individuos, para evitar subversiones anárquicas, manteniendo un orden que garantizara la estabilidad de la institución.

En Inglaterra los francmasones constituyeron cuerpo social en 926, y por mandato del rey Athelstane, y a petición del príncipe Edwin, se congregaron en capítulo en York, nombrando a dicho príncipe Gran Maestre de la orden; dividiéndose ésta en 1567 en dos grupos, antiguos masones de York y masones modernos, con dos Maestres, que con sus cismas debi-

litaron infinito la preponderancia de la poderosa asociación, la que en tiempo de Guillermo III, decayó mucho hacia el sur de la Gran Bretaña, hasta no existir en la capital más que cuatro logias, de vida languideciente, en la época de la reina Ana. En el reinado de James II el rito escocés designó para Maestre de aquella sociedad pujante al barón de Roslico y a sus legítimos sucesores, y en Irlanda se introdujo el mismo rito con algunas modificaciones accidentales, creándose la logia madre en Dublin en 1729, bajo el maestrazgo y presidencia del conde de Kingston.

En Alemania sufrió el masonismo una subversión extrema desde que cesaron en sus ejercicios aquellas familias masónicas de arquitectos, tallistas, pintores, vidrieros, carpinteros y alarifes *(maçons)*, que erigían catedrales como las de Colonia, Estrasburgo y Tréveris, abadías, palacios comunales. puentes, castillos, casas solariegas, y barriadas de extensión en las capitales y pueblos, florecientes por sus industrias y tráficos. La reforma, con sus multiplicadas confesiones protestantes, quebrantó primero la unidad de pensamiento de la asociación masónica, y las guerras de religión con España, Francia y el Imperio, acabaron de absorber la atención en Holanda, Austria y las Sajonias; mezclando en sus cuestiones a la mayor parte de los círculos que constituían la confederación germánica, y que sufrieron los cambios y peripecias, inherentes a una revolución radical, en que el gigante moscovita, y el héroe sueco, y el político prusiano, descollaran en sus arrogantes figuras las fundamentales condiciones del porvenir de Alemania en los destinos continentales.

Witts, historiador juicioso de la masonería, asegura que Escocia y las logias de York eran las depositarias de las tradiciones de la sociedad, y que la propaganda en Francia en el siglo XVII se debió a las dos sectas, por lo que las logias francesas carecían de sumisión a un centro común en la independencia de sus trabajos, hasta que se entendieron para fundar

la gran logia en París; confiriendo el maestrazgo al conde de Derwentwater, ardiente jacobista, decapitado más tarde en Londres por favorecer los planes de restauración de los Estuardos.

### 46

### *Historia sucinta de las sociedades fraternales.*

Al iniciarse en el siglo XVIII ese movimiento intelectual y preparatorio de la revolución francesa, que produjo la agitación fermentadora de los ánimos hasta el momento providencial en que los restos del feudalismo fuesen atacados, en sus bases ciclópeas por el implacable ariete de una reforma radical y absoluta del modo de ser de los pueblos, el masonismo pareció el núcleo más a propósito para concentrar fuerzas, que se aprestaban a la acción, estimuladas por esa inquietud de todos los espíritus cuando el soplo de Dios los conmueve para vitalizarlos, como al frágil limo de que formara a Adán.

Esto, como observa cuerdamente Spen-Wall, si contribuyó en gran manera al auge de la decadente francmasonería, comunicándola un impulso prodigioso de extensión y de influencia redundó en perjuicio del pensamiento capital de la asociación fraternal para objetos altamente moralizadores; porque las sectas religiosas, políticas y sociales, se procuraron una égida protectora en el masonismo, disfrazando con sus ritos, alegorías y emblemas, cruzadas contra la religión, los poderes públicos y las costumbres ordenadas y morales, como la de Adam Weishaupt, profesor de derecho en la universidad de Ingolstadt, fundador en la logia de Munich de la peor secta de los iluminados, de que se contagió Francia en 1787.

En España se estableció en Gibraltar una logia en 1726, otra en Madrid al año siguiente, y la tercera en Andalucía en 1731; arrostrando peligros inmensos en un país, donde santos

y sabios no habían podido evitar las vejaciones inquisitoriales. En Italia se creó la primera logia reformada en 1732 por un hijo del duque de Dorset, según lo consigna Ruselli en sus efemérides italianas.

La gran logia de La Haya se fundó en 1731, presidiendo la ceremonia el conde de Chesterfield, y cuenta Bremman que allí fué iniciado en el orden masónico el duque de Toscana, emperador de Austria después, con el nombre de Francisco I. Colonia fué logia-madre de la Germania desde 1733 y Ginebra disfrutó del mismo grado respecto a la Suiza desde 1737.

En Polonia se introdujo la masonería en 1735; pero el rey Augusto II a excitación del romano Pontífice, proscribió la hermandad de los Muratores-francos y sus convertículos, bajo penas severísimas, que contuvieron los adelantos de la asociación hasta 1784, en que las afiliaciones se determinaron enérgicamente.

En Rusia, pueblo entonces de señores y siervos, la masonería cundió, como Collins lo cree del Egipto faraónico, entre príncipes y magnates; estableciéndose en 1740 la logia matriz en San Petersburgo; pero las vehementes pasiones políticas de aquel imperio infectaron de siniestras conjuraciones todas las logias; extirpando la autocracia aquellos focos de perenne y sombría maquinación.

En Prusia se fundó en 1752 una logia central, con asiento en Berlín, que regía las numerosas logias del reino de los Federicos, tan activas como penetradas del espíritu unificador que distingue a la verdadera francmasonería, al decir de sus defensores.

Bien pronto se apercibieron, tanto la Iglesia como los poderes temporales, de aquel movimiento subterráneo por algunas trepidaciones, que preludiaran el cataclismo pavoroso, comenzado en aquella Francia, donde moderno Nabucodonosor, osara decir Luis XIV: *«yo soy el Estado»*.

El Pontífice Clemente XII culminó contra el masonismo la constitución *In eminenti*, fecha 26 de abril de 1738, imponiendo a los hermanos muratores la excomunión mayor; con reserva a su santidad, a excepción del artículo de muerte, sin perjuicio de las penas ordinarias contra los incursos en vehementes indicios de formal herejía; encargando al religioso celo de los príncipes la extirpación de tan aciaga gente de sus estados y dominios.

No contento aún con esta declaración, Clemente XII publicó un Edicto en los estados pontificales en 14 de enero de 1739, imponiendo pena capital irremisible a los masones, ya lo fuesen o pretendieran serlo, y a cuantos auxiliaran y coadyuvasen a sus tareas perniciosas y sospechosísimas de herejía y sedición; exigiendo la revelación de cuantos supieran algo de asambleas o trabajos masónicos bajo conminaciones de castigos severos, tanto personales como pecuniarios.

El Elector de Baviera, noticioso del fondo del ateísmo y perversidad de la secta iluminista de Munich, proscribió las sociedades secretas con un rigor en armonía con los graves peligros, que suscitaban a las bases de toda sociedad humana, la religión y la moral. En 1737, se copiaron estas represivas disposiciones en Manheim, y en Viena en 1743 por orden imperial fueron adoptadas, con agravaciones que aceptaron en sus respectivos decretos contra la masonería en 1751 España y Nápoles.

El Papa Benedicto XIV con ocasión del jubileo universal en 1750 oyó en confesión, en virtud de la reserva de la Santa Sede, a multitud de extranjeros llegados a Roma para aprovechar las indulgencias, y obtener absolución de las canónicas censuras por hallarse adscriptos a misteriosas y reprobadas sociedades, de las comprendidas en la constitución *In eminenti* y alarmado Su Santidad por el número y calidad de las sectas, que denunciaban tantos penitentes de diversos países, ratificó las condenaciones de Clemente en su Constitución *Pró-*

*vida Romanorum* de 18 de mayo de 1751; expresando el asombro y desolación con que veía crecer una semilla tan funesta para la iglesia y el Estado.

En el ducado de Milán se tomaron violentas medidas contra el masonismo en la pragmática de 1757, que fueron aceptando con breves intervalos Saboya, Génova, Venecia, y Ragusa; distinguiéndose el principado de Mónaco por las extremas resoluciones que contienen sus bandos de 1784 y 1785 contra toda suerte de reuniones a puerta cerrada y con visos de congregación misteriosa, aunque probaran sus individuos que no pertenecían a los muratores francos, iluminados, ni libre-pensadores.

No faltaron gobiernos que por lo mismo que Roma abominaba a la masonería, armando en contra de sus instituciones y propagación de sus logias el brazo de los príncipes católicos y de las potestades, sumisas a las paternales prevenciones de la Sede Apostólica, dispensaran singular y cariñoso patrocinio a los perseguidos muratores francos; atendiendo a su incremento y prestigio con marcada intención de contrariar el proyecto exterminador del Sumo Pontificado.

Inglaterra comenzó a fomentar el orden masónico; reivindicando para los ritos escocés y anglo los orígenes del antiguo rey Arturo, de los templarios refugiados en Escocia, del obispo Tomás Crammer, denominado *Azote de los príncipes,* y de Oliverio Cromwell, el protector de la Gran Bretaña.

Suecia prodigó señalados favores a la proscrita sociedad, autorizando en 1754 la pública apertura de una logia céntrica en Estocolmo, presidida en la sesión inaugural por el príncipe heredero y Dinamarca consintió en Copenhagüe una logia matriz, reconocida francamente por el Estado como una asociación legal.

Turquía, sin embargo, dió un curioso ejemplo de horror al masonismo cuando sabedor el Sultán en 1748 de que existía una logia en Constantinopla, fundada por un fran-

cés en casa de un intérprete británico, hizo embarcar al francés conminando al intérprete con la última pena, si permitía nuevas juntas masónicas.

47

*El rito egipcio introducido en algunos países como una variante accidental del rito común.*

Conocida ya algún tanto la historia general de la masonería, lo suficiente al menos para nuestra inteligencia en las peripecias futuras de la vida de José Bálsamo, tratemos algo también del rito egipcio, que tomándole del curioso manuscrito de Jorge Cofton, adquirido en una almoneda de Londres, introdujo en varios países como una variante accidental del rito común, que añadía consecuencias al pensamiento masónico sin desvirtuarlo un ápice.

En esto llevaba Cagliostro la mira de no afrontar las oposiciones, anexas a la obra de todo reformador paladinamente declarado, como lo fué Adam Weishaupt en Munich, y así es que aceptaba los grados de todas las logias a los que se decidían a admitir su rito, y se contentaba con los honores de Cofto de su secta, cuando repugnaban la novedad de sus principios y ceremonias algunos conventículos desconfiados de innovaciones, ocasionadas a sensibles extravíos de la idea fundamental de la asociación.

El Santo Oficio de Roma incorporó a los autos del proceso contra José el libro de reglas, que modificadas de las de Cofton, compuso nuestro héroe, hizo imprimir, y repartió profusamente entre las logias alemanas y francesas; y más nos debemos referir a ese texto, indudable y evidente, que a las explicaciones del procesado; porque ya hemos visto la facilidad, con que incluía historias inverosímiles en sus revelaciones a la justicia, y haremos notar más adelante su pro-

pensión a lo maravilloso, hasta en perjuicio de sus intereses en el mismo procedimiento criminal.

Bálsamo no se atrevió a cometer desde luego su obra disimuladamente reformista, y como masón del rito de York visitó las primeras logias de Holanda, Italia y Austria, sin desplegar bandera hasta conocer en Alemania la predisposición a novedades de aquellos pueblos, que religiosa, política y civilmente, trabajaban exaltadas pasiones, demasiado exigentes e imperiosas para que dejaran de influír en todos los centros de actividad, incluso las confraternidades masónicas, cuyos objetos desviaron bastante de los que se dan por únicos y propios de la antigua institución.

Cagliostro supuso que conspiraba su secta a la regeneración moral y física del iniciado; aspirando a la restauración moral por la práctica de las virtudes y a la física por la materia prima, resultado de la piedra filosofal. Con esta doble restauración del ser, por la reforma del ánimo y por la vivificación del elixir maravilloso, debía obtenerse la restitución del hombre al estado de la primitiva inocencia, perdida por el pecado original: situación de rejuvenecimiento a que daba la regla el nombre de *pentágono*. Como es fácil de alcanzar por esta exposición de ideas fundamentales, Bálsamo involucró la masonería con aquellas especulaciones herméticas, de que tanto partido sacara en diferentes países, y él, que aseguró a sus jueces en Roma que había modificado bastante el sistema de Cofton porque tenía mucho de superstición y de magia, introdujo cuanto le fué dable de alquimia y adivinación, atendiendo a la boga de estas especialidades fantásticas en su época y entre gentes de la sociedad escogida.

Tenido por los masones en grande veneración Juan el Bautista, como precursor de la Era mesiánica o restauración moral del mundo, José igualó en categoría con él a Juan Evangelista, alegando que el Apocalipsis no era más que el texto masónico de los primitivos cristianos, envuelta su doc-

trina en cifras y símbolos, familiares a las jerarquías de la iglesia, y misteriosamente sagrados para el común de los fieles.

El rito egipcio suponía la comunicación de los hermanos, por medio de la *paloma (niña virgen)* con los siete espíritus, asistentes al divino solio, regidores de los siete planetas, nombrados Anael, Michael, Rafael, Gabriel, Uriel, Zobiachel y Anachiel. También se invocaban en la fórmula de conferir el grado de compañero (segundo de la orden) los nombres sacros de Helión, Melión y Tathagrámmaton, cuya novedad admitieron algunas sectas de Iluminados; leyéndose en el cuaderno de *Estatutos iluministas,* impreso en París en 1789, que estos tres nombres arábigos los recibió el conde de Cagliostro de un hebreo, asistido por el espíritu de otro hebreo cabalista, el cual había matado al padre por arte mágica antes de la venida de Jesucristo.

Todas las indicaciones del libro sobre el Gran Cofto (sumo sacerdote del rito) convenían con el tipo singular de Bálsamo, y donde pudo pasar esta ficción José hizo creer que su existencia, renovada periódicamente por la ciencia hermética, presidía de siglo en siglo a la orden egipcia en su extensión sucesiva por todos los confines del universo.

## 48

### *Idea particular del rito egipciano.*

En este arreglo de la masonería a una secta a su acomodo, Bálsamo atendió a filtrar en ella por el nuevo rito cuanto podía conducir al lustre y provecho de su persona, tanto como magnetizador, espiritista y adiestrado en adivinaciones por métodos orientales, cuanto en la crisopeya y sus promesas, tan deslumbradoras como irrealizables.

Por eso hay en sus reglas pupilas y niños en apartados

tabernáculos, en magnética comunicación con el Cofto, un Venerable de la logia o iniciado a quien se autorice a preguntar, y *palomas* o sibilas, que en garrafas de cristal llenas de agua vieran lo que se les consultaba sobre personas, lugares, espíritus y regiones inexploradas. Por eso, y para grado supremo de perfección moral, se preceptúa el retiro a un *Sinaí* en un pabellón siónico, minuciosamente descrito, donde trece maestros de la orden, pasando cuarenta días con las ceremonias rituales de una cuaresma rígida, obtienen la comunicación visible con los siete ángeles primitivos; conocen sello y cifra de cada cual de estos inmortales seres; logran el pentágono o carta virgen, con cifras y sellos de dichos ángeles; adquieren por depuración un poder inmenso, una penetración sin límites y una voluntad constante al bien; se hacen partícipes de los dones particulares del Cofto, y con derecho a decir como él: *«ego sum qui sum»*.

La regeneración física comprendía hasta un período vital de cinco siglos, a intervalos restauradores de cincuenta años; pero la voluntad de Dios era natural escollo de esta obra humana de infusión vivificante, que imponía otra cuarentena en el plenilunio de Mayo. En este espacio de tiempo se compartían con otras prolijas preparaciones medicinales las tres tomas en granos de materia prima, producto de la piedra filosofal, causando la primera deliquios, sudores y evacuaciones abundantes; la segunda fiebre con delirio para la caída de dientes y cabellos y renovación cutánea, y la tercera un largo y tranquilo sueño, en cuya duración se verificaba el fenómeno del rejuvenecimiento. Basta para idea general del masonismo y particular del rito egipciano, indispensables al lector para seguir el curso aventurero del héroe de nuestra historia en la nueva faz que le imprime su afiliación a las sociedades secretas.

## 49

### *La alquimia y la adivinación en las sectas.*

Orientado ya el lector en la variedad y multitud de sectas, que ponían sus diversas aspiraciones e interesados cálculos al abrigo del pensamiento fundamental y fórmulas especiales del masonismo, habrá concebido la idea de que Bálsamo debiera a su afiliación en la familia masónica rápidos medios de elevación y fortuna; utilizando en pro de sus ambiciones el apoyo inmenso de tantas logias, extendidas por todas partes, y consiguiendo a la sombra de una variante de rito introducir en la masonería la alquimia y la adivinación, convirtiéndose de simple maestro de la comunión de York en Cofto de la secta egipcia, y para algunos en una, y no la menor, de las supremas inteligencias, que visitaban las logias para velar por el cumplimiento de los estatutos, sirviendo de intermediarios entre las centrales y las de distrito en cada región.

Cagliostro en sus declaraciones en el proceso de Roma, y tratando del concepto elevado de que disfrutara en la masonería, hasta tributársele honores casi divinos en varias ciudades de Alejandría por los hermanos de la fraternidad, habla de Scieffort, jefe supremo de una secta atea, a quien predijo cercana catástrofe, que justificó en breve con el suicidio; de Svedimbug suizo que había infestado de inmorales prácticas las logias de su país; de Isaías Falk, gran rabino de los hebreos alemanes, cómplice de Weishaupt en el iluminismo depravador de Munich; del español Tomás Jiménez, a quien vió en diferentes países bajo distintos disfraces, sembrando en las logias de la estrecha observancia el odio contra el Sumo Pontificado y la monarquía francesa; diciéndose vengador de los templarios y representante del emplazamiento a uno y otro poder, hecho en la plaza Delfina por el Maestre Santiago de Molay.

Todos estos personajes fueran desconocidos sin las revelaciones de José Bálsamo ante los inquisidores de Roma, y con esto se prueba que libres del ultra-pensamiento del siciliano, y únicamente contraídos a la propaganda misteriosa de sus principios en las sociedades secretas, carecían de la atmósfera exterior que nuestro héroe se procuraba a toda costa y por toda suerte de evidencias; siendo cosa averiguada que la masonería le sirviera de escabel en sus planes de engrandecimiento, sin que él prestara a los masones servicio particular y señalado.

Ya que nos ocupamos de fijar las ideas en punto al carácter masónico del pretendido Gran Cofto del rito egipciano, evitando la interrupción de nuestro relato sucesivo con noticias y particularidades, que era preferible adelantar a los acontecimientos, y en una digresión metódica como la presente, abordemos dos cuestiones, íntimamente ligadas con la existencia de Bálsamo en el período brillante que vamos a comenzar, después de las alternativas de fortuna que precedieran a tal situación, y que dejamos expuestas detalladamente.

## 50

### *Anticipación de Bálsamo en lo que se conoce por arte mágica.*

¿Creía Bálsamo en la ciencia de Hermes? ¿Había trabajado en ella en el laboratorio del hermano Maffei en Calatagirona o en los gabinetes químicos de Althotas en Malta, Candía, Egina y Rodas? ¿Creía, como tantos ilusos antiguos y modernos, en la materia prima, en la conversión del azogue en plata, en la elaboración humana del oro, en la producción artificial de las piedras preciosas, en el aumento de volumen del diamante con sepultarlo bajo tierra, cubierto de ciertos polvos de tan rara virtud? ¿Prestaba alguna fe a esas regenera-

ciones físicas por medio del elixir supremo de la piedra filosofal, que tan sistemáticamente describe en sus estatutos del célebre rito egipciano?

A tales preguntas contestaremos con una negativa, fundada en datos de la vida de nuestro personaje. José no pudo ocuparse de especulaciones alquimistas en el convento de los Buenos Hermanos, mera oficina de farmacia para servicio de un pobre monasterio, y todas sus relaciones acerca del viejo Althotas se resienten de una variedad, que excluye el crédito en ninguna de sus versiones en el asunto.

La alquimia y el elixir restaurador eran en aquella época una preocupación de esos espíritus fantásticos que necesitan de algo imposible que absorba sus desatentados afanes y concentre sus esperanzas insensatas, y mientras más avanzaba el materialismo, ganando terreno a la fe y a la ciencia que se deriva de su reconocimiento preliminar, mayor vuelo cobraban esas aspiraciones locas, que suponían al alcance de los hombres todos los secretos de la naturaleza, hasta llegar a esa igualdad con Dios, prometida por la serpiente del paraíso a los deslumbrados padres del humano linaje.

Cagliostro aceptó, para explotarla por supuesto, la preocupación que hallara dominante en su siglo, y que repetidas veces le valiera productos pingües; prestándose infinito a entretener los anhelos de los crisopeyistas las mutaciones y transmutaciones de la materia en fusión en la retorta hermética, en cuyas operaciones le hizo adquirir la práctica un manejo que contribuía a la ilusión de los explotados, imbuyéndoles en la certidumbre de resultados inmediatos y felices.

Su vida aventurera, que conocemos en todos sus pormenores, no podía permitirle dedicar a las pruebas crisológicas un tiempo, empleado en correrías, y sólo cuando por industria, y para fascinar a los secuaces de la vana ciencia, aplicó sus conocimientos químicos a las reglas de los libros falaces del *Arte Magna,* aprendería a realizar los fenómenos, elu-

diendo siempre unas consecuencias definitivas, en que de seguro no tenía la menor confianza.

Si Bálsamo hubiera creído algo de positivo en la alquimia, no hubiese desperdiciado las ocasiones que se le presentaron de trabajar en este ramo con gente de fondos y decisión de apurar el secreto; contentándose con hacer su agosto con tales fanáticos, y desaparecer en busca de otras víctimas de su inagotable repertorio de recursos. Cuando se atrevió a ingerir en su rito egipciano las fábulas de la piedra filosofal había visto y oído lo bastante en las logias iluministas y de la profesión escocesa para entender que el delirio de las exaltadas ambiciones, llegando al punto máximo de la aberración, admitía los últimos alardes de la soberbia presunción humana, y estimó conducente al atractivo de su secta el halago de la preocupación de una casi-inmortalidad, que prometía impunemente, puesto que en ninguna parte se detuvo a la prueba material de aquellos efectos sobrenaturales de la materia prima.

¿Eran efectivas las adivinaciones de las *palomas* o niñas vírgenes y de los *pupilos* o impúberos? ¿Serían ciertas las visiones en las redomas de cristal? ¿Habría algo más que un juego óptico en las apariciones de espíritus y finados? ¿Se reducirían a una trampa diestra los pronósticos de Bálsamo, realizados con tanta repetición?

A esas preguntas satisfacen los sucesos ampliamente; porque si de restauraciones por la famosa materia prima no aparecen casos, ni por tradición, ni por confesiones de José ni de Lorenza ante los inquisidores romanos, de esos sortilegios, de esas apariciones y de esos vaticinios; hablan los enemigos de Cagliostro para acusarlo; sus afectos para enaltecerle; los imparciales como de pública voz y fama; su esposa como dato de un pacto diabólico que ella sospechaba; él mismo para atribuirlo a divino favor en privilegio de su ser.

Magnetizador, espiritista, y familiarizado en Malta con el

método de adivinación de los cabalistas hebreos y de los hechiceros indios, el siciliano se anticipó a muchos tipos de nuestra época en lo que se conoce por arte mágica, y las pruebas de su habilidad fueron tantas y ante número tal de testigos que no permiten la duda de los hechos, aunque se divague en cuanto a la manera de realizarlos.

## 51

### *El conde de Cagliostro, marqués de Pellegrini, toma el título de conde de Fénix.*

Al partir de Londres quedó convenido que José Bálsamo sería en lo futuro Alejandro, conde de Cagliostro, y Lorenza la condesa Serafina Feliciani; dirigiéndose nuestros ennoblecidos aventureros a La Haya, donde reconocido José por sus signos masónicos y hablando a dos Venerables de una logia de la Estrecha Observancia acerca de su misión de Visitador del rito egipcio, fué recibido por los masones bajo la *bóveda de acero,* honor que consiste en pasar entre dos filas de iniciados que cruzan sus espadas en alto.

Su sistema encontró aceptación en aquella sociedad, y Lorenza se acusó a los inquisidores de haber desempeñado el papel de Cofta para afiliar en la masonería a varias damas de aquel país. No desaprovechó el nuevo conde la coyuntura de un cabalista de lotería por el estilo de Madama Fry o del señor Scott, a quien prometiera un terno infalible, y así que le hubo sacado hasta unos cuatrocientos escudos, según confesión del reo en el proceso de Roma, le dió tres guarismos como polos de inmensa fortuna. El holandés partió precipitadamente a Bruselas para jugar allí su terno y Bálsamo no quiso aguardar a su regreso, poniéndose en camino para Italia, bajo el nombre de marqués Pellegrini.

En Venecia fué creído por los iluminados uno de los doce

Maestres de la invisible logia suprema, y confirmó esta persuasión de aquellos hermanos la noticia del rito particular que profesaba, y que les explicó en tres secciones, haciendo pruebas con un *pupilo* que maravillaron a los concurrentes. Un donativo de quinientos cequíes de aquella logia puso a Cagliostro en disposición de aventurar el viaje a Alemania; pero decidió abdicar títulos que le adscribieran a nacionalidad determinada, tomando el de conde de Fénix, que lo mismo podía ser de aquende que de allende.

De ciudad en ciudad, festejado, atendido con honras infinitas, y provisto con superabundancia de dinero y demás auxilios, llegó el conde de Fénix a Berlín; pero encontró aquellas logias prusianas bajo el patronato y la inspección directa de la corona, y tuvo que abstenerse de insinuar novedades, que le hubieran allí comprometido. Entonces pensó en internarse en Prusia, y allá iremos a buscarlo; prescindiendo de sus tareas masónicas y para contraernos a las curiosas aventuras de existencia tan varia y singular.




# SEGUNDA PARTE

1

*El portentoso conde de Fénix y la flamante condesa Serafina de Feliciani en San Petersburgo.*

EL IMPERIO moscovita, merced a los heroicos esfuerzos y a las felices empresas de Pedro el Grande, estaba muy lejos de aquella rústica fiereza tártara que hacía a los rusos los bárbaros de la culta Europa, y en esta Era de civilización y de brillantes adelantos corresponde a las dos Catalinas un culminante puesto, cuyas nobles reminiscencias atenúan los recuerdos de ciertas debilidades a que no conceden excesiva importancia los hombres de entendimiento y de experiencia, que llevan por divisa el —«*nihil a me alienun puto*»— del célebre historiador romano.

En la época de Catalina II hallaban en San Petersburgo una acogida extraordinaria todos los hombres de mérito en ciencias, letras, artes, industrias y especialidades útiles al progreso, y aquella Zarina, que sabía compartir su tiempo entre las aventuras galantes y los negocios de un poderoso Estado, no contenta aún con fijar en el país con sus atenciones y dádivas a los extranjeros de valía, que venían a probar fortuna en sus extensos y florecientes dominios, atraía a su corte, por medio de sus agentes diplomáticos, a notabilidades de otros pueblos, descontentas de su suerte o curiosas de juzgar por sí misma de aquella rápida cultura de imperio ruso.

La joven nobleza, aliada resueltamente a este impulso civilizador de la emperatriz, contribuía por su parte a la atracción y al agasajo de los extranjeros ilustres, y no teniendo

tradiciones de buen tono y de gusto delicado, aceptaba con ingenuidad las importaciones en ambos conceptos, hasta formar escuela propia en materias y ramos que recibía con avidez, sin perjuicio de hacer indigno lo exótico, tal y como ha sucedido posteriormente.

Sin duda que el exceso de benevolencia con los extranjeros llevaría a la corte de la espléndida Zarina algunos aventureros audaces como el conde de Cagliostro, de problemático provecho para el interés moral del país; pero aparte de que todo negocio tenía sus quiebras, Catalina merecía el águila por emblema tanto como Júpiter, y sabía descartarse de los inconvenientes y de los peligros con una variedad de medios, que todos confluían sin embargo en la prontitud y en la expedición de las consecuencias.

Recomendado por los sujetos más distinguidos de Danzig, Konigsberg y Mitau, donde pasó tres largas temporadas, paliando la propaganda masónica de su rito particular con el ejercicio de la medicina a la altura en que puede ejercer la profesión un conde de Fénix, llegó Bálsamo a San Petersburgo con su esposa, usando el uniforme de coronel prusiano —cuyo falso título embargó en 1789 la inquisición romana—; tomando una casa retirada y espaciosa, lejos del bullicioso centro de la moderna y magnífica ciudad; montando su servicio con un lujo que excluyera la ostentación, y poniendo en manos de las primeras personas de la corte las cartas que le acreditaban como una especie de providencia de los enfermos, un excelente consultor en multitud de lances de resolución ardua, y una autoridad en casi todas las materias por sus raros estudios y dilatados viajes.

Cagliostro dejó cundir la celebridad de su nombre con la noticia de su llegada, sin introducirse con el gremio masónico hasta que su reputación pública de hombre singular estuviese establecida conforme a sus deseos, y con algunas garantías de su parte en el ejercicio de la medicina, entre los

pobres a la vez que en las altas esferas sociales de aquella inmensa capital.

En muy corto tiempo se entabló en San Petersburgo bajo los auspicios más lisonjeros la nombradía del conde de Fénix, y al paso que cantaban sus loores indigentes, menesterosos y gran número de enfermos, auxiliados con los medicamentos y costas de baños y aún de estancias en casas de curativa, se hacían lenguas de su ilustración, de su erudición portentosa y de su conversación amenísima, las familias más nobles, opulentas y notables de la soberbia rival de Moscú.

Entonces, y noticioso de que el masonismo, con claras tendencias políticas, contaba por adeptos a todo lo más elevado, rico y distinguido de Rusia, donde no había clase media, se puso en relación con la logia central y como Gran Cofto de la masonería egipcia entró en compañía de la flamante condesa Serafina de Feliciani, en sesión extraordinaria en honor suyo; explicando los dogmas de su rito, y haciendo pruebas con una *paloma* o sibila que merecieron al concurso las mayores demostraciones de admiración y entusiasmo.

A los dos meses de residencia en San Petersburgo el conde de Fénix era el tipo de moda de la corte, y lo mismo se hablaba de él en los palacios de los magnates que en las barracas de los más miserables boyardos.

## 2

### *Un misterioso visitante furtivo.*

La casa que se había proporcionado Cagliostro en un barrio algo distante del centro de la capital de Rusia era linda y alegre, cuanto cabe en las construcciones peculiares del norte; pero aislada en un distrito poco frecuentado, y de noche particularmente, envuelta en el silencio y la oscuridad, se destacaba en las sombras, como una masa confusa, con las luces de la sala de recibimiento de la condesa Serafina, que

admitía jueves y sábado una escogida sociedad. Fuera de estas noches de animación, en que aquel solitario distrito veía perturbada su profunda calma con el tránsito de multitud de carruajes, escoltados por batidores y correos casi todos, sólo una luz tenue y suave, reflejo de una lámpara de alabastro, salía como lejana estrella de en medio de aquel macizo, que cortaba el horizonte como nubarrón siniestro; permaneciendo cerradas todas las puertas y ventanas del edificio.

Si los moradores de las casas contiguas a la de los condes de Fénix no hubieran sido rudos trabajadores, que vuelven a sus hogares rendidos de cansancio, si la beneficencia del conde y la caridad de la condesa Serafina no hubiesen rodeado aquella casa del cariñoso respeto de sus conocidos, y si entre éstos no hubieran sido desconocidas esas curiosas comadres de otras capitales europeas, observadoras y charlatanas hasta los extremos más increíbles, alguien habría notado que la luz tibia y dulce de la alabastrina lámpara servía de faro a un coche, tirado por dos gigantescos frisones, negros como la endrina, regidos por un cochero colosal, envuelto en blanca levita de casimir y con galoneado tricornio.

No bien franqueaba el carruaje la especie de plazoleta, en cuyo promedio se alzaba aislado el edificio, y apenas detenido ante el frontis el galope de los pujantes caballos, se abría discretamente un postigo lateral, y el resplandor rojizo de una linterna sorda, con transparente de talco carmesí, guiaba los pasos de un bulto, que apeándose de la berlina, se introducía con precipitación en la casa, cerrando tras de sí la disimulada puerta. El cochero iba a situarse al abrigo de un muro, que continuaba la línea de construcción, sirviendo de alto tapial a un pequeño jardín, y a poco de esta escena desaparecía la luz serena y melancólica de la lámpara al eclipse de las hojas de una maciza puerta.

3

*Pasión caprichosa del favorito de una gran emperatriz.*

No era la alquimia, con esa devoradora ansiedad, que llama «*auri sacra fames*» Horacio, la que traía misteriosamente a aquel recinto al bulto de la berlina; no era tampoco el designio de conocer los arcanos del porvenir; ni la consulta sobre dolencias, agudas ni crónicas; ni la cábala de loterías y juegos de azar; ni los ritos ceremoniosos de la masonería egipcia. Muchas veces no estaba en su casa el conde Alejandro cuando en ella se introducía furtivamente aquel bulto, y cuando José no salía alguna rara noche, entraba sin embargo, seguro de que el Gran Cofto se hallaba en sus habitaciones al extremo opuesto de la casa, y no acostumbraba a interrumpir las veladas de su linda consorte.

Era el amor el que conducía allí, y a los pies de la hija del calderero Feliciani, al hombre más hermoso, más enaltecido, más pródigo, más envidiado y más influyente de la corte: al príncipe de Potemkin, favorito de la poderosa Zarina, sucesor en su corazón y en su confianza política de los Orloff y de los Vanoskis; pero más mimado que todos sus predecesores, a fuer del más completo en gracias y prendas, y a proporción que Catalina veía resistir su ser moral y físico a los arranques de otros días y a los estímulos de otros tiempos.

Potemkin no hubiera fijado la vista en la propia Venus, a ser rusa la diosa de la hermosura y de los amores; porque amante de la dama primera de su país, se rebelaba su orgullo a la idea de un amor subalterno; pero habiendo visto en un sarao a la condesa de Fénix, y oído el eco melodioso de su voz y la inflexión musical de sus frases, concibió una pasión caprichosa por aquella joven extranjera, y puso en juego todos los recursos para su conquista, que no era trabajo comparable con ninguno de los doce de Hércules.

## 4

### *Un billete de despedida y un mensaje expresivo.*

Potemkin se figuró que, logrado su deseo, la saciedad seguiría al apetito como sucede la noche al día; pero Lorenza, interesada por el altivo y gallardo porte del príncipe, y por su trato galante y delicado, supo convertir en poema bucólico la comedia de intriga, y es lo cierto que el poema llevaba tres meses de duración, y tanto la romana como el favorito de Catalina II se proponían añadirle nuevos cantos; sucediéndose las citas nocturnas con una frecuencia, que demostraban el extravío del primer ministro en la imprudencia de su conducta.

Dorliska, la camarera de la condesa Serafina de Feliciani, la confidente de sus amores con el hermoso Potemkin, entró a despertar a su noble señora apresuradamente, trayendo al abrigo de su delantal un bulto de cierto volumen, y contándole que el cochero Michael había venido a entregarlo bien de mañana, y con encargo expreso de urgencia en que llegase a manos de la señora.

Lorenza, entre curiosa y alarmada, tomó el expresado objeto, que era un cofrecito de ébano con incrustaciones de nácar y oro, colgando de una argollita la llave de la cerradura, y abierto el lindo mueble, recogió un billete perfumado, que destacaba su blancura sobre la superficie de una tapa de terciopelo negro, destinado a encubrir dos compartimientos del cofre. En la una había seis paquetes de monedas de oro en cartuchos de colores distintos, y en la otra un aderezo de diamantes, digno de una princesa de regia estirpe.

El billete era de un laconismo extraordinario: «CONDESA: *Nuestra felicidad ha tenido espías, y aún delatores. Dejadme arrostrar solo terribles iras y poneos en salvo cuanto antes. Adiós, no me olvidéis, y dignaos aceptar mi última memoria. Vuestro siempre,* POTEMKIN».

La Feliciani se vistió en seguida, yendo en busca del conde de Fénix a su despacho.

—Os doy la enhorabuena, *signora,* exclamó Bálsamo al ver entrar a su consorte.

—¡La enhorabuena! repuso Lorenza con asombro. ¿Sabéis quizás...?

—Hace una hora que me trajeron el despacho, exigiéndome recibo el correo de gabinete de Su Graciosa Majestad Imperial.

—¿Y ese despacho...? balbuceó la joven, trémula de penosa agitación.

—Helo aquí, dijo el conde, leyéndole con marcada pausa: «SEÑOR CONDE: *S. M. I. La Zarina, mi señora, ha señalado esta noche, de nueve a diez de la misma, para recibir en audiencia particular a la señora condesa de Fénix, encargándome el honor de participároslo. Vuestro,* SOUVEROFF».

—¡Dios mío! exclamó la condesa con terror profundo. ¿Qué debo hacer?

—Ir a palacio, contestó fríamente Cagliostro. Cuando se aceptan los antecedentes no pueden recusarse las consecuencias.

## 5

### *Una audiencia imperial y una dama generosa.*

Abusando de la excesiva intimidad de la Feliciani, la condesa de la Mothe se enteró tan perfectamente de cuanto ocurriera en la entrevista de las dos rivales que al estallar la escisión profunda y enconada entre la aventurera francesa y Cagliostro, y resuelta la supuesta Valois al escándalo de las revelaciones, la audiencia de la condesa de Fénix en el palacio imperial de San Petersburgo fué detallada con tal viveza de colorido que no faltan más que algunos toques para que la historia rivalice en interés con la mejor novela.

Morand, escritor de una *vis* especialísima para el sarcas-

mo y la ironía sangrienta, fundándose en los datos que le suministraba en este asunto el ruidoso folleto. *Mi correspondencia con el conde de Cagliostro,* hizo de la recepción de Lorenza por la Zarina un cuadro plástico, digno de nuestro Cervantes por la intención satírica del concepto y la incisiva fuerza de la palabra.

Término medio entre la narración de la una y el panorama burlesco del otro, voy a permitirme la licencia de figurar el curso de un suceso, histórico y comprobado; fantaseándole en gracia al lector, que así reposa de la serie del relato, sin perjuicio de la verdad intrínseca del hecho, y sin abuso por mi parte de su credulidad ni de su confianza.

Introducida por el chambelán de servicio en la sala de recepciones particulares de Catalina II la condesa de Fénix, vestida de negro a la veneciana, y con el aderezo de diamantes, regalo del imperial favorito, pálida de emoción, procurando en balde sobreponerse a sus temores y extraordinariamente inquieta por las resultas de la entrevista con su Graciosa Majestad, aguardó, sola en aquel aislado recinto, a una testa coronada, que no seguía el ejemplo de Luis XIV, quien solía decir que la puntualidad era la cortesía de los reyes.

Al cabo de una hora, y sin el previo aviso de costumbre, se abrió una puerta maciza y pesada y Catalina, radiosa de ostentación, de orgullo y desdeñosa fiereza, dió tres pasos en el aposento, deteniéndose a contemplar en silencio a la Feliciani, mientras cerraba la puerta y venía a colocarse a su espalda, la princesa de Souveroff, una Hebe, pero Hebe de mármol. La italiana no tuvo fuerzas para inclinarse en reverente saludo a la emperatriz, que continuaba examinándola como se examina un objeto curioso; durando esta escena muda y terrible más de tres minutos.

La Zarina se volvió hacia su dama favorita, diciéndole sin cuidarse de apagar un tanto la voz:

—No es hermosa, pero es linda. ¿No es verdad, Ana?

La Hebe rusa continuó siendo de mármol.

Acercaos, condesa, dijo Catalina a la Feliciani con la fiereza reposada de la leona. Acercaos sin temor.

Lorenza dió tres pasos vacilantes, y se detuvo sin fuerzas para adelantar uno más. La Emperatriz franqueó la distancia, midiendo a la romana con sus ojos centelleantes y terribles, como los del águila caudal. La Souveroff avanzó también, a respetuosa distancia siempre de su augusta señora.

—Sois romana, ¿no es cierto? dijo la Zarina con su eco vibrante y su inflexión imperativa y rápida.

—Sí señora, respondió la condesa, logrando por un supremo esfuerzo vencer su turbación. Descendiente de los Felicianis.

—Muy bien, replicó la Emperatriz con una sonrisa sarcástica. Los Felicianis habrán figurado grandemente en las luchas entre güelfos y gibelinos, defendido a Roma contra el duque de Borbón y los tercios imperiales, o dado algún santo a la iglesia católica, como los Borgias y los Borromeos. Quizás tengan el fuero de llevar el abanico de plumas detrás de la silla gestatoria del Pontífice o el derecho de servir de *cicerones* a los príncipes que visiten los templos, monumentos y ruinas de esa Nínive. ¿No es así?

La condesa sintió pasar una nube por sus ojos, y anudarse la voz en su garganta.

—¿Y es también italiano el conde de Fénix? preguntó intencionadamente Catalina.

—Maltés, contestó Lorenza, y educado en Oriente, señora.

—¿Tenéis hijos? insistió la augusta dama, templando el tono duro de sus interrogaciones.

—No, señora, replicó Lorenza conmovida. El Cielo no me ha concedido semejante felicidad. No la mereceré, sin duda.

—Dicen que vuestro esposo es un sabio, dijo la Emperatriz con la espontaneidad ruda de su carácter, y los sabios no

se reproducen como la gente común, según informes competentes. Y, decidme, condesa, ¿os agrada Rusia?

—Me agradaba infinito, respondió la Feliciani prontamente; pero ahora...

—Proseguid, condesa, interrumpió Catalina II con impaciente curiosidad.

—Ahora, repitió Lorenza, conozco que me hace falta volver a mi país, y pronto, si esto es posible.

—Creo que lo es, y aún que conviene que lo sea, repuso S. Imperial Majestad con severo continente, y hasta os sentaría bien el cambio de clima. Pero, condesa, ¿no dejáis algo en San Petersburgo?

—Señora, amigas y amigos, que me han colmado de atenciones delicadas, y...

—¿Y nada más? interrumpió Catalina, provocando con la mirada y el gesto las explicaciones de la Feliciani.

—Y nada más, señora, concluyó Lorenza, arrostrando con desesperado valor las miradas escrutadoras de la Emperatriz, quien dominaba difícilmente una cólera, que se avergonzaba, no obstante, de sentirla próxima a estallar.

—Se os atribuyen altas conquistas, *signorina,* dijo la Semíramis rusa con enronquecido acento; conquistas que exceden a los triunfos ordinarios; conquistas muy superiores a lo que tiene derecho una aventurera. . .

—Señora, cortó la princesa de Souveroff con su voz argentina y su aire de olímpica majestad.

Catalina se volvió hacia su dama predilecta como una fiera que se siente herida; pero Ana afrontó el rapto iracundo con esa impavidez de las almas superiores, y el relámpago no fué precursor del trueno. Cuando la Emperatriz tornó el rostro hacia la Feliciani notó en sus párpados lágrimas, que brillaban más que los diamantes de su aderezo, y en sus mejillas el encendido carmín de la vergüenza por aquella dolorosa humillación.

Catalina era generosa, y sintió agudo remordimiento de haber abusado de su excelso carácter con la extranjera.

—Condesa, dijo a la Feliciani casi con bondad, huir de la calumnia es cuerdo proceder cuando puede hacerse, como vos podéis hacerlo. Creedme, hija mía, y aprovechad un buen consejo, dado por interés a vuestra persona.

—Complaceré a Vuestra Majestad, replicó Lorenza con un saludo respetuoso.

—El príncipe de Souveroff, añadió la Zarina, remitirá a vuestro esposo, con los pasaportes, cuanto baste para sufragar viaje tan súbito como necesario, con la comodidad y el fausto que cumplen a vuestra categoría, y espero que aceptéis, querida condesa, un agasajo de mi parte, que os recuerde a la Emperatriz de Rusia.

La amazona moscovita presentó su diestra a la Feliciani, que la besó, mojándola con sus lágrimas.

Catalina y Ana de Souveroff se retiraron por la puerta que les dió entrada, y Lorenza respiró como la epiléptica que vuelve de un accidente de su cruel padecimiento.

## 6

### *Dos motivos en pugna sobre la salida del marqués de Anna de Varsovia.*

En Varsovia conservaba el iluminismo dos logias, de estrecha y de menor observancia, y ambas recibieron la visita del Gran Cofto del rito egipciano, asistiendo sus individuos con extrema curiosidad a las adivinaciones por medio de las *palomas* y por visión en las garrafas de cristal, siendo frecuentes los casos en que se le propuso reiterar las pruebas con niñas y niños de los afiliados, coronando el éxito estas satisfacciones a la incredulidad de unos y a la suspicacia de otros.

Un príncipe polaco, testigo de los efectos del sonambu-

lismo y de la comunicación con los espíritus, reclamó del marqués de Anna, como allí se hacía llamar nuestro héroe, la posesión de un diablo familiar; no atreviéndose Bálsamo a desengañarle, aunque remitiendo satisfacer su exigencia de día en día y con variedad de pretextos. El príncipe, obstinado en su capricho, hacía cuantiosos regalos a Cagliostro por vía de estímulo a su pretensión, dilatada mañosamente por espacio de algunas semanas; pero creyéndose desairado y tomando un aire de amenaza vengativa, prefirió José alzar el campo a tener que habérselas con un hombre altivo, fiero, poderoso, engreído y acostumbrado a lograr sus antojos, sin respeto a leyes, fueros, conveniencias ni reparos.

La explicación que antecede, y que dió Bálsamo a su salida de Varsovia en el proceso de la inquisición romana, está en pugna con el motivo que a tan presurosa marcha atribuye Morand, el que refiere a este propósito una anécdota, de cuya veracidad estamos lejos de salir garantes, aunque la hayamos de exponer a la consideración de nuestros lectores.

«En Berlín cuenta el *Correo de Europa*, enfermó de tavirez un párvulo, hijo único de la baronesa H*, y desahuciado por los facultativos, Bálsamo se comprometió a regenerar su ser, a condición de llevárselo por el tiempo de su restauración física. La pobre madre iba y venía a casa del charlatán, quien se limitaba a decirle que vivía el enfermo: hasta que sano y alegre lo restituyó a la señora H*, loca de alegría al verlo restablecido, y que no conoció por el pronto la sustitución de que era víctima, descubierta poco después de la ausencia del trapacero italiano. La aparición de la baronesa H* en Varsovia puso en precipitada fuga al falso conde y a la digna compañera de sus innobles destinos».

## 7

### *Un episodio de la estancia de Cagliostro en Francfort.*

De la residencia de Cagliostro en Francfort sobre el Mein están contestes sus biógrafos en aseverar la aceptación más lisonjera en su especialidad externa de médico y en el extraordinario efecto de su propaganda masónica del rito egipciano en aquellas logias; pero no falta quien sostenga que apresuró su viaje a Estrasburgo porque trece maestros iluministas se presentaron a la regeneración moral y corpórea, instando al Gran Cofto a que dirigiese las operaciones, prescriptas en el sistema del famoso libro de su composición. El siciliano prometió volver de allí a poco, y evacuadas diligencias inexcusables y perentorias de su orden, se dirigió a Estrasburgo, precedido de una reputación fabulosa de ciencia y de poder.

José cuenta en sus revelaciones espontáneas a los inquisidores de Roma un episodio de su estancia en Francfort, que sea positivo o una de tantas historietas de su inventiva inagotable, conduce a demostrar cuanto influyeron las sociedades secretas en el movimiento revolucionario,y con cuanta anticipación estaba fijo en Francia el cálculo de los impulsores de ese movimiento, precursor de la general sacudida en la vieja y decadente Europa.

Dándose a conocer por sus convenidos signos con Bálsamo dos Archivistas de la logia matriz de los iluminados, la única que no admitió la visita del propagador de la secta egipciana, entraron con él en explicaciones acerca de su verdadera misión, encubierta con el velo del nuevo rito; proponiéndole para la tarde del día siguiente una entrevista amistosa en cierta casa de recreo que uno de ellos poseía a corta distancia de la ciudad. El conde acudió puntualmente a la cita, y subiendo a un carruaje con sus nuevos amigos fué a la posesión campestre, que era por cierto lindísima y de reciente construcción, y en una pieza amueblada con sencillez

elegante, les fueron servidos café y licores, fumando una pipa el Anfitrión en conversaciones indiferentes.

Después de aquel rato de reposo Cagliostro siguió a nuestros iluminados al jardín, llegando a una gruta artificial, en cuyo fondo había una disimulada puerta, que se abrió al empuje de un resorte, dejando ver la escalera de un subterráneo.

El dueño de la casa recogió del suelo una linterna y encendiendo la mecha con los prolijos avíos de entonces, a falta de nuestras cerillas fosfóricas, alumbró la bajada a sus compañeros, que al fin de quince gradas penetraron tras de su guía en una especie de rotonda, en cuyo centro había dos arcones de hierro, de antigua hechura y de cerraduras complicadas. El propietario de la quinta descolgó un manojo de llaves, suspendido de una escarpia en el macizo muro de la bóveda, y abriendo los candados de ambos arcones, levantó la pesada tapa del uno para enseñar a Cagliostro las actas de instalación de todas las logias iluministas de Alemania, sujetas a la central de Francfort, la clasificada correspondencia de todas con su matriz, y los pliegos de instrucciones de los superiores de la orden masónica, que visitaban las provincias, sometidas a la dirección suprema de aquella metrópoli.

En el paquete de cuentas pudo enterarse Bálsamo de los cuantiosos depósitos que la sociedad tenía constituídos en los bancos de Amsterdan, Rotterdam, Londres, Génova y Venecia; informándose que pagaban tributo de cinco luises en cada un año ciento ochenta mil afiliados al iluminismo, correspondiéndose las logias alemanas con cerca de cinco mil de su rito en América, que el día de San Juan Bautista estaban obligadas a remitir veinticinco luises a la central, en reconocimiento de supremacía.

En la continuación de tales confidencias fueron mostradas a José las comunicaciones de los jerarcas de logias respecto a los trabajos de sus centros respectivos, y las reservadas

notas que respondían a particulares encargos del Gran Oriente, director de la orden iluminista.

Por último, se manifestó al admirado conde un acta en pergamino, escrita en letra encarnada y doradas las iniciales; conteniendo el compromiso de doce Maestres Templarios de colaborar a la ruina de la tiranía religiosa y política, concentrando en Francia todas las fuerzas y dirigiendo todos los esfuerzos contra Roma. Además de los sellos y firmas de Scieffort, Falk, Svedimburg y Tomás Jiménez, confiesa Cagliostro que vió con espanto su letra imitada perfectamente, su rúbrica, y aquel sello de la sierpe, adquirido en Malta; no acertando a comprender cómo se había verificado tan hábil falsificación.

Los archivistas de la logia matriz de Francfort, abriendo el otro arcón de hierro que les servía de caja, entregaron por orden superior al Gran Cofto del rito egipcio la suma de seiscientos luises, como donativo voluntario a un aliado de los Maestros del Temple.

## 8

## *El Galeno de Sicilia muestra sus habilidades médicas en Estrasburgo.*

Estrasburgo, ciudad franco-alemana, emporio de riqueza por la activa contratación que debe a la antigüedad venerable de su crédito, a su ventajosa situación topográfica y a la proverbial honradez de su comercio, estaba regida en lo espiritual por un príncipe de la iglesia, de la rama generosa de Conde, Monseñor de Rohan, Arzobispo de aquella populosa y extensa metrópoli, prelado-caballero, que ejercía gran influjo en aquella sociedad por su noble índole y sentimientos elevados, aunque ni su tipo, ni su género de vida correspondiesen a las maneras y conducta de las autoridades ecle-

siásticas, como es común en las personas a quienes eleva al sacerdocio la razón de Estado más que la propia vocación, y que se encuentran obtenido por su jerarquía lo que otros logran difícilmente por sus méritos y virtudes.

El conde de Cagliostro y la condesa Serafina de Feliciani hicieron en Estrasburgo el efecto de dos príncipes, emulando todas las clases en el obsequio de sus huéspedes y en el empeño de atraer sus atenciones a fuerza de homenajes extremosos de cariñosa consideración.

Los médicos de aquella capital, viéndose menospreciados ante el semidios, que acreditaban recomendaciones calurosas de lo más selecto y especial de Alemania, deliberaron si debían o no contrarrestar la impetuosa corriente de la preocupación pública; pero cuando parecían decidirse a exigir al extranjero los títulos profesionales, en cuya virtud ejercía la facultad de Boerhave y de Hervey, supieron que José había sido llamado al palacio arzobispal para asistir al abate Renzzi, capellán de Monseñor, atacado de una pulmonía, y que sin sangrarlo y a favor de menudas píldoras de tiempo en tiempo tuvo la fortuna de restituirle la salud, respetando el horror del sacerdote italiano a evacuaciones sanguíneas, tenidas entonces por irremediables en estos casos.

Protección tan alta, el aura popular del siciliano en Estrasburgo, y aun el recelo de encontrar en su enemigo un hombre efectivamente superior, retrajeron a los Hipócrates de la ciudad francogermánica de su designio; resignándose a tolerar lo que no tenían recursos para impedir.

En Francfort se habían ponderado las curas prodigiosas y los singulares conocimientos del conde de Cagliostro, y Estrasburgo, preparada así a la admiración de sus obras por encomios tan subidos, celebró el caso del abate Renzzi como un portento de habilidad médica; llegando a su colmo el entusiasmo por el Galeno de Sicilia al librar en pocas semanas de una opilación a la esposa del banquero Samuel Handell;

consiguiendo felicísimos resultados en algunos enfermos de la clase indigente, que dieron a su bienhechor un relieve casi divino por su caridad, esmero en su asistencia y alivio de sus tristes situaciones.

Lorenza contribuyó grandemente al prestigio de su esposo, intimando con las clases acomodadas de Estrasburgo por medio de las damas y señoritas, a quienes cautivó su trato insinuante, la aparente sencillez de su ánimo y la amenidad de una conversación, fértil en incidentes curiosos de viaje continuos; sembrando entre los menesterosos beneficios, que diesen por réditos del capital de la filantropía la agradecida publicación de los favores y el crédito de una munificencia interesante.

Estrasburgo contaba con gran número de masones del rito escocés, y una logia iluminista de la estrecha observancia, y en ellas compareció el Gran Cofto del rito egipcio; haciendo las explicaciones acostumbradas de su secta y las pruebas pasmosas de adivinación, experimentos en sonámbulas y ejercicios espiritistas, que en todas partes producían impresión tan profunda, revistiendo a Bálsamo de un carácter sagrado y misterioso para los unos, y de una misión diabólica y siniestra para los conjurados contra la alianza formidable del altar y del trono.

Entre los masones de la comunión escocesa hubo muchos que aceptaran la regla de Jorge Cofton con las variantes de José; deslumbrando aquellas regeneraciones morales, que permitían la comunicación visible con los siete ángeles primitivos, y aquella restauración física por la materia prima de la piedra filosofal; reuniéndose los adeptos en número suficiente para ofrecer al Gran Cofto la suma de veinte mil francos, destinada a construír el tabernáculo de retiro para las sucesivas operaciones de su libro de estatutos.

## 9

### *La prodigalidad de Monseñor de Rohan con el aventurero siciliano.*

Respecto a las relaciones de Cagliostro con Monseñor de Rohan se han hecho supuestos malignos en varias biografías del personaje, cuya vida relatamos con la veracidad que nos es posible; supuestos que con ciertos aparatos de rebozo han dado a entender que el príncipe era francmasón, creyente en la ciencia hermética, afecto a las artes adivinatorias, buscador de remedios contra la decadencia de sus facultades físicas, y hasta aventuran algunos la especie de que Lorenza no fué la que menos proporcionó a Bálsamo las dádivas y finezas del cardenal-arzobispo de Estrasburgo.

Indignidades de la condesa de la Mothe y alusiones venenosas del gacetero Morand han dado pábulo a estas infames suposiciones contra un dignatario político y religioso, cuyos defectos y debilidades no llegaban hasta arrostrar los anatemas de la iglesia en actos de tan vehemente reprobación de la Silla Apostólica; procediendo su afecto particular al conde del predominio que toman sobre los espíritus crédulos, limitados y propensos a la magia de lo sobrenatural, hombres de la superioridad, de la audacia impertérrita y de la seducción artificiosa de José Bálsamo.

Las liberalidades de Monseñor, por grandes que fuesen, no necesitan explicarse por ocultos motivos, ni reprobados fines; bastando para ellas su predilección por el aventurero siciliano y el desprendimiento de su natural, que frisaba en lo pródigo cuando creía limitarse a lo expresivo.

## 10

### *Juana de Valois y Cagliostro.*

En Estrasburgo conoció Bálsamo a Juana de Valois, esposa del falso conde de la Mothe, mujer de una travesura satánica y de una fogosidad superlativamente viril, quien dicién-

dose último vástago de la real estirpe de Valois, y comprobando su dicho con árboles genealógicos y documentos, recurría a próceres y personajes, poniéndoles a contribución en auxilio de una dama, que iba a París a hacer valer su derecho a que los Borbones asignaran una pensión correspondiente a la nieta de Francisco I.

Cagliostro gestionó cerca del Cardenal-arzobispo la solicitud de Juana, y por conducto del italiano recibió la aventurera quinientos luises, y la formal promesa de apoyar en la corte las reclamaciones de la última Valois tan luego como fuesen presentadas al rey Luis XVI.

## 11

### *Cagliostro en Burdeos. Actuación médica. Visión beatífica.*

En el proceso Rohan declaró Bálsamo que salió de Estrasburgo por la noticia que recibiera de Nápoles de hallarse de suma gravedad un caballero a quien debía grandes obligaciones, y que llegó a tiempo de asistir a sus últimos momentos, no habiendo podido conjurar el desastre con los recursos de la ciencia. En la causa instruída en el Santo Oficio romano ha fijado en tres meses su residencia en Nápoles, sin determinar el motivo que le llevara a dicha capital, como lo hizo ante el Parlamento; pero dando por causa a su ausencia la persecución insidiosa de los médicos napolitanos y una invitación para ir a Francia que le fué dirigida por el conde de Varennes, al decir de hombre tan vario y falaz en sus manifestaciones a la justicia.

Lorenza desmintió ambas declaraciones de su marido, confesando a los inquisidores que el motivo real de abandonar a Nápoles no fué otro que la resistencia de los masones de aquella ciudad al rito egipcio, y la recelosa actitud con que fueron rechazadas las acostumbradas explicaciones del Gran Cofto respecto a bases y prácticas de su secta.

A pesar de esa invitación del ministro francés de que hizo mérito Cagliostro en el proceso de Roma, no se cuidó, como hubiera procedido, de atenderla yendo a París directamente, sino que pasó a Burdeos, alternando con la profesión médica en una escala aristocrática la propaganda masónica, y si hemos de creer al cáustico Morand rebajando la dignidad excelsa del sumo sacerdocio egipcio con los resabios y las proezas del estafador y del trapisondista, pues habla *El Correo de Europa* de una exacción de cinco mil francos a cierta noble y rica viuda, imbuída como el platero Marano en el descubrimiento de un tesoro en una hacienda de su propiedad, guardado por los espíritus.

En Burdeos, y enfermo de calenturas gástricas, rodeando su lecho algunos Venerables del rito egipcio, tuvo una visión beatífica en que se sintió trasportado a la presencia del Todopoderoso, hablándole una voz incógnita para estimularle a proseguir sus trabajos; llevando su inconcebible espontaneidad hasta referir el cuento a los inquisidores, agregando que a este éxtasis debió el inaudito esfuerzo y la ardorosa fe de su propaganda masónica.

## 12

### *La aparición de Cagliostro enardece a los afiliados lyoneses.*

En Lyón había una logia de la alta observancia, centro de hombres de suposición y arraigo, nada más conformes con depender de la gran logia de París, obstinada en formar cuerpo aparte del Gran Oriente francés, convenido en 1774, en una asamblea nacional de masones, presidida por el duque de Luxemburgo, y repugnando por otra parte la sumisión al Gran Oriente, poder más absoluto que las logias matrices.

La aparición del Gran Cofto de la masonería egipcia, con sus ritos nuevos y sus tendencias fantásticas a una casi in-

mortalidad, enardeció a los afiliados lyoneses, porque resolvía su conflicto y los autorizaba a erigirse en cabeza del masonismo nuevo por la fundación de una logia madre de la secta de Cagliostro.

Convino José en su pensamiento, y a toda costa se labró una casa con destino a logia, bajo la planta de un arquitecto de la asociación, y con los compartimientos necesarios a todos los menesteres y servicios del instituto, y siguiendo la inveterada costumbre de dar a las logias matrices nominaciones de méritos y virtudes, se acordó llamar a la puesta por obra la *sapiencia triunfante*.

La inquisición romana intervino entre los papeles de Bálsamo ejemplares de las patentes lyonesas de masones del rito egipcio, en que campeaban en una especie de elegante cornisa el septángulo, el triángulo, la llana, el compás, la escuadra, el martillo, las calaveras, la piedra cúbica, la basta, la triangular, los andamios, la escala de Jacob, el fénix, el globo y el tiempo, y lemas como, *lucem meruere labore; odi profanum vulgus et arceo; in constanti labore spes; pulsate et aperietur vobis; quœrite et invenietis,* y otros análogos. Era de notar en estos diplomas una cruz, en cuyo brazo transversal se leían las tres iniciales L. P. D. que tradujo por *lilia pédibus destrue* (huella y destruye las lises), símbolo de aquellas tareas templarias contra Francia y contra Roma de Jiménez, Falk y Svedimburg.

La noticia de haber sido nombrado Monseñor de Rohan gran limosnero de la Corona movió a nuestro héroe a dirigirse a París, pretextando a sus hijos que obedecía a una cita del Gran Oriente francés, y prometiéndoles un pronto regreso.

La logia de la *sapiencia triunfante* entregó seis mil francos de voluntario donativo al Gran Cofto para su viaje a la corte, y a los dos meses de residencia en París envió una comisión a advertirle que se había concluído la edificación del

templo masónico, y Bálsamo comisionó a dos afiliados parisienses para que le representaran en la ceremonia de inaugurar la logia madre de su rito en Francia.

## 13

### *Cagliostro y la condesa Serafina se instalan en París.*

El conde Alejandro de Cagliostro y la condesa Serafina de Feliciani se instalaron en París, como lo habían hecho en San Petersburgo, en una casa de proporciones y de buen aspecto; pero distante de los centros aristocráticos y de los barrios bulliciosos, y afectando restricciones al trato social y una modestia, que excluyera esos alardes que hacen sospechar de los que tanto procuran atraer las atenciones a fuerza de ruido, en imitación de los saltimbanquis.

Ni el boticario de *Saint Jacques,* ni Mr. Duplaisir, ni Madama Saint-Dizier; ni el alquimista sectario de Juan Hemstad; ni el maestro de baile Lyón; ni los escribanos del Parlamento, que habían entendido en el expediente de prisión en Santa Pelagia de la fugitiva Lorenza, o en la prohibición del ejercicio de la medicina a José Bálsamo, podían reconocer al hombre, que vestido de negro, en una carretela blasonada, grave y silencioso, atravesaba de extremo a extremo a París, sin volver la cara por nada ni por nadie, señalado por todos e indiferente a todo.

¿Y quién hubiera conocido a la bella y elegante Serafina, redondeada voluptuosamente por el desarrollo completo de su físico, formada ya en la escuela del gran tono, templando con la gracia la majestad patricia, conducida en una carriola napolitana, cuya blanca yegua aguijaba un negrito de la Martinica, vestido de *groom* británico?

## 14

### *Monseñor de Rohan insta a Cagliostro a que permanezca en París.*

Monseñor de Rohan agradeció infinito al conde que por darle la enhorabuena hubiese venido desde Nápoles, como se lo hizo creer el siciliano, y rogó con vivas instancias a su buen amigo en Estrasburgo que se instalara en París, pues que le hacían falta sus consejos y su asistencia en el piélago de la corte, donde el iluso prelado soñaba con Richelieu y con Mazzarino, creyendo una Ana de Austria a la arrogante María Antonieta y otro Luis XIII a Luis XVI de dolorida memoria.

La condesa de la Mothe, Juana de Valois, fué a visitar a Lorenza, contándole que la nieta de María Teresa de Austria había conseguido para ella una decente pensión del bolsillo secreto del rey, su esposo, sirviéndose recibirla algunas veces; tratándola con delicados miramientos y prometiéndola colocar al conde de la Mothe en una plaza civil, digna de un hombre de clase, enlazado a la última de los Valois.

## 15

### *El relieve particular de la estancia en París de Cagliostro.*

Como quiera que en este personaje singular haya que atender, desde su afiliación en Londres a la familia masónica, a sus aventuras ordinarias y a sus lances en la propaganda de la secta egipcia, desembaracémonos de ese relieve particular de su estancia en París en este breve capítulo para dedicarnos luego, sin necesidad de interrupciones, a las notables peripecias que han adulterado los novelistas, hasta hacer indispensables las restauraciones de la verdad por los trabajos históricos.

En el proceso de Roma ha confesado Cagliostro que

tuvo logias de hombres y de mujeres en su misma casa de París, presidiendo Lorenza a las damas como Cofta del rito, y celebrando sesiones mixtas en ocasiones extraordinarias, como recepción de elevados personajes y visitas de afiliados de Lyón o de Burdeos, sus primeros secuaces en Francia. Insistiendo en la manía de una asistencia divina en sus tareas masónicas, aseguró Bálsamo a los inquisidores que en París, más que otras partes, evocó a espíritus de ilustres finados, comunicando con ellos y hasta haciéndolos visibles en pequeños círculos de sus amigos de mayor confianza, entre los cuales citó a sujetos de la Real familia.

José asevera que el masonismo en Francia entró en una completa anarquía desde que al duque d' Antin sucedió en el maestrazgo el conde de Clermont, sin que pudiese remediar este adverso estado el duque de Chartres, luego de Orleáns, electo en 1771; y cuando el Gran Cofto dió principio a difundir su rito nuevo, halló grande disposición a admitirle por la oposición de los unos al Gran Oriente y la antipatía de los otros a la antigua logia matriz.

Cagliostro refiere en el proceso romano que el príncipe, jefe del Gran Oriente francés notando la boga de la secta egipciana, anduvo en tratos para incorporar a su centro a las logias de su rito; pero que el aventurero exigía una conversión del rito escocés al suyo, acordado ya por la logia madre de París, resistiendo el príncipe esta sumisión, aunque Bálsamo no aspiraba al primer puesto en el Oriente galo, que debía conservar su Alteza. No dejó el héroe de esta historia de indicar en la causa que una parte de su complicación en los asuntos de los diamantes de Bohæmer fué debido a este choque con el Gran Oriente, y a su íntima amistad con los condes, a cuya rama pertenecía Monseñor el limosnero de la Corona.

## 16

*En una sesión dedicada a las damas, Cagliostro hace aplicaciones del magnetismo.*

El magnetismo había sido llevado a París por el alemán Mesmer; pero en aplicación mecánica de alambres, como una especie de pila de Volta, y sin embargo acudieron a las sesiones del famoso extranjero todas las clases de aquella novelera sociedad, y el aristócrata y el trabajador y la dama disfrazada y la griseta, fueron a someterse al éxtasis, que no dirigido por el magnetizador era en unos la grata somnolencia del hatchis; en otros el sopor de la embriaguez del opio; en éstos el delirio, con sus carcajadas y sus lágrimas, en aquéllos el arrebato, con sus frases inarticuladas e incoherentes.

Allí estaba en aplicación rudimentaria aquel principio, tan desenvuelto en las viejas Sibilas, tan terriblemente misterioso en el trípode de Delphos, tan imponente en las vírgenes *Alrunas* de la antigua Germania; pero estaba allí como una fuerza inconsciente, como un elemento no dominado, como un germen de mayores promesas que de resultados positivos. Cagliostro, más en contacto con el Oriente que el físico alemán, sabía las aplicaciones de ese magnetismo en toda su escala, y si se valía de pases y de atracciones enérgicas del flúido con las naturalezas refractarias al sonambulismo o rebeldes a la dominación moral del operante, con las pupilas y niños de sus pruebas le bastaba con un gesto para rendirlos y la docilidad de sus caracteres influía en gran manera en la lucidez que sabía imponerles la corriente de su poderosa voluntad.

¿Era Althotas efectivo maestro de Bálsamo en este procedimiento, desconocido en el continente europeo?... ¿Cuál de los infinitos amigos de este hombre extraordinario pudo revelarle esos prodigios de una ciencia, perdida en el tráfago revuelto de las edades?... ¿Iría José a Malta a apurar los secretos

magnéticos y espiritistas entre rabinos, budistas, malayos y egipcios? Difícil es inquirir la verdad en una existencia como la de Cagliostro, dedicada a perennes engaños y falsedades; pero es inconcuso su saber en esta especialidad, que tanto acrecentó su nombradía y por la cual fué condenado como hechicero por el Santo Oficio de Roma, aunque él se abstuviera de explicar a sus jueces los fenómenos naturales a que debía sus adivinaciones por el sonambulismo.

En una de las sesiones de la logia de damas presidida por la Feliciani, a que asistió el Gran Cofto del rito egipcio por señalado obsequio a sus hijas, suplicó Lorenza a su marido que obrara mágicamente por la imposición de manos en una de las afiliadas, pues deseaba conocer la señora duquesa de N** el sexo de la criatura que pesaba en sus entrañas, Madama T. pretendía inquirir el paradero de su esposo ausente, y la condesa de la Mothe aprovechaba la ocasión de consultar a la pupila sobre asuntos importantes entre su marido y Mr. de la Villette, su amigo y socio. El conde preguntó si había venido la *paloma* o sibila, que retirada en el tabernáculo contestaba a las preguntas del magnetizador, y le fué contestado que la sesión versaba sobre reglamento interior de la logia, no haciendo falta por tanto la niña vírgen de las ceremonias solemnes de adivinación, prescritas en los estatutos del rito.

—¿Quién se prestará a servir de pupila? preguntó resueltamente Cagliostro, girando la vista en torno de sí con majestad.

—Yo, si no hay quien lo desee, contestó una voz de claro timbre.

El conde retrocedió con asombro al fijarse en la adepta, que se había ofrecido a la operación de tan buena voluntad; porque su aire, su estatura, su rostro, sus modales y hasta el eco de su voz, la hacían la viva imagen de María Antonieta, reina de Francia.

Juana de Valois sonrió al comprender el motivo de la sorpresa de Bálsamo, y le dijo con una guiñada de maliciosa inteligencia:

—La señorita Nicolasa Oliva, mi amiga particular, hija vuestra, recibida por Nuestra Venerable Maestre en el grado de compañera en la última sesión de nuestra logia de *la mujer libre.*

La señorita Oliva se había levantado de su sillón para saludar cortesmente al Gran Cofto en esta presentación de la condesa, y José mirándola con sus ojos fascinadores, y acercándose a ella con lentitud, llegó hasta situarse a su lado, poniendo la diestra en su hombro izquierdo y diciéndole con voz imperiosa, *dormid*: Nicolasa cayó en el sillón como una masa inerte, y un murmullo de admiración corrió por aquella sociedad femenina, comprimido por un gesto del conde, que dió principio a sus preguntas.

La señorita Oliva resultó una sonámbula excelente, y no solo satisfizo a la curiosidad maternal de la duquesa, al deseo de Madama T. y a la exigencia de la Valois, sino que sirvió al conde para objetos suyos y animación infinita de la sesión extraordinaria, que no permaneció tan secreta como era de esperar del sigilo masónico.

## 17

## El banquete de los muertos *ofrecido por Cagliostro en París.*

Al aparecer en París el norteamericano Hume, el más célebre de los espiritistas modernos después del famoso Sport, los hombres de más valer en la prensa periódica, testigos de sus prodigiosas evocaciones, debatieron extensamente las cuestiones histórica, filosófica, moral y física del espiritismo, a propósito de aquellas maravillosas pruebas en el palacio de las Tullerías y de otras posteriores en los círculos más

selectos del *faubourg Saint-Germain,* centro de la nueva aristocracia en la babilonia europea.

Mientras que Girardin relacionaba al espiritista americano con las excelencias adivinatorias y nigrománticas en los fastos de las humanas generaciones, y Veuillot declaraba a Hume un verdadero poseído de Satanás, a trueque de una fama ilegítima y execrable, unos, como Huart, aducían ejemplos de espiritistas, que sin darse este título habían practicado el procedimiento evocador mucho antes del joven endemoniado de ultramar, y otros, como Delord, recurriendo a la crónica de las trapacerías de grande espectáculo, con rara erudición en la materia, suponían al admirado Mister Hume un Macallister de más talla y de método más singular que los conocidos hasta la fecha.

Periodista entonces, como ahora, al dar Hume sus terribles espectáculos ante la familia imperial, hube de seguir el curso de aquella polémica importante en la prensa de París, tanto para condensar lo conveniente de este asunto en mis Revistas extranjeras quincenales; cuanto para estudiar yo mismo la cuestión; cuidando, como lo tengo por costumbre, de cortar y poner en mi álbum de curiosidades las noticias extraordinarias, las citas de textos, los hechos culminantes y los juicios luminosos, que encontraba en los periódicos más reputados de la capital de Francia.

Desde entonces conservo una cita de las memorias inéditas de Lallemand, respecto a lo que se intitula *el banquete de los muertos,* dado en París y en otro círculo por el conde de Cagliostro: cita de Huart, que hoy utilizo en esta obra, ahorrando digresiones, y atendiendo solo a reproducir lo que en tiempo del aventurero siciliano se creyó y dijo acerca de aquellas evocaciones de ilustres difuntos, como Voltaire, Diderot, d'Alambert, Montaigne y Boileau.

«Ninguna de las aventuras del conde, escribe Lallemand en sus *Memorias;* hizo más ruido en París, y aun en el reino

que el convite entre doce personas de su más íntimo trato, que tuvo lugar en una rotonda de su casa, labrada expresamente en el jardín para aislar aquella pieza del resto del edificio, que era un caserón espacioso, pero viejo y algo sentido en sus muros.

»El conde había hablado a ciertas personas de su mayor confianza, algunas conocidas por su declarado ateísmo, de las apariciones de difuntos para dar testimonio de la otra vida; diciendo que el conjuro a que obedecían los espíritus era casi familiar en la India y en lo interior del Egipto, y que comunicar con ellos, sin hacerles tomar formas visibles, lo sabían hasta las viejas persas y los niños de la costa de Coromandel. Instado por los que creían en el poder sobrenatural del noble hechicero y por los que ponían en duda la peregrina facultad de traer a la tierra a los emigrados de este valle de lágrimas, consintió Cagliostro en someterse a la prueba; exigiendo que se diera un banquete en la rotonda, poniéndose entre los convidados sillones vacíos, que ocuparían los muertos que se le designaran hasta el número de seis.

»Llegado el día del tremendo convite, el conde encargó a sus comensales que no se preocuparan de la escena, que tendría lugar a los postres, y que no frustrasen el efecto de la aparición visible con ninguna especie de movimiento arrebatado ni de sensación extrema. En el momento oportuno se levantó el prócer italiano, y fué llamando a Voltaire, Diderot, d'Alambert, Montaigne, Boileau, y Molière quienes aparecieron a evocaciones sucesivas en los seis sillones que se les tenían dispuestos, perfectamente visibles al través de una especie de neblina, que parecía servirles de atmósfera particular.

»En este hecho están conformes todas las referencias de los doce convidados de la rotonda; pero corren por París algunos dichos agudos, puestos en boca de los muertos, como el de Voltaire sobre haber averiguado en el otro mundo que

los Papas eran buena gente, el de Diderot, que declaraba el mérito de su *Enciclopedia* en el redactado del índice, y el de Molière, llamando a Luis XIV el primer cómico de la majestad.

»El duque de Argenson refirió al rey los rumores que circulaban en París respecto al banquete de los difuntos; pero S. M. encogiéndose de hombros, contestó al duque: «*He ahí los espíritus fuertes de nuestra época: niegan a Dios para creer en el diablo*».

## 18

### *Obstinación de Cagliostro por ser recibido por Luis XVI.*

Cagliostro, a fuer de aventurero, estaba muy distante de esas libertades republicanas que afectara después, y a impulsos del despecho; gustando por el contrario de introducirse cerca de dignatarios y de príncipes, y ostentando títulos de distinción, que no eran sólo medios de sus fines explotadores, sino que respondían a sus afanes de singularidad extrema; rechazando sus instintos y sus costumbres esa igualdad que sólo aceptan complacidos los ánimos verdaderamente superiores, que no temen la confusión o que la desean en bien de los demás o provecho común.

Juana de Valois, admitida en palacio por una condescendencia bondadosa de María Antonieta, que le salió cara por cierto ha sentado en su libro *Mi correspondencia con el conde de Cagliostro* el empeño obstinado con que le instara el conde para que hablando de él a la reina le proporcionase el honor de una entrevista con S. M. dentro o fuera de palacio.

Ignoraba el siciliano que su reputación de ser excéntrico, y su popularidad misma, eran obstáculos insuperables para que le otorgaran audiencia Luis XVI o la nieta de María Teresa de Austria, que no perdonaban a Luis XIV el fácil

acceso a su persona del conde de San Germán y otros tipos de esta especie; atribuyendo a tales corrupciones de la etiqueta los desórdenes del Regente Orleáns y los escándalos de Luis XV.

En cuanto a Monseñor de Rohan, interesado también por Bálsamo en el prurito de ser recibido en la corte francesa, aun reservadamente, prometió de buena fe hacer lo posible por servir al extranjero; mas lo disuadió de su propósito la condesa de la Mothe, según confiesa ella misma en el citado folleto; aspirando sin duda a hacer por su cuenta el negocio que tenía proyectado, y para el cual necesitaba ser intermediaria única entre Monseñor y la reina en el disparatado plan del gran limosnero de la Corona, que dejamos indicado en el capítulo 14 de esta parte segunda de nuestro libro.

Una circunstancia particularísima vino a consentir a Cagliostro en la posibilidad de su introducción en la corte; pero contra todas sus esperanzas no produjo efecto el paso, que engrió sus ambiciones en un resultado irrealizable con harto pesar suyo.

## 19

### *La cura del marqués de Medard-Colineau y una respuesta de Luis XVI.*

El marqués de Medard-Colineau, pariente de los Condé y hombre de grande respetabilidad por sus talentos, prendas y cualidades, bien visto en la corte y reputado por sus buenos servicios, cayó enfermo de una fiebre catarral, que degeneró en inflamatoria, y se hizo pútrida por yerro de los facultativos de su asistencia en prevenir tales accidentes.

Al tener noticia el rey de la gravísima situación del marqués, antiguo jefe de la Real armada, envió un médico de cámara a cerciorarse del peligro que Medard-Colineau corría, y los informes del tal perito confirmaron las noticias de S. M.

acerca del riesgo de la vida del marqués, constituído ya en lo que llaman caso desesperado los discípulos de Celso y Pablo de Egina.

Administrados al antiguo marino los finales sacramentos de la iglesia, y confiando sólo en la dinámica vital los desorientados doctores que le asistían, fué a casa de su deudo Monseñor de Rohan, llevando en su compañía al conde de Cagliostro, quien se hizo cargo del moribundo, manifestando que allí quedaba que hacer bastante.

Es lo cierto, y ante los resultados prácticos nada valen conjeturas, que Bálsamo acertó con el método curativo de aquel caso extremo, y lo que es más, acertó tan cumplidamente, que a los veinte días estuvo el marqués en disposición de ir a palacio a la recepción del bailío Suffreu, estimulado a ello por Cagliostro para producir sensación en la corte, fundada en el crédito de aquella curación milagrosa.

Julio de Saint-Félix nos ha conservado la escena de la presentación del marqués en las Tullerías con ese diálogo fácil, natural y gráfico, que anima tanto sus atractivas narraciones, aunque a expensas de la severidad histórica.

—Es prodigioso, marqués, dijo el rey acercándose a Medard-Colineau con su habitual llaneza. Esto es volver de la tumba como Lázaro. ¿Y quién ha sido el autor de tan agradable maravilla?

—El conde Cagliostro, señor, amigo de Monseñor de Rohan y genio bienhechor para mí.

—¿Y os habéis puesto en tales manos? preguntó Luis XVI con aire de profunda extrañeza.

—Ya ve V. M. el resultado de esa audacia. El conde, señor, es. . .

—Yo no sé lo que es el conde, interrumpió con despego el monarca; pero celebrando la obra, rechazo al agente por muchas razones que no necesito aclarar.

## 20

### *Monseñor de Rohan cae en las redes de los dos audaces aventureros.*

Entre la supuesta condesa de la Mothe y el falso conde de Cagliostro tenían convertido a Monseñor de Rohan en miserable juguete de sus combinaciones, la una con sus noticias y confidencias y el otro con sus consejos y vaticinios; conspirando ambos a imbuir al gran limosnero de la corona en el descabellado plan de conquistar el corazón de la hermosa y altiva María Antonieta, imponiéndose al rey como hombre de Estado, y aspirando a regir la Francia con la energía de Richelieu y la estrategia de Mazzarino, él que carecía de genio, de talento, de instrucción y de respetabilidad, y que dependía de los lisonjeadores de su amor propio y de sus vanidosos cálculos.

En balde Luis XVI le demostraba una consideración, reducida meramente a su carácter y no extendida a su persona: inútilmente la reina le trataba con una ceremoniosa circunspección que encubría mal su efectivo despego: en vano la corte entera manifestaba conocer los reducidos alcances y visibles defectos del príncipe-cardenal.

Juana le persuadía que evitaba el rey con su conducta algo reservada los celos de sus hermanos por toda preferencia a las demás líneas de la familia regia; que la reina, a fuer de austríaca, era fieramente orgullosa y solía tratar con menos atenciones en público a quien más estimaba, impidiendo murmuraciones malignas, que habían escarmentado sus primeras espontaneidades en la corte francesa; que la indiferencia de los cortesanos era una ventaja para los proyectos políticos de Monseñor, que así no encontrarían ánimos prevenidos ni intrigas preparadas en su daño.

Cagliostro aseguraba al arzobispo de Estrasburgo que los astros, su horóscopo, la cábala, el registro de la carta quiro-

mántica, las revelaciones de los sonámbulos, las visiones en el cristal de las redomas, los conjuros, las evocaciones de los difuntos, la consulta de las entrañas de la blanca paloma y del gallo negro y el vuelo de las aves de los presagios romanos, todos los procedimientos, en fin, del arte adivinatorio, convenían en el porvenir de amor, poder y gloria, reservado al heredero natural de Richelieu y Mazzarino en un plazo breve, y merced a esas circunstancias imprevistas, que aumentan la sorpresa y el interés de las grandes y súbitas elevaciones. Cegado así por la ambición y la credulidad, el Prelado vino a caer en las redes de dos audaces aventureros que le complicaron en el asunto escandaloso del collar de diamantes, que vamos a referir en seguida.

## 21

### *El joyero Daniel Bohæmer y la maravilla fantástica de sus anhelos.*

Minheer Daniel Bohæmer, joyero de la corona, era un digno holandés, enriquecido en el comercio de piedras en la India, y que al volver a Europa con un crecido capital no esquivó el gremio de San Eloy a que se había afiliado en los primeros días de su juventud; amando el arte con el culto apasionado de Benvenuto Cellini, y teniendo pasión por las piezas bien concluídas y fanatismo por las piedras raras, labradas con inteligencia y montadas con finura y buen gusto en el juego de los esmaltes de su contorno.

Establecido en París, pagando mejor que todos los maestros de su gremio la mano de obra, no perdonando medio de traer a sus talleres lo más notable en cada especialidad de la orfebrería, exponiendo lo más rico, precioso y bien elaborado que podía presentarse en todos los ramos de su comercio, Bohæmer pudo añadir a su nombre en la muestra de su elegante y espacioso establecimiento las armas de varios príncipes de la sangre, que le hicieron su joyero particular, y por

último las lises de Francia, por graciosa concesión de Luis XV, a solicitud de Madama Dubarry, servida puntualmente por el platero holandés en una exigencia caprichosa de la real favorita.

Al advenimiento al trono de Luis XVI, Minheer fué confirmado en el honroso cargo que se le tenía conferido de joyero de la corona, y corrrespondió noblemente a esta distinción en cuantas ocasiones hubo de recurrirse a su pericia y celo, ya para remontar aderezos antiguos, ya para nuevas joyas o bien para consulta de alhajas y elección de objetos para regalos y finezas.

El carácter bondadoso y servicial de maese Daniel, su reputación de probidad y cariñoso afecto a sus numerosos dependientes, su esmero en adquirir lo mejor en todo y en arreglarlo cuanto era compatible con el valor y mérito de las obras, y más que nada los límites estrictos en que sabía contener la franqueza de sus explicaciones al estímulo de la confianza de altas personas, interesaron en su favor a María Antonieta, princesa que estimaba mucho ciertas cualidades de discreción y acierto. Bohæmer solía hacer de vez en cuando ciertos viajes a Alemania, a Portugal y aun a Italia, para orientarse en el movimiento artístico industrial del arte de la platería; buscando curiosidades antiguas; procurándose perlas y piedras en los ordinarios mercados de estas preciosidades, y trayendo siempre dos o tres operarios más para instalarlos en sus talleres, ensanchando la órbita de sus faenas.

El joyero de la corona de Francia por más que su exterior no lo revelase, era una naturaleza poética, y pocos al ver su traza de burgomaestre, al estudiar sus pacíficas y ordenadas costumbres y observando la serenidad profunda que parecía reinar en su alma, hubieran sospechado que un deseo ambicioso, un deseo de exaltación casi mística, ocupaba por entero hacía muchos años el espíritu del holandés, y que tras de aquellas apariencias tranquilas y aquella sonrisa de cons-

de diamantes, que ni Semíramis, ni la reina Saba, ni Cleopatra lo hubiesen tenido mejor.

Bohæmer tenía veinte diamantes del tamaño de un grano de mijo; pero enteramente gemelos en limpidez, finura de las facetas, transparencia de su fondo y dirección de sus aguas; veinte diamantes que reunidos uno por uno valían un caudal, como se dice vulgarmente. Alternar estos veinte gemelos con otros tantos grupos de piñas de a tres diamantes, de la propia igualdad, en proporción más reducida, pero sin la más mínima discrepancia en un prisma, en un tono de color, ni en el incidente menos perceptible, era una empresa capaz de rendir otros bríos, que no fuesen los de Minheer, acostumbrado a relacionar todos sus pensamientos con uno, dominante y exclusivo en su sólido cerebro alemán.

Pero encontrados los sesenta diamantes de las veinte piñas, quedaba aun la mano de obra; un trabajo de hadas; una ligereza de montura que no perjudicara a la solidez del engarce; oro en anillos microscópicos, en garras sutiles, en aros de perfecto ajuste; pero ese oro no había de herir la vista, interrumpiendo el efecto deslumbrador de aquella cascada de diamantes.

Maese Daniel fué hasta el Brasil para buscar las piedras de primera mano, cual se dice en estilo de comercio; estuvo en Alejandría en la famosa feria de tratantes en perlas y piedras del Oriente; visitó a Hamburgo y sus almacenes de la Compañía indiana; hizo una excursión a Cádiz a esperar una flota de América; encargó sus diamantes a todos los comisionistas y traficantes con quienes pudo entenderse, y al fin los vió reunidos en su poder como una esplendente granizada, hábiles y dispuestos a formar el grupo más raro que pudiera presentar un artífice a la Rogelana de Soliman el Magnífico o a Catalina de Rusia, poseedora del segundo diamante de los históricos en los fastos del universo.

La mano de obra correspondió cumplidamente a las as-

piraciones del joyero holandés, y el collar en su estuche de terciopelo negro pareció a su dueño digno solamente de la reina de los ángeles en la efigie más hermosa entre los portentos de la escultura cristiana representando a la vírgen madre del Verbo divino.

Bohæmer, llamado a palacio para un encargo del Rey, metió en el bolsillo de pecho de su casaca el estuche que contenía su ambicionado tesoro, y después de recibir de Luis XVI la orden de disponer la confección de una charretera de diamantes para un hijo del duque de Orleáns, que debía bautizarse con la militar insignia, pidió y obtuvo una audiencia de la reina, presentándole el collar y haciendo su historia con brevedad y sencillez. María Antonieta apreció en todo su valor aquella alhaja de Princesa de las *Mil y una noches,* y convino con el joyero de la corona en que enseñaría el collar a su augusto esposo, avisándole del resultado de la tentativa.

## 22

## *Diálogo singular de María Antonieta y Luis XVI. Justificación de una jaqueca.*

María Antonieta enseñó aquella espléndida joya a su dama predilecta, la hermosa cuanto desgraciada princesa de Lamballe, cuya arrogante y clásica cabeza pasearon en una pica los sicarios infames de París, y cuando admiraba en el cuello de aquella joven beldad el brillo y el efecto de la obra singular de Minheer Bohæmer, entró Juana de Valois en el gabinete, participando de la emoción que atavíos tan notables excitan siempre en los círculos femeniles.

Las tres mujeres convinieron en que el collar del joyero holandés no podía servir más que a la reina de Francia entre todas las princesas europeas, y que si en tamaño había diamantes superiores en otros guardajoyas de personas reales, en número y calidad de piedras de aquel conjunto, y en mon-

tura y en trabajo manual, no existía de seguro una pieza parecida en los aderezos de todas las esposas de Soberanos y príncipes reinantes del continente.

La condesa de la Mothe se permitió añadir que por más que alhaja semejante impusiera un considerable desembolso al real erario, era de todo punto imposible que aquella maravilla se dejara salir del reino o se permitiera su adquisición a alguien que no fuese testa coronada, cuando aparecía evidente que sólo con la mira de ofrecerla a S. M. podía el joyero de la corona haberse comprometido en las fatigas y gastos de reunir aquellos ochenta diamantes y combinarlos con tanto gusto como desconocida perfección.

La gentil Lamballe añadió que no conocía dama que pudiese llevar aquel compuesto de riqueza y esmero artístico fuera de la reina de Francia, que merecía serlo del mundo, así por su exterior como por sus internas cualidades.

María Antonieta, guardando el collar en su precioso estuche, y moviendo la cabeza con aire melancólico, expresó que el importe de la joya amenazaba con enorme cifra, y que el Rey estaba muy pobre, como lo repetía cada vez que se trataba de renovar mueblaje o de reformar adornos en las habitaciones de palacio.

Anunciada la visita matinal del monarca a su egregia consorte, la nieta de María Teresa recibió a Luis XVI con su más agasajadora sonrisa; preparando la conversación con fina diplomacia para que la salida del estuche del pupitre inmediato no pareciese otra cosa que un episodio del diálogo conyugal, ingenuo y sencillo; porque el rey era naturalmente desconfiado, en particular con su esposa a quien amaba y temía, como sucede a los que reconocen la debilidad de su ánimo y se defienden de la dominación cuyos efectos recelan.

El mismo Soberano dió pie a la intención de su cónyuge, hablando de Bohæmer y del encargo de la charretera de diamantes para el tierno príncipe de Orleáns, y María Anto-

nieta, extendiéndose en elogios del joyero de la corona, adujo como prueba de la especialidad que le proporcionaban las obras de arte de sus talleres el último trabajo que había venido a presentar a la reina, y que ésta puso a la vista del nieto de Luis XIV.

—¡Soberbio collar!, exclamó Luis contemplando la magnífica alhaja de Minheer Daniel.

—Digno sólo de la esposa del rey de Francia y de Navarra, repuso María con adorable énfasis que aumentó el brillo de su belleza.

—¿Habéis mandado hacer esta joya, María?, preguntó el rey con mal disimulada inquietud.

—Me la han traído creyendo que era digna de mí, y lo es efectivamente, Señor, respondió la austríaca.

—Merecéis más, contestó Luis cerrando lentamente el estuche; pero ni os faltan diamantes, ni está nuestro patrimonio para gastos de esta especie, cuando el hambre aflige a nuestras provincias y abunda en París la miseria hasta un extremo que me prensa el corazón. Devolved a Bohæmer su collar, María, y dejad venir tiempos mejores para la pobre Francia y para nosotros.

Era tan triste y tan profundo el sentimiento en el gesto y la voz del Soberano, y tan verdaderas las adversas circunstancias del país que María Antonieta no se atrevió a insistir en sus insinuaciones; guardando el estuche en su pupitre, y comprimiendo un suspiro de pesar a fin de no perder el mérito de su resignación a las graves reflexiones de su esposo.

—María, dijo Luis enternecido tomando entre las suyas una mano de su excelsa consorte, sois una grande y noble mujer, y hay cosas en que nadie os excede. Disponed de quince mil francos sobre vuestra asignación mensual para socorro de las terribles necesidades de tantas pobres familias como sucumben por falta de valor para tender la mano a la caridad pública.

Aquella noche asistió a la reunión íntima de la corte María Antonieta, con la princesa de Lamballe y la señorita de Faverney; retirándose a las nueve a pretexto de un fuerte y agudo dolor de cabeza. El rey jugaba al *wisth* con Monseñor de Rohan y el marqués de la Chateignerie, sumamente entretenido en aquel solaz de su preocupado espíritu.

—¿Será cosa de cuidado esa indisposición de S. M.?, preguntó con viva inquietud el gran limosnero de la corona.

—No creo tal, contestó el monarca, y como buen nieto de Enrique IV, y cediendo a esas expansiones características del bearnés, agregó bajando el tono: —Hay por medio un collar famoso, traído por Bohæmer y que he resistido adquirir esta mañana. Ya veis, Monseñor, que está justificada la jaqueca. Recoged la baza, marqués.

## 23

*Las amargas entrevistas del joyero Bohæmer con María Antonieta y Luis XVI. Una visita inesperada.*

Cuando Minheer Daniel Bohæmer fué llamado a palacio de orden de la reina, la alegría rebosó en su alma, porque una parte y principal de su sueño ambicioso era adjudicar su joya a quien la ostentara con mayor lucimiento, y María Antonieta en punto a majestad, hermosura y seducción, no reconocía émula entre todas las princesas de Europa.

El buen holandés, conociendo algo la situación del real patrimonio y el miserable estado de Francia, calculaba que la administración del regio caudal entraría con él en arreglos para la paga a plazos de alhaja tan costosa, y Minheer iba en el ánimo de acceder a todo con tal de oir las alabanzas públicas del collar en todas las bocas, y verse festejado y aplaudido como diamantista y artífice, productor de aquel objeto, único en su especie.

Bohæmer llegó a palacio con el júbilo pintado en el sem-

blante, y conducido al gabinete de recibimiento de la reina, se le hizo un siglo el corto tiempo que tuvo que esperar a que saliese de la pieza contigua la condesa de la Mothe, indigna agente de la beneficencia domiciliaria, ejercida por la generosa consorte de Luis XVI. Al fin apareció en el gabinete S. M. con el estuche en la mano y una expresión bondadosa en su interesante fisonomía.

—Buenas tardes, Bohæmer, dijo con cierta llaneza. Os devuelvo esta alhaja, que verdaderamente no tiene precio, y así lo ha reconocido S. M. el rey, mi esposo, cuando ayer tuvo ocasión de examinarla atentamente.

—Espero las órdenes de V. M. repuso el holandés, inclinándose profundamente y trémulo de emoción.

—El rey, añadió María Antonieta acentuando sus palabras con intención terminante, ha creído que en la tremenda crisis que aflige a sus reinos no debía pensarse en aumentar las joyas de la corona, y yo he sido del mismo parecer. Isabel de Castilla vendió joyas para bien de sus pueblos y yo dejo de adquirirlas en bien de los míos. *Nobleza obliga,* dice un adagio francés.

—Pero ¡es posible, Señora!, balbuceó Minheer, tomando el estuche que la reina le alargaba. Yo que creía...

—No hablemos más del asunto, interrumpió la austríaca con decisión firme. Sabed, señor Bohæmer, que no sin sentimiento me resigno a devolveros una prenda que habíais destinado a mi uso, y una prenda de esa valía.

El joyero de la corona, despedido por la reina con una sonrisa afable, saludó en silencio a S. M. y salió del gabinete con el estuche en la mano y como si hubiese recibido una descarga eléctrica. Aquel golpe equivalía a tirar al Sena el afán de tantos años; porque rechazado el collar por María Antonieta, era ya indigno de adornar el cuello de ninguna princesa del continente, y ninguna dama patricia osaría comprar una alhaja que había sido elaborada expresamente para S. M.

Aunque el Sultán de Turquía hubiera pagado tres veces el subido importe del collar, con destino a la favorita en su serrallo, Daniel habría preferido percibir la mitad de su valor a trueque de incorporarlo a las joyas de la corona de Francia, y vivir en la misma corte donde oyera decir a la aristocracia, a la clase media y al pueblo: «*la reina llevaba el collar de Bohæmer*». Estimulado Minheer por el apuro de su angustiosa situación, hizo pedir la venia a S. M. el rey, teniendo la fortuna de ser inmediatamente recibido.

—¡Hola!, maese, dijo Luis XVI con familiaridad, porque a fuer de forjador de hierro de afición desmedida apreciaba infinito a los artífices. ¿Qué deseáis?, añadió fijándose en el estuche que Minheer apretaba convulsivamente entre sus manos.

—Señor, repuso el joyero con agitación extremada, S. M. la reina ha tenido la bondad de devolverme una prenda, que sólo para S. M. puede servir; que para S. M. exclusivamente he trabajado; que únicamente S. M. debe. . .

—Señor Bohæmer, replicó el monarca tomando un aire de gravedad que precedía a sus raras definitivas resoluciones, creo que la reina no os habrá dado esperanzas para lo futuro en este negocio.

—No Señor, contestó desconcertado el holandés. He venido, por mí solo, a representar humildemente a V. M. el disgusto que me causa la repulsa de un objeto de esta preciosidad, que merecía. . .

—Basta maese, cortó Luis con imponente dignidad. No olvidéis que la charretera del niño Orleáns ha de servir el domingo. Adiós.

Cuando sombrío y taciturno llegó Daniel a su establecimiento, encontró que le estaba esperando una dama, a quien creyó reconocer por la que había salido de la cámara de la reina cuando él aguardaba en el gabinete. Era en efecto la Valois.

—Señor Bohæmer, dijo la condesa a Minheer, habéis sido desahuciado por la mujer y por el marido. ¿No es así?

—Completamente, señora, exclamó el joyero, desahogando su pesar en profundo suspiro.

—Pues mañana, a la una de la tarde, agregó Juana con aire sigiloso, presentaos en el hotel Rohan con el collar en su estuche, que Monseñor desea ver esa maravilla.

## 24

### *Monseñor de Rohan recibe al joyero Bohæmer.*

Minheer Daniel Bohæmer era demasiado hombre de negocios para no comprender en la cita del hotel Rohan que su alhaja no estaba rechazada por la reina con la inapelable resolución que había manifestado el rey en tal asunto, y la intervención de un Prelado en este particular nada tenía de extraña siendo Monseñor príncipe de la sangre y gran limosnero de la corona. No dejó de ocurrirse al holandés la maliciosa idea de que fuese el Cardenal-arzobispo de Estrasburgo el encargado de moderar las exigencias del joyero, después de la negativa a la adquisición del collar; arreglando asimismo las condiciones del pago, como intermediario oficioso en la cuestión; pero Minheer pasaba por todo antes de renunciar enteramente a sus esperanzas y se atenía en esta parte al viejo proverbio alemán: «*hágase el milagro y hágalo el demonio*».

También cabía en lo posible que los parientes de S. M., noticiosos de que Luis XVI sacrificaba el capricho de María Antonieta a los apuros de su caja y a las necesidades del Estado, hubiesen convenido en repartirse el coste de la mágnífica joya, haciendo regalo tan acepto a una dama y demostración tan estimable al jefe de la real familia. En toda esta variedad de conceptos veía maese Daniel tres cosas claras y distintas, y las tres favorables a sus intereses: que el asunto del collar no se dejaba dormir: que Monseñor de Rohan pretendía ver el objeto y hablar con su poseedor: que un princi-

pe de la iglesia no suele tener antojos profanos, sin una causa mucho más fuerte y enérgica que las comunes a los legos y las ordinarias en la multitud pecadora.

Calmada por estas y otras reflexiones la amarga impresión de las entrevistas con la reina y su esposo, el joyero pudo conciliar el sueño aquella noche, y se levantó alegre y confiado, preparándose a satisfacer el deseo del príncipe-cardenal a la hora que Juana de Valois le había prevenido, y como tenía el hábito de la exactitud, a la una en punto suplicaba al capellán Renzzi dijera a Monseñor que el joyero Bohæmer aguardaba la honra de sus preceptos.

Al ser introducido maese en el salón del príncipe-cardenal estaban con Su Alteza Eminentísima la condesa de la Mothe y el conde de Cagliostro, diablos familiares del ilustre purpurado.

—Adelante, señor Bohæmer, dijo el Prelado con la exquisita urbanidad de su índole naturalmente buena.

Daniel besó el anillo pastoral de Su Eminencia, reparando que tenía una esmeralda de gran precio.

—Os he citado para ver ese collar que, según votos competentes, no tiene par en el mundo, dijo con tono afable Monseñor.

—Helo aquí, respondió Minheer, alargando el estuche al gran limosnero de la corona.

Monseñor abrió la caja y examinó curiosamente la obra de Bohæmer. Cagliostro era perito en la materia y justo apreciador de la pedrería y de la mano de obra. La Valois miraba aquella riqueza con ojos febriles de ansiosa codicia.

—¡Admirable!, exclamó el príncipe purpurado dirigiéndose al conde. ¿No os parece lo mismo?

—En Oriente, repuso Bálsamo, daría un rico *sheriff* por esa prenda medio millón de francos, y lo pagaría de una vez.

—Daría su justo valor, caballero, se apresuró a replicar el holandés, y se conoce que su señoría lo entiende.

—Creo, señor Bohæmer, dijo lentamente el prelado, colocando el estuche abierto sobre una mesa próxima a su sitial, que habéis estado poco hábil en plantear el negocio, interesando a la reina sin tener bien preparado al rey. Vuestra audiencia con el soberano acabó de echar a perder el asunto, y si no hay quien remedie el mal, amigo mío, habéis fracasado en un proyecto que merecía mejores resultas.

—Si yo hubiese tenido la protección de Vuestra Alteza...

—Es poca cosa, interrumpió Monseñor sonriendo; pero lo que no pudo ser antes, veamos si puede ser ahora. Esto se entiende, por supuesto, si persistís en la idea de que el collar figure entre las alhajas de la corona francesa, y si os parece oportuno que yo lo gestione.

—Monseñor, hágase como plazca a V. A., contestó Daniel con efusión agradecida y gozosa.

—Os advierto, añadió el arzobispo de Estrasburgo marcando las frases, que es una tentativa mía exclusivamente y reservada.

Bohæmer se inclinó en muda protesta de un asentimiento absoluto.

—Y además, continuó Monseñor, que necesito quince días para conducir las cosas al punto que ambos apetecemos.

Daniel tornó a inclinarse en otra reverencia, digna del más humilde siervo del sultán de Bizancio.

—Conde, dijo el de Rohan a Cagliostro con amable confidencia, tened la bondad de extender el recibo de esta alhaja, que firmaré para resguardo del señor joyero de la corona.

—Monseñor, me ofende V. A., exclamó el holandés con verdadera expresión de viva contrariedad.

—Pero amigo mío, estas cosas...

—Señor, dijo Minheer irguiéndose con orgullo, los príncipes y los artistas han nacido para entenderse. Entendámonos pues.

## 25

## *La aventura en el jardín de Trianón.*

En la explotación de las ambiciones insensatas de Monseñor Rohan entraban a la parte Bálsamo y Juana hasta las liberalidades continuas y cuantiosas del iluso prelado; pero en el negocio del collar de diamantes había otras personas que dirigían el asunto, y eran el supuesto conde de la Mothe, marido de la Valois, un Villette falsificador, y cierto hebreo de Curasao, Matathías de nombre y comisionista de piedras y metales.

Cagliostro dejaba hacer a Juana su papel en aquella intriga, sin penetrar el fin de la aventura, y absteniéndose de todo paso que pudiera creerse dirigido a inquirirle; porque los bribones tienen su delicadeza particular, ni más ni menos que las gentes honradas. José no se mezcló en aquella farsa de tan escandalosas consecuencias, y por más que la Valois trató de complicarlo en el proceso de París, no pudo realizar sus miras infames, como veremos pronto.

Tuvo la debilidad Monseñor de escribir un billete a la reina, si bien lacónico harto expresivo, pidiendo a la altiva austríaca que se dignase darle licencia para adquirir el collar de Bohæmer, con destino a quien únicamente merecía poseerlo, y de esta arriesgada misiva se encargó la Valois, Iris mensajera entre la orgullosa Juno y el engañado príncipe.

Por una coincidencia cómica el día después de suponer entregada la carta por la aventurera, estuvo la consorte de Luis XVI más esquiva que nunca con el prelado; retirándose éste con la acerba convicción de haber lastimado con su oferta el ánimo de la susceptible dama de la estirpe de los Habsburgos.

Juana consiguió a duras penas distraerlo de la siniestra preocupación que le causara el desdén de su ídolo, y comprendió perfectamente que era necesario intentar algo indi-

recto en favor del cardenal cerca de la reina; atreviéndose a referir a S. M. que el gran limosnero de la corona había dicho que los príncipes de la sangre no tendrían sangre de príncipes si permitían que el collar de Bohæmer no cumpliera el objeto a que se le había consagrado por el artífice de Holanda.

Al otro día María Antonieta estuvo deferente con Monseñor, a fuer de agradecida, y no fué menester más para trastornar al débil juicio de la víctima de tan inicuos engaños. Entonces escribió el diestro Villette la breve y evasiva contestación a la carta del gran limosnero, con la que entretuvo Juana sus impaciencias, dejándole saborear el contexto de una falsificación engañosa de letra y firma de la real cónyuge.

Trasladada la corte a Trianón llevó la condesa otro billete de Monseñor de Rohan, insistiendo en que se le autorizara para poner el collar en manos de la legítima poseedora de aquel prodigio, y esta vez estuvo Villete más complaciente a nombre de la interesada, remitiendo el particular a la hidalguía y a la reserva del Arzobispo de Estrasburgo.

El desalumbrado príncipe creyó volverse loco de alegría al ver el éxito de su propuesta, y poco faltó para que sucediera así cuando le anunció la Valois que aquella noche a las doce en punto y en el bosquecillo frente al pabellón de la reina, aguardase a S. M. que iría a recoger el estuche, no fiándose de nadie en negocio tan delicado.

A esta evidencia de su fortuna el hombre que soñaba con Mazzarino se acordó del apuesto Buckingham y de Ana de Austria, y preparó un traje negro y una capa a la española para su aventura en Trianón, a donde se introdujo aquella tarde en las habitaciones del capellán de servicio.

Antes de sonar las doce, Monseñor, embozado en su capa, llevando el estuche en la diestra paseando inquieto frente al bosquecillo, y agradeciendo a la luna la frecuencia de

sus eclipses en la celajería espesa, que cruzaba el horizonte al empuje de un viento húmedo y frío, observaba azorado si estaba tan sólo como convenía a su proyecto.

Las doce dieron por fin, repetidas por todos los relojes de palacio, y dos minutos después aparecieron dos bultos blancos en la escalinata del pabellón de la reina, y uno de ellos se perdió en el bosquecillo, mientras que el otro permanecía de centinela al pie de la escalinata. El ruido de un traje femenino entre los bojes y espinos de Italia atrajo a Monseñor, desatentado y palpitante, a la entrada del bosquecillo, y a la argentada luz del astro de la misteriosa noche vió ante él, hermosa y confiada en su honor, a la reina más digna de la lisada corona.

—¡Ah señora! ¡Cuánta bondad! exclamó fuera de sí el príncipe, besando con pasión la mano que se abandonaba a sus transportes.

—Es una imprudencia de mi parte, dijo María Antonieta con voz apenas perceptible.

—Tomad, señora, repuso el galán depositando su ofrenda en manos de la regia dama. Permitidme expresar toda la gratitud que me inspira esta confianza en mi reserva.

—Espero que no abusaréis de tal confianza, contestó la reina ruborizada y confusa.

Un ruido cercano hizo separarse a la unida pareja, cambiando un saludo rápido y expresivo. Monseñor permaneció al abrigo del bosque, y la supuesta reina, que era Nicolasa Oliva, amiga de Juana de Valois, se incorporó a la centinela de la escalinata, que era la condesa de la Mothe, directora de todo este enredo.

## 26
## *El paradero del collar.*

A los dieciséis días cabalmente de la entrevista con Monseñor fué citado Minheer Daniel Bohæmer al hotel de Rohan por conducto de la supuesta condesa de la Mothe, y el cardenal-príncipe anunció a su protegido que el collar de diamantes se hallaba en poder de la reina, esperándose una favorable coyuntura para obtener el consentimiento del soberano en esta recatada adquisición contra sus ya manifestadas determinaciones.

El prelado convino en el pago de la alhaja en cuatro plazos, dando un bono de cincuenta mil francos desde luego, que maese cobraría en la administración patrimonial de la familia Condé y firmando obligaciones que guardó el joyero en su cartera, no acertando a agradecer lo bastante el favor que le había dispensado Su Alteza Eminentísima. Exigió Monseñor todavía el más profundo secreto, porque la menor indiscreción podía comprometer los trabajos para vencer la resistencia del monarca, y el holandés prometió solemnemente que por su parte guardaría en el asunto un sigilo confesional; saliendo del palacio del gran limosnero de la corona con la satisfacción del poeta que realiza su bello ideal y con el desahogo del negociante que zanja felizmente un complicado asunto.

El collar, que de las manos de la señorita Oliva pasara a las de Juana en la escalinata del pabellón de la reina en la noche de la aventura en Trianón, cayó en las garras de Andrés de la Mothe, Villette y Matathías; decidiendo los tres cómplices de la condesa llevar a Londres aquella joya para realizarla, distribuyéndose su producto como buenos compañeros; pero antes de partir para la capital de la Gran Bretaña el redomado Villette, en traje de criado de la Real casa, llevó al palacio Rohan en un pequeño azafate de plata tres

tulipanes de Persia, de los que cuidaba por sí misma la esposa de Luis XVI, con la palabra —*recuerdo*— en una finísima vitela y al parecer de la propia mano de S. M.

Monseñor guardó amorosamente aquellas raras y costosas flores, sustraídas al pequeño jardín, que María Antonieta se complacía en cultivar, por la audaz aventurera, que se decía de la sangre real de Francia, y en la intensidad de su alborozo envió a Juana un presente de consideración y una carta, excitándola a venir al hotel para ponerse de acuerdo en los medios de acelerar la resolución del problema, que iba presentando datos en tan alto punto favorables a sus proyectos ambiciosos de amor y de predominio.

María Antonieta había observado en el cardenal Rohan una especie de intención extraña en gestos y en frases que llamó su atención notablemente; pero como no variaban sus hoscas disposiciones hacia el gran limosnero procuró deshechar aquellas ideas; encerrándose en los límites de una reserva absoluta, que parecía al engañado príncipe la exageración del disimulo después del lance en Trianón.

Llegó un día de gala, y la reina se presentó con sus mejores atavíos; pero el célebre collar no brillaba en aquella garganta de cisne, llevando S. M. el de perlas de Ana de Austria, regalo de su augusto hermano Felipe IV de España en las bodas con Luis XIII. Al despedirse de las Reales personas los cortesanos felicitantes, Monseñor habló al rey de la solicitud de un capellán de su servicio, y acercándose a la reina le dijo con extrema concisión:

—Mejor luciría el collar de Bohæmer, señora.

María Antonieta se encogió de hombros por toda respuesta, figurándose que el príncipe purpurado aludía a lo que había dicho sobre costear los príncipes de la sangre el famoso collar, según le contara la condesa de la Mothe; pero le chocó el aire de confidencia de su pariente Rohan, que nunca se había permitido familiaridades de aquella índole.

A todo esto maese Daniel, que no oyó a los cortesanos una palabra de su célebre collar y averiguó que S. M. había lucido el de perlas de procedencia española, aprovechó la coincidencia de remitir unos pendientes, compuestos en su taller, para acomodar en el estuche, menudamente escrito en papel de seda, este atrevido concepto: «*Felicito a V. M. por poseer los mejores diamantes del mundo*».

Hecho comparecer a la presencia de la altiva austríaca e interrogado con severidad acerca del sentido de aquellas inoportunas líneas, Minheer explicó que creía su collar en poder de la reina, y estrechado a decir cuanto supiese por las órdenes apremiantes e irritadas de María Antonieta, el atribulado joyero procuró enmendar su falta, contando todo lo sucedido con una veracidad pródiga en detalles. S. M. oyó el relato del holandés con la ira fulminando en su mirada de diosa del Olimpo, y mandando a Bohæmer que la siguiera, se dirigió en busca del rey, su esposo, haciendo repetir el cuento al joyero delante de Luis XVI, que no interrumpió la relación del artífice con observación alguna; despidiéndole con expreso encargo de callar hasta el momento preciso de publicarse los hechos.

El ministro de policía, llamado con urgencia a palacio, salió con instrucciones del rey acerca del asunto del collar y aquella misma noche fueron llevados a la Bastilla Juana de Valois, la señorita Nicolasa Oliva y el conde de Cagliostro, no siendo encontrados la Mothe ni Villette, que estaban en Londres con el precioso estuche hacía dos días.

## 27

### *El proceder severo de Luis XVI. Encarcelamiento del príncipe-cardenal.*

Disponiéndose Monseñor para ir a palacio a la recepción matinal le fué anunciada la condesa Serafina de Feliciani, que demandaba con urgencia hablar con el prelado, e introduci-

da sin dificultad en la cámara de Su Alteza Eminentísima, contó al atónito príncipe la prisión de su esposo en la noche precedente y el arresto de la Valois, según lo acababa de saber por haber estado en su domicilio antes de visitar al gran limosnero de la corona.

Monseñor disimuló su sobresalto y despidió a Lorenza con la promesa formal de interesarse en la suerte de su marido, informándose de las causas que hubiesen motivado su conducción a la Bastilla; pero una vez solo con su conciencia, reconoció que cuando sus agentes eran perseguidos de aquel modo algo debía resultarle en el particular, si bien no acertaba a explicarse cómo se habrían combinado las circunstancias para un escándalo, en que la misma reina tenía participación si se relacionaba con el collar de Bohæmer.

Entraron a advertirle que el coche le aguardaba, y como a pesar de sus defectos y debilidades circulaba por sus venas la sangre generosa de Condé, Monseñor determinó arrostrar la tormenta alentadamente y recogiendo de un cajón secreto de su pupitre las dos cartas de María Antonieta, que guardó en la cartera de su libro de memorias, salió con el mismo aire de calma bondadosa que de ordinario, bendiciendo a los que se descubrían a su paso hasta el carruaje.

Al cruzar ante el establecimiento de Minheer Daniel el cardenal-príncipe se asomó a la ventanilla, creyendo apercibir en su asiento de costumbre al diamantista holandés, y al llegar a palacio despidió el coche, como si tuviese presentimiento, de que no saldría libre de la regia morada.

En la antecámara del salón de recibimiento advirtió el príncipe ujieres del ministerio, un escribano del Parlamento y dos tenientes de policía de París, que no le hicieron concebir la mejor idea de su seguridad; pero adelantó por entre aquellos hombres, que le saludaban inclinando sus frentes, y penetró en la Real Cámara; bastándole la ojeada primera para conocer que estaba perdido.

La expresión del enojo en el semblante del rey, la actitud desdeñosa de la reina, la asistencia de los ministros, el aire sombrío de los cortesanos, la presencia del jefe de la guardia de corps y la del secretario particular de Luis XVI, revelaron al arzobispo de Estrasburgo que la tempestad iba a estallar inmediatamente sobre su consagrada cabeza.

Monseñor, blanco de todas las miradas, pálido pero tranquilo, se inclinó ante sus coronados deudos, que no le devolvieron el saludo, llegando hasta la mesa en que apoyaba su brazo el rey.

—Señor Cardenal, dijo Luis con acento pausado y vibrante, siento infinito que sean nuestros parientes los que comprometen la honra y el reposo de nuestra familia en aventuras incalificables.

—Dignaos explicaros, señor, contestó el prelado con impasible dignidad en traza y tono.

—¿Quién os ha autorizado, señor Cardenal, a intervenir en el asunto del collar de diamantes de Bohæmer?, preguntó el rey con irritación sorda y mirando al de Rohan fijamente.

—No puedo decirlo, señor, replicó el gran limosnero de la corona con entereza.

—Pues yo os mando que lo digáis, exclamó Luis con imperiosa y fuerte voz. ¿Entendéis, Cardenal? Os lo exijo inmediatamente.

—Pues veo que calla quien debiera impedir este suceso, contestó Monseñor herido en su amor propio por el gesto despreciativo de María Antonieta, leed, señor, estas cartas y sabedlo todo.

Luis XVI tomó ambos billetes, y después de leídos, los dejó sobre la mesa, haciendo una seña a su secretario particular.

—Esa letra no es de la reina, dijo el monarca positivamente, y se necesita ser muy torpe, señor Cardenal, para caer en tan grosera superchería. Las reinas de Francia no firman

su nombre y ahí está firmado: ahí dice María Antonieta, y S. M. por escrito pone siempre, como es de estilo, María Antonieta de Francia.

—Señor, repuso audazmente el Cardenal, la reina misma puede decir dónde y cómo recogió el collar de Bohæmer.

La austríaca hizo un movimiento brusco para levantarse de su sillón; pero la contuvo Luis con una indicación enérgica.

—Quién ha de decir eso es Vuestra Eminencia, respondió el soberano, amenazador y majestuoso en su desplante.

—Y lo diré, señor, apoyó el príncipe sin alteración en su continente grave y resuelto. Diré, pues lo mandáis, que...

—Pero lo diréis al alto Parlamento de justicia, Monseñor, interrumpió Luis XVI levantándose de su asiento; al alto parlamento que os juzgará, como a vuestros cómplices, que aguardan su hora en la Bastilla.

El rey, con su excelsa consorte, salió del salón, seguido de los cortesanos, y el jefe de la guardia de corps se inclinó ante el cardenal, intimándole que se diera preso de orden de la alta Cámara de la justicia francesa.

## 28

### *Las revelaciones de Monseñor de Rohan.*

Tales son los antecedentes del escandaloso proceso ante el Parlamento de París, de que hemos anticipado varias noticias para poner en claro diferentes peripecias de la revuelta y tumultuosa vida de José Bálsamo, conde de Cagliostro, héroe de nuestra leyenda histórica.

Vamos a relatar los episodios más notables de esta memorable causa, con relación a todos los comprendidos en sus actuados y diligencias; siguiendo la loable costumbre de citar las fuentes de nuestras noticias, para testimonio de la veracidad que inspira estas páginas y satisfacción de muchos lecto-

res, que conocen a Bálsamo al través de las libertades fantásticas de la novela o en apologías y sátiras, distantes de una crítica imparcial y desapasionada.

Monseñor de Rohan, arrestado en el mismo palacio de justicia, donde había de reunirse la alta Cámara, lejos de caer herido por la opinión pública al saberse el motivo de su prisión, fué por el contrario objeto de manifestaciones de extraordinaria simpatía de parte de los nobles, descontentos de la corte francesa, de los notables de París, enemigos de la austríaca, y del pueblo, que abraza siempre la causa de los que sufren como él contra los poderosos y los opulentos a quienes odia por eterno instinto; pero el príncipe-cardenal tuvo la delicadeza de substraerse a estos homenajes con una incomunicación absoluta; recibiendo las visitas el abate Renzzi, y haciendo celebrar el santo sacrificio en sus habitaciones, para no aparecer en la capilla, expuesto a curiosidades y demostraciones inconvenientes de pública estimación, que envolvían un voto de censura al proceder severo de Luis XVI y una protesta vehemente contra el influjo de la reina a quien se atribuía un encono tenaz contra Orleanes y Condés, por ser ambas ramas las más populares de la Real familia.

El Prelado reveló todo, menos sus cálculos amorosos y políticos, cuya confesión no habrían arrancado a su firmeza ni los rigores de la tortura, abolida recientemente por uno de los paternales decretos del monarca.

Atribuyó su designio de adquirir el collar de diamantes al deseo de conciliar el gusto de la reina con la escasez de fondos del patrimonio Real a costa de un anticipo que le permitían su caudal y sus rentas, y prefiriendo que se le adeudara este favor a que sirviese a otra dama la prenda, elaborada por el joyero de la Corona para la Real consorte, o a que se entrara en tratos y arreglos con maese Bohæmer por la administración de la Real casa; revelando apuros que no le parecía decoroso publicar, habiendo medios de excusarlo.

Dijo respecto a la condesa de la Mothe que como agente de la beneficencia particular de María Antonieta, Juana solía entenderse con el gran limosnero, y que por esta mutua relación la había escogido para transmitir a S. M. la oferta respetuosa del collar de diamantes, reiterada en otro billete que mereció contestación benévola, traída por la complaciente intermediaria en este negocio. La cita en el bosquecillo de Trianón la disfrazó hábilmente el Cardenal, suponiendo que la reina y la condesa vinieron juntas al encuentro de Su Alteza Eminentísima, y que excepto la hora y el sitio, pasó en la entrevista lo que hubiera pasado en cualquiera de las salas de recibimiento del palacio Real en mitad del día.

Salvó noblemente la responsabilidad del conde de Cagliostro en este asunto, reconociendo los servicios que en Estrasburgo y París le había prestado este eminente personaje, como médico, orientalista, físico de peregrino saber, hombre de consejo y experiencia, y apeló a las declaraciones de Bohæmer para comprobar que no había hecho misterio alguno sobre los efectivos móviles de la adquisición del collar, porque ni a su estado, ni a su carácter convenían procedimientos que desmintieran la lealtad y la honradez de su conducta.

## 29

### *La Memoria justificativa de Cagliostro.*

El conde Cagliostro, inculpable en el robo del collar, reflexionó que en un proceso de Estado su figura iba a constituir un episodio, y resolvió entonces realzar su nacimiento, sus aventuras y su parte en aquella causa, tanto para ofrecerse más interesante a la curiosidad del pueblo de París, cuanto por la persuasión de que faltarían el ánimo y el tiempo de justificar sus novelescas aseveraciones. La historia, que dejamos contada en el capítulo 7 de la parte primera de este libro, no solamente la consignó en el proceso, sino que la hizo

publicar a sus defensores en una *Memoria justificativa,* costeada por la logia madre de París en edición lujosísima, con su retrato, lemas laudatorios, escudos, emblemas y hasta atributos de masonería.

Los enemigos encarnizados de José Bálsamo, que le imputan complicidad en el robo de los diamantes, han escrito que relajando el orden rígido de la Bastilla, estuvo en inteligencias exteriores para eludir los cargos del proceso con noticia de otras declaraciones; pero esta es una falsedad evidente, y nadie que conozca algo los caracteres inflexibles de los señores Delaunay y Chesnan, jefes de aquella sombría fortaleza, admite como probables esas consideraciones con el siciliano, quien desde Londres produjo una queja al rey contra ellos, acusándolos de haberle intervenido ropas y alhajas, que para él remitieran a la Conserjería sus amigos y afectos en la capital del reino francés.

## 30

### *Las inculpaciones a Cagliostro de Juana de Valois y la confesión de la Srta. Oliva.*

Juana de Valois, viéndose perdida y figurándose que Cagliostro hubiese influído algo en la complicación de la señorita Oliva en el proceso, que no podía prevenir de indicaciones de la reina ni del príncipe Cardenal, quienes no tenían noticia de su existencia, se empeñó en arrastrar a Bálsamo al fondo de la sima en que yacía por la inconcebible audacia de permanecer en París después del robo del collar.

Sus citas falsas, sus inculpaciones vengativas y sus ataques enconados al Gran Cofto del rito egipcio, obligaron a los jueces instructores a una diligencia de careo entre la fingida condesa y el falso conde, y en el curso de este abocamiento la serenidad de José y la destreza con que deshacía los cargos gratuitos de la aventurera, exaltaron a ésta de tal mo-

do que cogiendo de la mesa un candelero, se lo arrojó a la cara en el colmo de su furia.

Es creíble lo que indica Bálsamo acerca del apoyo que prestó el Gran Oriente de París a la supuesta Valois, en odio a la cordial inteligencia de José con su émula constante, la antigua logia matriz de la metrópoli; persuadiendo la verosimilitud de esta versión las ediciones de la *Defensa de Juana de Valois,* en que se desataban contra el conde los abogados de aquella mujer impudente, y del voluminoso folleto, *Mi correspondencia con el conde de Cagliostro,* escrito incendiario, cuyos antecedentes daría en buenahora la cínica procesada; pero su confección, tendencias y estilo, acusan la intervención de uno de esos libelistas, que tanto abundaban en París, vendiendo lastimosamente su ingenio y facilidad a la maledicencia y al oprobio, a sueldo de la malignidad y de la saña.

La señorita Nicolasa Oliva, dama libre como se decía en aquel proceso, cantó de plano a la primera entrevista con sus jueces; hablando de Andrés de la Mothe, de Villette y del hebreo Matathías, su último amante, y explicando con su presencia más que con sus relaciones el papel de reina que había desempeñado en Trianón, engañando a Monseñor de Rohan el asombroso parecido de la dama libre con María Antonieta de Francia, que sorprendió en extremo al público al verla en el banco de los acusados entre Juana de Valois y el conde de Cagliostro.

## 31

### *El fallo del Supremo Tribunal en el proceso del collar de diamantes.*

El proceso Rohan fué el tema de todas las conversaciones durante los dos meses de su activa instrucción, y al constituirse el supremo tribunal en audiencia pública hubo que tomar

multitud de precauciones para impedir tumultos en la sala y en sus contornos por no caber la masa de espectadores, ávidos de presenciar tan animados como curiosos debates.

Monseñor se presentó con hábitos morados, que es el luto del traje cardenalicio, y tomó asiento en un sillón, colocado a la derecha del Parlamento; causando una sensación de agrado general la reserva digna de su continente y su mesura en obras y palabras.

El conde Cagliostro, astuto y observador por naturaleza y estudio esmerado, guardó una solemnidad impasible en su puesto, que le conciliara el aura popular en los tres días de vista pública, y ni cuando sus defensores hacían su panegírico en son de uniforme forense, ni cuando los abogados de la Valois le dirigían violentos apóstrofes, le hizo traición aquella calma imperturbable, tan admirada por los concurrentes.

La condesa de la Mothe se olvidó enteramente del papel de nieta de Francisco I para convertirse en mujer indignamente vulgar; repugnante a sus jueces y antipática al concurso, que acogía con murmullos de reprobación unánime sus alusiones sangrientas al cardenal, sus improperios a Bálsamo, y sus irreverencias frecuentes al lugar y al acto.

La señorita Oliva, ya parecía avergonzada de su situación, ya se animaba un tanto hasta mirar hacia el público, o ya atendía embebecida a los discursos de los defensores.

La alta Cámara cerró los debates, y tras de una deliberación secreta de más de dos horas, volvió a su puesto a publicar su sentencia inapelable, absolviendo libremente y con públicas indemnizaciones a Monseñor el gran limosnero de la Corona, declarándolo en plena libertad; condenando a Juana de Valois, en su persona, a Andrés de la Mothe, Villette y el judío Matathías, caso de ser habidos, a la marca de la flor de lis en la espalda y prisión perpetua; absolviendo de todo cargo al conde de Cagliostro, y desterrando del reino, bajo apercibimientos de perpetua reclusión a Nicolasa Oliva.

El inmenso público aplaudió el fallo; saliendo en triunfo de la audiencia el príncipe y el gran Cofto de la masonería egipcia.

## 32

*Atmósfera subversiva contra los fueros soberanos. Monseñor de Rohan pide licencia temporal a Luis XVI. Exagerados agasajos a Cagliostro ocasionan su destierro.*

Monseñor fué recibido en el hotel Rohan por sus numerosos parientes y cuantos nobles no constituían el círculo áulico, después de los víctores y aclamaciones del pueblo por todo el tránsito hasta su domicilio, y personas que nunca habían demostrado simpatías al príncipe-cardenal se apresuraron a enviar sus tarjetas de felicitación al que suponían víctima de rencores de aquella *austríaca*, tan digna de aprecio por sus dotes y prendas y tan aborrecida en Francia por los influjos perniciosos en la opinión pública de libelos, falsas anécdotas y amañadas historias.

Los parientes de Monseñor, correspondiendo a la prez de su generosa estirpe, retiraron las obligaciones del gran limosnero de la corona de poder del joyero alemán, pagando los dos millones a prorrateo y haciendo entrega de la carta de lasto de Minheer Bohæmer al prelado, absuelto libremente por la alta Cámara de justicia.

La corte sintió vivamente el golpe recibido con el fallo del Parlamento, que en su deferente conducta con el arzobispo de Estrasburgo, durante la instrucción de la causa y en la audiencia pública, demostró un espíritu de hostilidad a las pretensiones de palacio, encubierto con el principio de independencia de la administración de justicia, e influído poderosamente por aquella atmósfera de subversión contra los fueros soberanos, que preparaba la inminente revolución social y política de Francia y de Europa.

Monseñor, bien aconsejado por sus deudos de la rama de Condé, pidió en solicitud respetuosa a Luis XVI tres meses de licencia para visitar su diócesis franco-alemana, tanto tiempo huérfana de su pastor, librándose de aparecer triunfante en la regia morada o de servir de pábulo a oposiciones violentas contra la corte de ciertas clases de la efervescente capital del reino.

El permiso del rey no se hizo esperar, y la audiencia de despedida de Monseñor fué afectuosa por parte del monarca, que no había nacido para tipo de tesón navarro como el Cuarto Enrique, ni para ejemplo de entereza intransigente como Luis XIV. La reina fingió una indisposición de su excelente salud para excusarse de recibir al príncipe-cardenal, que contento de no ser recibido, transmitió a S. M. por conducto de su camarera mayor, la princesa de Lamballe, los sentimientos de adhesión respetuosa que la etiqueta puso en los labios del resentido Arzobispo de Estrasburgo.

La condesa de la Mothe, Juana de Valois, odiosamente presentada al público por las diligencias y testimonios del proceso como una miserable aventurera, ingrata a los beneficios y atenciones de la reina y de Monseñor de Rohan, calumniadora del conde de Cagliostro y de la condesa Serafina de Feliciani a quienes debía particulares obligaciones, falsaria, ladrona, y pública disfamadora en Memorias y folletos de personas respetables y apreciadas en París, sufrió la marca en la espalda por mano del verdugo, llamado en estilo curial francés *ejecutor de altas obras* (executeur des hautes oeuvres).

Entre los testigos de la supuesta condesa contra Bálsamo pareció poco honrosamente Monsieur Duplaisir, antiguo amante de Lorenza; permitiéndose revelaciones y detalles, que le hicieron representar mala figura entonces, y recomiendan su memoria al escarmiento de las faltas de delicadeza y de los extravíos a que conduce una innoble venganza.

Juana fué trasladada a una casa de reclusión en Tolosa.

donde permaneció tres años, sometida al régimen común de las penadas, y debió atreverse a implorar gracia de la misma dama excelsa, cuyo honor había comprometido en la aventura del collar de diamantes, cuando refiere Julio de Saint-Félix que una influencia elevadísima hizo que entregándole una suma de cierta importancia y poniéndola a la puerta de la prisión, encargase el jefe del establecimiento a la aventurera que ni tornase a Francia, ni diera que hablar de su persona en el extranjero.

La señorita Oliva, cuyo pasmoso parecido con María Antonieta había circulado como noticia rara por todas las provincias del reino francés, habría sido objeto de tumultuosa curiosidad en su viaje hasta la frontera si no se hubiese prevenido tal inconveniente en el itinerario, en los medios de transporte, en las horas de camino y en los puntos de descanso. La dama libre, una vez en la frontera, desapareció en esa ola del piélago de la vida, que arrastra al abismo las existencias nómadas y los seres incondicionados.

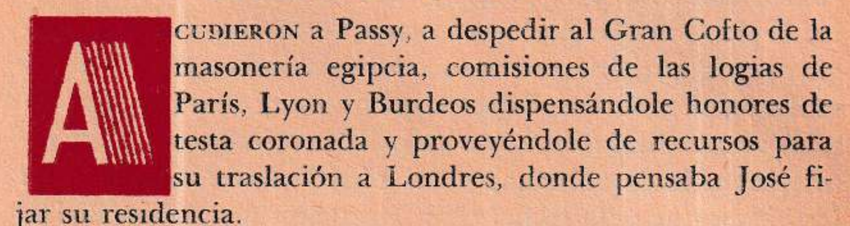
El conde de Cagliostro no tuvo la precaución de sustraerse, como hizo Monseñor de Rohan, a los exagerados testimonios de los enemigos de la corte, y la apoteosis rayó en tan ruidosos extremos, con iluminaciones, banquetes, limosnas de pan y otras celebridades del propio jaez, que el ministerio comunicó al siciliano la orden de evacuar a París en el término de veinticuatro horas y salir de los dominios de S. M. Cristianísima en el improrrogable de tres semanas. Como José Bálsamo no era príncipe de la sangre, ni dignatario francés, ni súbdito siquiera de Luis XVI, entendió que no había recurso contra la Real orden y tuvo por conveniente obedecer, a pesar de las excitaciones en contrario de sus íntimos y secuaces.




# TERCERA PARTE

## 1

*Lo verosímil en lo expuesto por Cagliostro en su proceso de París. Una instancia calumniosa.*



ACUDIERON a Passy, a despedir al Gran Cofto de la masonería egipcia, comisiones de las logias de París, Lyon y Burdeos dispensándole honores de testa coronada y proveyéndole de recursos para su traslación a Londres, donde pensaba José fijar su residencia.

Cediendo Bálsamo a esa glorificación vanidosa, que tanto contribuyó a frustrar sus mejores planes y produjo al fin su ruina, hizo consignar en el proceso ante el Santo Oficio romano los proyectos de sus amigos para resistir abiertamente a la orden de destierro que se le comunicó en París; pero no es preciso rebatir una especie, que hasta en oferta no pasaba de una insensatez, sin término alguno de realización por aquella época.

Las afiliaciones numerosas de mujeres y hombres al rito egipciano, que cuenta el aventurero en la antedicha causa, son más que verosímiles en un pueblo tan impresionable y afecto al ruido como el francés, y bastó a la fama de Cagliostro el complemento de extrañado del país por orden del rey para que el semidios frisara en la altura de Júpiter Olímpico; estimulando el culto y sus ofrendas la necesidad de abandonar el territorio que se impuso al propagador de la secta de Jorge Cofton.

Ya en Londres José y Lorenza, y con un capital en numerario, alhajas y ropa, se ocupó el conde en la satisfacción

de una venganza ruin contra los pundonorosos militares Delaunay y Chesnan, jefes de las prisiones de Estado de la Bastilla, dirigiendo al rey una queja contra ambos por suponer un secuestro de joyas y vestidos en fraude punible de su propiedad.

La querella pasó al consejo de S. M. con urgencia, y los oficiales de la Bastilla presentaron para demostración de la impostura de Cagliostro un inventario de su puño y letra, cual se dice en lenguaje curial, que se le exigiera de cuanto le había sido enviado durante su estancia en la prisión; un registro por justicia de cuanto existía en la casa-morada del siciliano, firmado por Lorenza y dos testigos a su ruego; un recibo en el libro de solturas de hallarse reintegrado de cuantos efectos le pertenecían, y una escritura de satisfacción de los bienes que se le embargaran, devueltos por su absolución en el proceso Rohan.

La instancia de Cagliostro fué declarada calumniosa por sentencia del consejo, y el gacetero Morand publicó en el *Correo de Europa* un testimonio del expediente en que se comprueba este episodio, nada honorífico para la memoria de José Bálsamo.

## 2

### *La profética* Carta al pueblo francés, *de Cagliostro.*

Había prometido Cagliostro a sus parciales que no dejaría impune lo que llamaba atentado del gobierno francés contra su persona, y en cumplimiento de su promesa y al estímulo del ansia de celebridad que le acosaba sin tregua de reposo, redactó su notable *Carta al pueblo francés,* escrito de pensamientos tan audaces y formas tan desembarazadas, que hubo resistencia a imprimirla en varias oficinas tipográficas de Londres, hasta encontrar un editor, bastante atrevido para prestarse a sacarlo a luz, poniéndole en circulación por las primeras capitales europeas, cual pretendía José para ase-

gurar su venganza, correspondiendo al par a la oferta de un manifiesto ruidoso.

La carta lleva la fecha de 20 de junio de 1786, y su autor ha dejado reconocido en el proceso de Roma que se harían de ella cuatro ediciones de a cincuenta mil ejemplares cada una; remitiéndose por correos, comisiones, en fardos, y por agentes misteriosos, a todos los pueblos del continente en que existían sociedades secretas.

En esta carta, demasiado extensa para trasladarla aquí, y harto peregrina para producirla en partes de su texto originalísimo, se estudia el reflejo de las tareas recatadas del iluminismo alemán, de la masonería moderna de la estrecha y menor observancia, de las sectas y los ritos de propagandas tenebrosas, conformes en minar los fundamentos de las sociedades antiguas a costa de una serie de impulsos, que preparasen el rudo empuje de las fuerzas acumuladas.

Para el que estudie, como yo he tenido que hacerlo, las revelaciones de Cagliostro a los inquisidores romanos sobre instituciones secretas, orden y fórmulas de conventículos masones, la *Carta al pueblo francés* es el relámpago siniestro de una tempestad que avanzaba, sombría y muda, en el horizonte político.

Lo más admirable en este escrito es sin duda el anuncio de una revolución profunda y próxima en los dominios de Luis XVI; explicando las iniciales amenazadoras L. P. D. *(lilia pédibus destrue);* precisando la convocación de los antiguos estados generales; determinando la abolición de feudales privilegios y exenciones de cargas públicas; vaticinando la destrucción de la Bastilla; fijando su reducción a paseo público, y adelantándose, en fin, con profético espíritu a sucesos, que han venido a corroborar predicciones, que no se ocurren por cálculo con tanta circunstanciada exactitud.

## 3

### *Morand, enemigo terrible de Cagliostro. Un cartel de escándalo en París.*

Se imprimía en Londres una gaceta, intitulada *El Correo de Europa,* dirigida por Jerónimo Morand, uno de los publicistas más distinguidos de su época; persona muy considerada en la capital del Reino Unido y de grande reputación en el extranjero por la circulación extensa y autorizada de su revista, que era el *Times* de entonces.

Morand podía conceptuarse el tipo del periodista, con todas sus cualidades y todos sus defectos: fecundo, fácil y familiarizado con el público, cuyos gustos conocía como nadie; ampliamente instruído; informado siempre de todo y rebuscador infatigable de novedades curiosas; talento de inagotables recursos y estilo alternativamente sereno y apasionado; pluma igualmente apologética que satírica; polemista diestro y narrador atractivo; carácter vehemente en sus amistades y odios; consentido por la boga de su importante publicación y dispuesto a mantener el crédito de su periódico a todo trance y sin retroceder de su terreno por ninguna consideración ni contrariedad.

El director del *Correo de Europa* era un enemigo temible que Cagliostro debía haberse abstenido de provocar, teniendo en su vida tantos lunares, y sabiendo que Morand no era hombre de pararse en barras para hacer uso de los datos históricos, que podían rebajar tanto el nivel de su orgullosa preponderancia y los humos de su engreimiento vanidoso.

Morand, como toda celebridad legítima, miraba con hosca prevención las reputaciones enfáticas y las notabilidades sospechosas; pero en la vida del periodismo se prescinde, sin transigir con ellas, de personas y cosas que desagradan o repugnan, absteniéndose de choques continuos y enfadosas cuestiones, que sólo se aceptan cuando no hay otra alternativa.

*El Correo de Europa* se había ocupado del conde de Cagliostro en sus correspondencias de París y con relación al asunto del collar de diamantes, y como tenía Morand un servicio de agentes activo y bien remunerado, recibió la *Memoria justificativa* de los abogados de José, la defensa de Juana de Valois, el folleto *Mi correspondencia con el conde de Cagliostro* y una nota detallada de los debates en el Parlamento; relatando la ocurrencia con minuciosos datos, y en sentido algún tanto receloso contra aquel conde italiano y aquella condesa, última de la raza de los Valois, complicados con el gran limosnero de la corona en una causa donde a través de intrigas y extraños lances resultaba substraída una alhaja de gran valor, comprometiendo el honor de la reina de Francia. Bálsamo, ofendido por la fórmula con que *El Correo de Europa* le confundiera en una comunidad de desconfianza con la aventurera Juana de la Mothe, y picado al ver que su prosopopeya y nombradía no habían producido efecto en el ánimo cauto y en la irónica índole de Morand, se expresó respecto al publicista inglés con una acritud y un menosprecio tan insultantes que hubieron de llegar las noticias al interesado por varios conductos; contentándose el gacetero con mortificar en despique al que se ocupaba de su persona con tanta violencia y afectación de soberano desdén.

Había contado Cagliostro en sus relatos frecuentes de costumbres orientales que los moradores de Medina en la Arabia, molestados en sus salidas de la ciudad por leones, tigres y leopardos, engordaban cerdos con pastos, saturados de arsénico en proporciones graduales, hasta que completamente cebados los echaban a los bosques del radio de la población, exponiéndolos a la voracidad de las fieras. Estos cerdos, devorados por leopardos, tigres y leones, servían así a los medinenses de morcillas ponzoñosas, como las empleadas en la extinción de perros vagabundos por las administraciones municipales en el rigor de la canícula, y los cadáveres de

los pobladores de las antiguas selvas testimoniaban a los envenenadores de la ciudad árabe el éxito de su idea y el triunfo de su ingenioso procedimiento.

Morand escribió un delicioso artículo con el epígrafe de *Los cerdos de Medina,* sacando un partido cómico incalculable de estos pobres gruñidores y patihendidos, proscritos por las leyes de Moisés y de Mahoma, y utilizados por los musulmanes de Medina en píldoras toxicales de las fieras; excusando batidas y algaradas, más en carácter que la química entre aquellos pueblos rudos y belicosos. Al final del artículo, y por vía de protesta de veracidad incuestionable de tan graciosa relación, se citaba a Acharat, el hijo de la naturaleza, por otro nombre Alejandro, conde de Cagliostro, aludiendo a la historia de que su infancia y juventud en Oriente contara Bálsamo al Parlamento de París; y haciendo constar que era él quien refería la original manera que tenían en la Arabia de desembarazarse de vecinos incómodos.

Fuera de sí el Gran Cofto del rito egipciano con la acerada burla del gacetero, hizo imprimir un cartel, desafiando a Morand a comer juntos el 9 de noviembre un lechón nutrido con arsénico y asado en el horno con su propia grasa; apostando quinientas guineas a que el periodista tendría la suerte de las fieras de Medina, mientras que Bálsamo no experimentaría la menor alteración en su salud. Este cartel grotesco llevaba la fecha de 3 de septiembre de 1786 habiendo circulado profusamente por Londres, con el consiguiente escándalo.

## 4

### *Morand se mofa del desafío, y Cagliostro huye de Londres.*

Morand era un hombre de corazón a la vez que de inteligencia, y no tenía que renovar en Londres sus pruebas de valor en los percances, anexos a la profesión de periodista; pero este duelo *a lechón envenenado,* como él decía en *El Co-*

rreo de Europa* con su gracejo habitual, era tan excéntrico, tan ridículo y tan poco leal por otra parte, que aun llevado a efecto por una incalificable extravagancia, no probaba absolutamente nada de lo que explica el desafío, ya que no justifique la continuación de ese legado de la barbarie.

Claro es que el director del *Correo de Europa* no aceptó el reto; mofándose del cartel del conde con una serie de consideraciones chistosísimas sobre la esgrima del tenedor y el cuchillo, el plato del honor, las digestiones paralelas de los contendientes, y la apuesta que se jugaba a la muerte o a la vida como a pares y nones en el paño de la ruleta.

Exacerbado el enojo del aventurero y continuando su imprudente plan de reducir al silencio a su enemigo, hostigándole sin descanso y exponiéndole a la publicidad personal más agresiva, hizo imprimir otro cartel, fechado el 11 de noviembre, noticiando al pueblo británico que el célebre gacetista había rehusado admitir su desafío, creyendo preferible la zumba de los juglares a la muestra de intrepidez de los ánimos superiores. El pueblo inglés tiene demasiado buen sentido para confundir las arlequinadas con las exigencias del decoro en señaladas ocasiones, y Bálsamo erró el golpe esta vez, porque la opinión pública encontró racional y procedente la negativa del escritor a la propuesta de tan inusitado y burlesco lance.

Morand cayó entonces sobre el ensoberbecido italiano como el águila poderosa sobre una presa; armando su talento con todos los informes de la vida turbia y cenagosa de su insolente adversario; desenmascarándole con una franqueza abrumadora; produciendo nuevos testimonios de los cargos contra su probidad, costosamente adquiridos; descubriendo sus trampas en todas partes; revelando sus flaquezas conyugales, sus explotaciones de crédulos, de maníacos, y la falsedad de los títulos nobiliarios, usados en diferentes países por el aventurero de Sicilia.

Bálsamo intentó defenderse de las primeras agresiones; pero aquella cascada asordadora e interminable que caía sobre su cabeza le arrebató en su torbellino, ahogando su voz, inutilizando su pluma y concluyendo por hacerle huir de Londres como un criminal descubierto.

5

Carta al pueblo inglés, *de Cagliostro.*

Al iniciar *El Correo de Europa* los ataques contra la existencia vaga y trapacera de Bálsamo, ilusionado éste por el éxito de su carta al pueblo francés y deseoso de una circulación de su réplica a Morand, que nivelara la extensión de la Revista de su enemigo en todas las naciones cultas del universo, escribió una *Carta al pueblo inglés,* incluyendo los carteles susodichos; procurando desmentir hechos, como el arresto de Lorenza en la reclusión de Santa Pelagia y la prohibición del ejercicio de la medicina que se le impuso en París; negando su viaje a España contra el testimonio del cirujano M. Sachy, ratificado por el testigo inglés desde Estrasburgo; atribuyendo la guerra que le hacía la revista británica a ruines motivos, y atacando la honra y el crédito de un hombre, como Jerónimo Morand, independiente por carácter y posición, universalmente reconocido por el primer publicista de su época y halagado por los gabinetes de Europa en razón a la respetabilidad de su periódico entre todas las gacetas, correos, diarios, revistas, semanarios y quincenas de las primeras capitales de nuestro continente.

Esta carta obtuvo un resultado negativo para el extraviado Cagliostro, contribuyendo a hacer más publico el análisis de sus aventuras por la pluma incisiva y despiadada del escritor, cuyas iras había tenido la imprudencia de concitar con sus temeridades; no pareciendo obras de un autor mismo las dos cartas al pueblo francés y al anglo.

Sus locos dispendios, la fastuosidad con que se había acostumbrado a vivir, y el despego de los ritos masónicos, escocés de York y moderno, hacia la secta egipciana, habían obligado a José a contraer deudas en Londres, donde las comodidades y el lujo costaban más caro que en todas las cortes europeas, a excepción de San Petersburgo.

Morand supo la cuantía de estas deudas y hasta el número de los acreedores, y sus indicaciones en el particular levantaron tal polvareda que si se descuida el siciliano en sacar sus efectos y en poner en salvo su persona, vuelve a conocer aquella prisión de deudores de donde le sacara la conmiseración del irlandés Mister John O'Dailly para que en recompensa de tal beneficio llevara a su casa el deshonor de su enferma y malaventurada hija.

## 6

### *Decae la feliz estrella de Cagliostro.*

Sin que tengamos más apoyo en esta conjetura que la atenta observación del curso de los sucesos en lo que resta de la biografía de José Bálsamo, diremos que el masonismo empezó a volverle la espalda, retirándole aquella ayuda eficaz de recursos, relaciones e influencias, a cuya sombra hizo tan prominente figura en las primeras capitales de Europa; bien motivara este desvío la publicidad escandalosa de las aventuras de José en la gaceta de Morand; bien conspirasen a prevenir el ánimo de las logias contra el aventurero los efectivos superiores de la masonería laborante, Jiménez, Falk, Svedimburg, y demás jefes templarios, que no hacían al iluminismo palanca de apariencias y de fortuna, trabajando en el misterio y en la oscuridad en pro de los fines de las asociaciones secretas a que presidían.

También contribuyó al decaimiento de la feliz estrella del supuesto conde la atención particular de los gobiernos, fija en el expulso de Francia por orden de S. M. Cristianísi-

ma, y no agravaron poco esta actitud de los gabinetes los incendiarios artículos del *Correo de Europa,* denunciando con harta y sutil transparencia la especie de misión política que llevaba al conde de país en país, sin fijarse en ninguno y produciendo en todos una sorda fermentación, como huella perenne de su siniestro paso.

La saña de Morand no quedó saciada por la fuga de Bálsamo de la capital del Reino Unido, y noticioso de que el aventurero se encontraba en Basilea, ocupado en fundar una logia matriz de su rito en los cantones helvéticos, habiendo dejado en Bienne a Lorenza Feliciani, comisionó a un agente, astuto y listo como era de desear para el caso, a fin de que obtuviese a cualquier precio revelaciones nuevas de fechorías y desconocidos lances del siciliano, adquiriendo comprobantes, a ser esto posible; debiendo manifestar que la romana oyó semejantes proposiciones, y aun dijo algo para probar si eran reales las promesas de su corruptor.

Avisado José por el dueño de la fonda, en que paraba la condesa Serafina, de que había novedades de mal cariz, vino a tiempo de frustrar los planes del agente inglés, que trataba de añadir su nombre a la lista de los Agliata, Pereira, Bivona, Duplaisir y Potemkin, como el mejor expediente para introducirse en la absoluta y plena confianza de la frágil calderera.

## 7

### *El Evangelio del conde Cagliostro.*

En Aix adelantó poco nuestro héroe, según confesión de Lorenza a los inquisidores romanos, porque los severos edictos de las autoridades de Saboya contra las juntas de francos-muratores habían producido la clausura de dos logias, extrañándose de la ciudad cautamente ocho o diez extranjeros que fomentaban las tareas masónicas en la población.

Habiendo recibido letras de sus hijos de Lyón con un

socorro de importancia, Cagliostro se dirigió a Turín; pero no bien instalado en una de las mejores fondas de aquella corte, la policía le comunicó orden de destierro, con la circunstancia de ruta forzosa para el punto que fijara inmediatamente, a fin de expedirle sus pasaportes. José pidió pase para Roveredo, y a las veinticuatro horas de recibido salió de Turín; habiendo podido averiguar que el encargado de negocios de la corte de Francia era a quien debía aquel extremado rigor; obrando el gobierno a excitación suya y en virtud de sus repetidas reclamaciones contra el autor de la *Carta al pueblo francés*.

En Roveredo, vigilado muy de cerca, tuvo José que recurrir a su antigua especialidad médica para sufragar sus gastos sin detrimento de sus prendas de valor, vendidas y empeñadas ya algunas para el pago de deudas y costes de viajes. Algo se extralimitó el buen médico en su conducta cuando por orden de S. M. Imperial José II se le prohibió severamente el ejercicio de la medicina, y dos meses después se le expulsó del país en un término angustioso, tal vez por instancias de la embajada francesa, o quizás por espontánea aversión de un príncipe, que como tan próximo deudo de María Antonieta no podía mirar bien a uno de los procesados por la alta Cámara en el asunto del collar de diamantes.

Cagliostro escribió un pequeño volumen en idioma latino, que no me he podido procurar, titulado: «*Liber moralis de Calleostro dum esset Rovoreti*», parodiando el estilo de los evangelios, y burlándose de las costumbres y tipos de Roveredo con alguna oportunidad. En el extracto y relación de la causa del siciliano ante el Santo Oficio se habla de este volumen impreso, comunmente llamado el Evangelio del Conde Cagliostro; determinando que lo reconoció por suyo, aunque vituperando su estilo por satírico y mordaz en demasía.

## 8

## *Apercibimiento de Cagliostro en Trento.*

Cada vez más estrechado por la falta de recursos, dejando en los montepíos y bancas de préstamos las mejores alhajas suyas y de su mujer, dificultosas las subvenciones de las logias francesas, cansadas de tantos donativos al Gran Cofto del rito egipciano, infinitamente expuesta la propaganda masónica en toda la península italiana, y espiado con perseverancia donde no se le desterraba con término afanoso, obstinábase el conde en creer pasajera una tempestad terrible, de que había de ser víctima por su presunción e imprudente confianza.

Llegó a Trento, y sabedor de la sencillez candorosa del Obispo-príncipe, feudatario del imperio alemán, se propuso crear una logia de su secta en aquella ciudad insigne en la historia del catolicismo; prometiéndose atraer con la doble vista de las sonámbulas, las evocaciones espiritistas y las sesiones adivinatorias, a esos espíritus ávidos de la novedad que afrontan los mayores peligros por saciar su hidrópica sed de sensaciones desconocidas.

No había logrado aun iniciar la primera sesión, teniendo en preparativos la sala de las reuniones, cuando llamado por Su Alteza Ilustrísima, se le notició por el secretario de la mitra coronada una carta imperial, extrañando José II la libertad que en Trento disfrutaba un hombre tan audaz, peligroso y notado, como el que había comprometido en un proceso a Monseñor de Rohan; encargando al Obispo-príncipe que le vigilara sin pérdida de tiempo, excusando expedirle pase para los dominios de S. M. I. de que estaba desterrado inexorablemente.

José sintió agudo escalofrío al conocer el tesón con que se le cerraba el paso a Alemania, único refugio en su situación excepcional; pero juró al secretario de Su Alteza Ilus-

trísima que se le había calumniado horriblemente, y que los enemigos de la insigne casa de Condé le hacían pagar a este precio su adhesión y su cariño hacia los esclarecidos príncipes de aquella rama de la Real familia francesa.

El secretario del Obispo-duque advirtió terminantemente a Cagliostro que antes de la Carta imperial se habían recibido avisos y denuncias de que tramaba algo en Trento, y como un Estado eclesiástico tenía más estrechos deberes que otros Estados políticos, le apercibía que de resultar ciertos tales anuncios podría pesarle la tentativa a proporción de la inusitada franqueza con que se le advertía previamente.

## 9

## *Cagliostro abjura de su afiliación a instituciones condenadas por el Vicario de Cristo.*

Lorenza había enfermado desde su arribo a Italia, pintándose en el amarillo color de la ictericia, y en la congojosa pasión de ánimo que la abatía hasta el punto de inspirar temores su existencia, no hablaba más que de Roma, de su familia, de volver a su patria y renunciar a correrías incesantes, que se iban haciendo penosas cuando no imposibles.

Bálsamo reconocía que su esposa tenía razón; reprendíase interiormente su falta de prudencia en no haber desaparecido de la escena del mundo para reaparecer más tarde sin peligro; calculaba que cerrados a su tránsito los reinos de Saboya, Austria y Francia, no tenía salida más que a los Estados pontificios; pero sabía José que allí iba a celarse su conducta con sumo cuidado, si es que se le admitía en los dominios de la Iglesia.

Persuadíase el falso conde de Cagliostro que todavía era tiempo de eclipsarse para tornar a lucir, y en esta persuasión nada discreta convino con la Feliciani en procurarse los medios de restituirse a la capital del orbe católico; prometiéndo-

la emprender otro orden de vida, que entregara al reposo y al bienestar unos días, substraídos a las perturbaciones de su agitada existencia.

Noticioso Bálsamo de que el Obispo-príncipe de Trento disfrutaba por concesión particular de la Sede Apostólica jurisdicción para absolver de su culpa y alzar la excomunión a los francmasones, relajada en favor suyo la reserva al Romano Pontífice de la bula *In eminenti* de Clemente XII, solicitó por conducto reservado la confesión en penitencia de Su Alteza Ilustrísima, y se reconcilió con la iglesia al parecer, abjurando de una afiliación a instituciones, condenadas por el Vicario de Cristo.

El buen duque-prelado quedó altamente satisfecho de aquella vuelta al redil de una oveja, descarriada por tanto tiempo y por tan malos caminos, y no sólo otorgó al converso cartas comendaticias, que testimoniaran su regreso feliz al místico rebaño por una confesión general de sus pasados extravíos; sino que llevó su paternal bondad hasta recomendarlo al cardenal, secretario de Estado, para obviar todo género de inconvenientes respecto a su residencia en Roma; costeándole la traslación al saber que le faltaban medios para el viaje.

Lorenza dijo en el proceso inquisitorial que al contarle su esposo el partido que había sacado del Obispo-príncipe de Trento añadió: «*¡Qué bobo es el tal sacerdote, y cómo he conseguido embaucarlo!*»

## 10

## *La clave del proceder de Cagliostro. Rebelión de la Feliciani.*

Tocando nuestra historia a los precisos términos de su desenlace, y bastante animada la narración de tan originales excursiones para que se extrañe un alto en el relato, a fin de fijar oportunas y conducentes ideas, vamos a poner en relieve la situación de Bálsamo y de la Feliciani antes de su regreso a

Roma, último y desastroso teatro de sus excéntricas aventuras. Así precederá al resto de tan peregrina historia una exposición de curiosas y significativas circunstancias, que no sólo abrevien la relación de futuros sucesos, sino que eviten interrumpir el curso de los hechos ulteriores con datos y antecedentes, condensados en estas reflexiones preliminares.

Desde su salida de la metrópoli católica por excelencia, los esposos Bálsamo, que comenzaron sus correrías a expensas del fingido marqués de Agliata, se mantuvieron a costa de multitud de industrias más o menos culpables; alternando el lujo con la miseria; pasando de las privaciones al fausto; independientes hoy, para suscribir mañana a una sumisión inmoral; recibidos con agasajo donde luego se les perseguía con encarnizamiento.

Pero estas varias peripecias, que suponen consumida en la adversidad la parte de lucro de las ostentosas prosperidades, cesaron desde que reconocido José por Gran Cofto del rito egipcio en la familia masónica, confiesa espontáneamente a los inquisidores romanos que las logias le subvencionan con generosa prodigalidad, hasta la iluminista de Francfort que no le admite a sus sesiones; haciendo una cuenta de escudos, thalers, guineas, cequíes, luises y francos, que denuncia un caudal sin ahorros; prescindiendo en este cómputo de los productos de la munificencia de Potemkin, de las dádivas de Monseñor de Rohan, de los regalos que como facultativo recibiera de familias elevadas y en brillante posición, y del cúmulo de particulares obsequios a uno y otro de los consortes por personas, que remuneraban sus servicios o procuraban captarse sus simpatías.

¿Cómo no se ocurrió a la pareja aventurera reservar una parte de aquellos fabulosos rendimientos para conjurar tiempos menos bonancibles...? ¿Cómo disiparon aquella fortuna en espacio tan breve...? ¿Cómo bastaron dos años de cierta estrechez para agotar enteramente los recursos de los ex-

pedicionarios...? Sólo nos brinda la clave de este fenómeno la constante observación que ha dado origen al antiguo refrán sobre los bienes mal adquiridos.

Es imposible que se establezca un acuerdo perfecto entre esposos que se amen o se respeten, y no se pueden amar ni respetarse los esposos, que prostituyendo la santidad de sus dobles vínculos, religiosos y sociales, se permiten relaciones por el estilo de las mantenidas por Lorenza con Agliata, Bivona, Duplaisir y Potemkin, y las de José con Lucy, Miss Mary, la Framblart y otras de análoga especie.

Bálsamo había soliviantado a la joven romana para reducirla a una infamia, provechosa a sus cálculos, y siempre fué para ella aquel marido innoble el agente de Satanás, separándola de la senda de sus deberes para arrastrarla a las vías de perdición, donde a cambio de placeres fugaces y satisfacciones momentáneas de vanidad, se cosechan tantas amarguras y crueles desengaños.

Con los principios de Lorenza y con su carácter se avenían mal los indignos tratos de su cónyuge, y cómplice forzosa de sus farsas y trapacerías, connivente espontánea otras veces con sus cábalas y embustes, resistiendo unas participaciones en sus amaños y aceptando luego peores papeles en las escenas de la masonería egipciana, la rebelión interna de la Feliciani al yugo de su esposo tuvo claras manifestaciones en la fuga a Fontenay, en la facilidad con que suscribió en Bienne a las revelaciones que pretendía el agente de Morand, y en la especie de sañudo empeño, con que declaró en el proceso de Roma, comprometiendo a José gravemente en puntos, que trataba de desfigurar a los inquisidores el astuto siciliano.

*El Correo de Europa* había pintado de mano maestra a la Feliciani, como víctima de un explotador brutal e inicuo de un ser débil, y que tenía instintiva aversión al mal a que se la precisaba por la seducción o por la violencia; expresan-

do que todas las delicadas atenciones y amantes solicitudes con que era tratada en público por su hipócrita consorte, se volvían en la vida privada tratamientos duros, cuando no despóticos e inhumanos.

Parecía natural que Cagliostro, resuelto a pasar una temporada en la ciudad de Césares y Pontífices, aunque decidido a emprender al cabo de algún tiempo su ordinaria vida de lances y translaciones caprichosas, hubiera tenido la precaución de desembarazarse de libros, documentos y papeles, que le comprometieran; pero si esto causa extrañeza al lector que no se ocurriese a nuestro personaje, mayor se la causará el saber pronto que, avisado por quien lo estimaba de las disposiciones hostiles del Santo Oficio, tampoco se cuidó de ocultar ni destruir los instrumentos, que secuestrados en su hogar, hubieran de servir de seguros precedentes a su condenación a la última pena.

## 11

### *La Feliciani visita a sus padres en Roma.*

A fines de mayo de 1789 llegaron a Roma José y Lorenza, alojándose en la plaza de España y casa donde vivieran con Agliata y Nicastro, convertida en fonda y parador de ilustres viajeros.

La Feliciani, más aliviada de sus padecimientos, aunque en su deterioro alarmante de su naturaleza, se hizo conducir en silla de manos al barrio de la Trinidad de los peregrinos, morada, taller y tienda de calderería de su anciano padre a quien de tiempo en tiempo, y a hurto de Bálsamo, había cuidado de socorrer con decentes sumas.

Magdalena y el calderero abrazaron a su hija con arrebatados transportes; notando luego la desmejora en todo su ser; y abrumándola a preguntas atropelladas sobre sus viajes, acerca de su situación y respecto a los planes de su marido en punto a fijar residencia en la corte pontificia o proseguir

errante al través de los pueblos, como las aves peregrinas. Supo entonces Lorenza que su hermano Bautista se había casado con la hija de un rico industrial de Granada, estableciéndose en Málaga con taller de caldererría, y que enviaba auxilios a sus padres de vez en cuando, portándose con ellos como buen hijo en sus expresivas y respetuosas cartas.

Ocultó acertadamente la Feliciani a los autores de sus días los episodios de grandezas y de abatimiento, que se repartieran a períodos el tiempo de su larga ausencia de Roma, y en gracia del visible quebranto de su salud ahogó la Fierri sus quejas contra el siciliano por el abandono en Cádiz de su hijo, y prescindió el calderero de sus consideraciones ordinarias y frecuentes sobre la hipocresía con que le había arrancado José la perla de su casa.

Lorenza prometió a sus padres volver a visitarlos cuantas veces se lo permitieran sus achaques y su necesidad de eludir la vigilancia de su marido, incómodo aún por las cuestiones con su suegra, y salió con las lágrimas en los ojos del paterno hogar, donde se deslizaran sus más risueños días y donde, melancólica y doliente, había encontrado efusión cariñosa y olvido de sus faltas al cabo de tantos años y después de tantas vicisitudes. La supuesta condesa Serafina estaba saturada ya de emociones tempestuosas, herida en el alma y en el cuerpo, y ansiosa de esa calma inerte de los temperamentos agotados por un mal incurable; pero la fatalidad lo dispuso de otra manera y vamos a cumplir nuestro compromiso de cronistas fieles de esa terrible fatalidad.

## 12

### *Cagliostro persiste en sus actividades. Encarcelamiento de ambos consortes.*

¿Podía Bálsamo renunciar a la vida de brillo y holganza que le aseguró su afiliación en Londres al masonismo de York o antiguo rito inglés? ¿Era fácil que rompiese útiles relacio-

nes con las logias que le debían su reforma o su existencia? ¿Estaba dotado de bastante fuerza de voluntad para variar el rumbo de sus pasos, dando un eterno adiós a sus glorias, a sus trabajos secretos, a la singularidad de su tipo y al placer supremo de verse casi adorado en conventículos misteriosos, donde era el sacerdote último de Baal...?

Al mes de medroso retraimiento mudó José de domicilio; trasladándose a un caserón sombrío en la plaza Farnese, donde empezó a recibir sospechosos extranjeros y jóvenes romanos de mala reputación; imponiendo silencio con autoridad despótica a las representaciones y consejos de la consternada Feliciani. Pocos días después circuló cartas a las logias de su secta en estilo bíblico, firmando en Babilonia, con alusión al centro del catolicismo, y prometiendo una próxima visita a todos sus secuaces, tan luego como dejara funcionando en Roma el Gran Oriente egipciano, cabeza de la masonería cofta en Italia. Empeñadas algunas alhajas en el Monte Sacro (caja de préstamos) y no recibiendo subvenciones de Lyón, Burdeos, ni París, Cagliostro se aventuró a ejercer la medicina, donde se le vigilaba con tanto recelo, y al notar que no se le impedía la profesión, como en Roveredo había sucedido, tuvo la audacia de hacer intervenir en sus curas al magnetismo y a las evocaciones espiritistas.

Al extenderse las noticias de la apertura de los Estados generales en el reino francés envió a imprimir a Londres una representación extensa y calurosa, solicitando permiso para volver a aquel noble país, ávido de saludar la aurora, por él anunciada, de las libertades públicas; repartiendo en Roma ejemplares de aquel vehemente escrito. Trabajó asidua, pero infructuosamente, para crear logia en el círculo de donde salían los anatemas contra los muratores-francos, y despreció, como ya queda expuesto, avisos reiterados del riesgo de su persona.

La Inquisición, menudamente informada de todos sus

pasos, se apoderó de ambos consortes en la tarde del 27 de diciembre de 1789; secuestrando sus papeles y efectos; haciendo conducir a Lorenza a las cárceles del Santo Oficio, y encerrando a José para mayor seguridad en la fortaleza de Sant'Angelo, prisión de Estado como la Bastilla.

## 13

### *Reflexiones de Bálsamo ante las diferencias de procedimiento de la inquisición de Roma y el Parlamento de París.*

José había visto a los familiares y alguaciles de la inquisición romana registrar a su presencia y a la de su abatida mujer, cómodas, estantes, armarios, roperos, cofres, maletas y cajas; interviniendo libros, impresos, manuscritos, paquetes de correspondencia, y legajos de papeles sueltos.

Se le habían encontrado los mandiles blancos, bordados de oro, obsequio de la logia madre de Lyón a los consortes Bálsamo, con las varillas de plata y las tocas rabínicas de las ceremonias solemnes; los guantes de seda y la liga azul con estrellas de plata, donados a Cagliostro y a su esposa al ser recibidos en la logia de Londres; un estuche con todos los símbolos masónicos en piezas de marfil, agasajo de la logia central de Varsovia; una redoma, un trípode y un pergamino cifrado, con evocaciones y signos de cábala adivinatoria; el acta de concordia del rito egipciano con la logia madre de París, ostentando en dos círculos de lacre negro el sello de dicho centro masónico y el de la sierpe atravesada por una flecha, adquirido en Malta por el siciliano; una especie de estola con todos los emblemas de su rito en delicada bordadura, un cinturón de cuero ruso, en cuya chapa se leían las tres famosas iniciales L. P. D. rodeando una cruz templaria, y una túnica de raso con triángulos y calaveras, vestidura de la Gran Cofta en las iniciaciones de damas; una estatua de bron-

ce de San Juan el Bautista, rodeado el pedestal de compases, escuadras, martillos, esferas y piedras triangulares, y una espada alemana con la inscripción latina: *vim vi repellere*.

A uno y a otro de los cónyuges se hicieron reconocer por el juez-comisario del Santo Oficio el libro de Jorge Cofton; el de estatutos de la secta egipciana; las patentes a favor suyo de la logia de Londres, donde fueran recibidos a los tres grados de aprendices, compañeros y maestros; el despacho de coronel de infantería en el real ejército de Prusia, falsificado por José, teniendo a la vista el del coronel Falsteind, su presentador en la logia de Londres; las patentes en vitela de las logias de Lyón, París y Roveredo; el librillo satírico en latín, conocido por el *Evangelio de Cagliostro;* las consultas y cartas de los masones egipcios de Alemania, Francia e Italia; un modelo de títulos para afiliados al Gran Oriente en Roma, aun no concluído por el Gran Cofto que tenía en proyecto fundación semejante; borrador de la circular a las logias de su secta; ejemplares de su representación a los Estados generales de Francia, y un catecismo masónico, empezado a redactar por Bálsamo en hojas numeradas.

Conducido José a la fortaleza de Sant' Angelo y alojado en un departamento interior del castillo, reflexionó que la inquisición romana era tribunal muy diferente del Parlamento de París, y que su situación se hacía en extremo grave y arriesgada desde que su negligencia indisculpable había permitido encontrar en su albergue tantas y concluyentes pruebas de un crimen penado con el último rigor en los Estados pontificales.

Por más que el Santo Oficio de Roma, como la Inquisición de España, no fuese ya aquel foro terriblemente excepcional y privilegiado, en que a título de la importancia religiosa, social y política de tal jurisdicción, se conculcaban los elementos normales de todo juicio, bastando a la condenación indicios y precedentes que en ningún tribunal pasarían

como fundamentos de una sentencia justa, quedaban en el procedimiento en causas de fe suficientes y privativas prácticas para arredrar aun a los reos, que no contaran en contra suya las piezas de convicción y cuerpos de delito, intervenidos e inventariados en la morada del imprudente conde.

El secreto de la causa daba horror a José, que hasta para ser condenado a muerte habría querido la exhibición de los debates públicos de la justicia francesa, y el siciliano, que había saboreado en París los goces de la evidencia escandalosa en la alta Cámara, extremecíase al pensar que allí no encontraría jueces instructores que admitiesen novelas, como la de Acharat en las ciudades de Oriente, guiado por el anciano Althotas.

Así pues, cada hecho y cada versión iban a ser minuciosamente comprobados hasta que resultaran su exactitud o su falsedad; que los arranques altivos y los golpes de efecto serían inútiles en la soledad de la sala de audiencia y ante jueces investigadores e impasibles; que no llenarían el local curiosos espectadores del drama judiciario, atentos a las actitudes y palabras de los acusados y dispuestos a turbar con sus murmullos de aprobación o antipatía la solemnidad imponente del juicio; que las pasiones de la multitud caprichosa no ejercerían allí influjo ni presión en un tribunal, que firmado el definitivo y pasado en consulta al Romano Pontífice, aguardaría tranquilo la resolución suprema de la Santa Sede; que confirmada por Su Santidad la sentencia, daría al público su texto a la vez que entregara el condenado al verdugo, respondiendo a Dios de unos procedimientos, que el pueblo no tenía el derecho de escudriñar en sus trámites.

Los cálculos de José respecto a sus denunciadores están indicados en la causa por la virulencia con que se explicó relativamente a Magdalena Fierri, por sus pésimos informes del dueño de la fonda de la plaza de España, y sus alusiones punzantes contra varios conocidos suyos en los siete meses de su

última residencia en Roma; vacilando en sus sospechas de interés vengativo, de celo religioso o de temor de complicación futura en un proceso criminal.

## 14

### *El Tribunal concede trato de favor a la Feliciani.*

Lorenza Feliciani, sobrecogida de espanto al verse arrestada por el juez-comisario del Santo Oficio, cayó en profundo estupor al descubrirse por los familiares y esbirros de su séquito los acusadores testimonios que dejamos relatados en el capítulo precedente; costando no poco trabajo hacerla volver en sí para que reconociera los objetos, explicara el uso de algunas ropas extrañas, indicase el paradero de llaves y el secreto de resortes de ciertos estuches y cajones de su cómoda, y prestara auténtica conformidad a las formales diligencias de registro, secuestro e inventario de efectos, libros y papeles, y sello y embargo de bienes, afectos al fisco de la inquisición por la responsabilidad de los procesados.

Lorenza al notar la aparente calma de su esposo ante la reunión a su vista de aquellas pruebas formidables no pudo contener su indignación, prorrumpiendo en quejas amargas y en desesperadas reconvenciones, que Bálsamo quiso ahogar en balde con una breve palabra rusa, dando causa a que el juez-comisario hiciera separar inmediatamente a los consortes, evitando su reservada inteligencia.

La Feliciani, seriamente enferma y restablecida un tanto desde su regreso al país natal, llegó a las cárceles inquisitoriales con una fiebre altísima, teniendo que destinarse una enfermera al cuidado de la infeliz, que pasó la noche en un delirio horrible. Los médicos de las prisiones del Santo Oficio, interesados por la víctima del aventurero siciliano con una solícita eficacia, no sólo atendieron a conjurar los peligros de su alarmante situación, sino que despejada la intensa calentura, que la tuvo rendida cierto período crítico,

cuidaron de animarla y de desvanecer sus terrores por el resultado del proceso, a fin de remover un germen de agravación de la enfermedad, que debía consumir sus fuerzas vitales con sorda pero segura lima.

Los informes facultativos sobre el estado de la Feliciani movieron al tribunal de la fe a relajar la incomunicación absoluta de la reo; mudando su habitación; permitiéndola bajo segura vigilancia paseos higiénicos por el terrado y el jardín de la casa de arresto; alterando en gracia a su quebrantada salud el régimen general de alimentación y ejercicios de las reclusas en aquellas cárceles; concediéndola un director espiritual que demandara a sus jueces como precioso favor, y dispensándole, en fin, una suma de consideraciones, bien distante del sistema común de la inquisición con los relapsos.

## 15

## *El conventículo de Trinidad del Monte.*

En la misma tarde del 27 de diciembre de 1789, mientras el juez-comisario arrestaba a los culpables esposos en su domicilio de la plaza Farnese, la policía romana procedía al registro de una casa en el barrio de la Trinidad del Monte, recientemente desalojada por un polaco que la tenía en arrendamiento, la cual servía de logia, fundada en 1787 por cinco franceses y un americano; siendo la destinada por Cagliostro para convertirla en Gran Oriente del rito egipcio, conforme anunciaba en la circular a sus secuaces en el extranjero.

Más precavido que Bálsamo, el inquilino de la casa-logia no se hizo repetir el anuncio de las pesquisas inquisitoriales, y dos días antes de la sorpresa de la policía, salió de Roma, dejando en su abandonado hogar algunos papeles, cartas cifradas, instrumentos masónicos y el libro de registros, con indicaciones útiles sobre la fundación, ramificaciones, alternativas y estado de aquel centro.

El rito era francés, en correspondencia con la logia madre de París, de donde habían venido las constituciones y adonde constaban remesados los tributos, y así entraron sus desconocidos miembros en tratos con el Gran Cofto de la secta egipcia, reconocida como aliada por los masones de la grande logia central de la corte francesa, aunque rechazada por el Oriente, como queda ya relatado. No entraremos en pormenores de todas las resultas de este descubrimiento de la policía; bastando con advertir que Cagliostro no apareció convenido con los jefes del conventículo de la Trinidad del Monte en tareas conjuntas, cual lo especificaba una nota en el registro, comunicada al centro parisiense, y en virtud de tal divergencia decidió crear por sí, y en su morada, el Gran Oriente, anunciado a sus parciales.

Antes de entrar en el examen del proceso romano contra José y la infortunada Feliciani, siguiendo nuestra costumbre invariable en esta reseña histórica, debemos exponer al lector el origen de nuestras noticias en un proceso inquisitorial, y reservado por consiguiente. Poco después de la condenación de Bálsamo se dió a luz en italiano, traduciéndose al francés, y publicándose por Piferrer en Barcelona, un compendio biográfico de nuestro héroe, fundado en méritos de su causa. Julio de Saint-Félix en su *Vida de Cagliostro* se refiere a datos, obtenidos del proceso por varios empleados franceses durante la ocupación de Roma por el ejército imperial y asegura tenerlos a la vista al escribir su precioso libro.

## 16

### *Cagliostro muestra sus pretensiones y prurito singular ante el Tribunal de la Fe.*

Hacía demasiado tiempo que José Bálsamo venía haciendo en el mundo el papel de hombre de importancia para que de improviso, y sin cierta especie de tentativas, se resig-

nara a las condiciones comunes de los demás procesados, sometidos a la competencia particular del tribunal de la fe en Roma. Inició la serie de sus pretensiones, solicitando por conducto del gobernador de la fortaleza del Santo Angel que se le mudara a departamento más capaz, ventilado y cómodo que el interior, en que se le tenía para mayor seguridad, y a poco reclamó libros, recado de escribir, mejora en los alimentos, ropa blanca de la que contenían los cofres embargados en su casa de la plaza Farnese, algunos muebles para la habitación que ocupaba y un criado a entero arbitrio de la elección de sus jueces.

El Santo Oficio negó la traslación del reo a otras estancias; dió sus órdenes para que se le proveyera de ropa, concediéndole cama, mesa y sillas de su secuestrado domicilio; no contestó a la descabellada exigencia del criado, y envió al prisionero el tratado en defensa de la iglesia católica y del Sumo Pontificado, escrito por el Padre Nicolás María Palaviccini. Animado por la atención de algunas concesiones, se atrevió a pretender que se le otorgara la compañía de su esposa en un pedimento de tanta originalidad como hipócrita tendencia, permitiéndose la cita evangélica: *quos Deus conjunxit, homo non separet.*

Harto el tribunal de la cáfila interminable de favores, con que el reo molestaba de continuo al juez-comisario de su causa, le hizo entender que comprendiera su situación y el círculo a que le reducían sus cargos; absteniéndose de pedir lo que no estaba en las facultades de la inquisición otorgar por oponerse a ello leyes expresas y rigorosas prácticas.

Llegado el caso de las declaraciones, Bálsamo inauguró las suyas, desbordándose contra la corte francesa a quien atribuyó todos sus infortunios; expresando que a su gestión refería las extorsiones de Turín, Roveredo y Trento, y dando a entender que el mismo proceso inquisitorial no era extraño a las excitaciones pertinaces de las Tullerías en odio a su per-

sona. Los jueces cortaron sus quejas, demostrándole que a nada conducían en un actuado por razones de conducta en la metrópoli de los Estados pontificios, y en el que obraban ya motivos más que suficientes y testimonios auténticos de una culpabilidad, que tendría sus atenuaciones en el período de la defensa; persuadiendo al procesado a que abandonara el tema de sus infructuosas lamentaciones.

Intentó después ensayar en los jueces romanos el deslumbramiento que probó en la alta cámara francesa con la novela oriental de Acharat, referida en el capítulo séptimo de la parte primera de este volumen; pero como no cabían leyendas fantásticas en nacimiento, vida juvenil y matrimonio de un hombre, cuyos acontecimientos constaban en Italia, y sus actas y referencias se habían traído al proceso, se dijo nieto de Carlos Martel por línea paterna; siendo invitado por el tribunal a que adujera, si lo tenía por conveniente, las pruebas genealógicas de tan excelso origen. Con este y otros rasgos de parsimonia de los inquisidores, se cohibió José en sus alardes vanidosos y en sus ficciones habituales; penetrándose bien de que ni le restaba el consuelo de hacer imprimir y circular otra Memoria por el estilo de la imponderable de París, imbuyendo a la crédula muchedumbre en las fábulas que dejaran correr los individuos del Parlamento por no relacionarse con el asunto de su dominio especial.

Al apercibirse que en la causa aparecían datos irrefragables de sus hechos en Sicilia, en Roma, en España, Alemania, Inglaterra, Francia y Suiza, acusó a su mujer de cohechada por sus enemigos para arruinarlo, reclamando con instancias vivísimas un careo; pero los inquisidores imperturbables le hicieron advertir que Lorenza se comprometía tanto como él en las declaraciones falsas y mañosas, puesto que era idéntica su responsabilidad en los cargos del proceso, y que ni él ni su consorte, como reos del mismo delito, eran creídos en sus manifestaciones interesadas, mientras no corroborasen su ve-

racidad, instrumentos, testigos o informes externos y desapasionados.

De igual manera se combatieron con la razón y la calma sus violentos desahogos contra los Felicianis, excluídos de intervenir en la causa por razón de parentesco, contra varias personas de quienes recelaba algunas revelaciones en su perjuicio, y hasta respecto al venerable Obispo-príncipe a quien creía agente de José II en la obra de su perdición.

Convencido al fin de que estaba plenamente descubierto en todas las diversas fases de su vida de aventuras y escándalos, se espontaneó exageradamente, como hemos tenido ocasión de consignarlo antes; relatando acontecimientos, cual su entrevista con los dos iluminados de Francfort, que ignoraba su misma esposa, y cediendo al prurito de singularidad, que era su pasión dominante, se extendió en pormenores de varios sucesos con una expansión, inconcebible en sujeto de su astucia y de sus artificiosos expedientes para eludir lo que le importaba no poner en claro.

Procede aquí asentar que abolida la tortura en Roma, y antes que en todos los países católicos, no podía temer Bálsamo este recurso contra sus ocultaciones y reservas; siendo por tanto sus declaraciones amplios efectos del sólo impulso de su voluntad o de su cálculo.

## 17

### *De lo que Julio de Saint-Félix prescinde en su crítica sobre Lorenza Feliciani.*

La conducta de Lorenza en el proceso inspira a Julio de Saint-Félix apreciaciones apasionadas contra una pobre mujer, cuya vida es preciso estudiar en sus relaciones todas de educación, costumbres, rudos cambios, degradaciones, encumbramientos, violencias, placeres, contrariedades y recios golpes; distinguiendo en ella lo esencial y propio de lo ac-

cidental o de circunstancias, y reflexionando en lo que forma el carácter y constituye el ser moral de una criatura, o diferencia de lo que imponen las eventualidades de un agitado destino, de lo que traen las complicaciones de una existencia tempestuosa, y de lo que viene a ser el barniz efímero a la materia real que encubre.

Hija del pueblo, devota hasta la superstición, no preparada a los lances de tan varia fortuna por una educación conveniente, capaz de virtudes domésticas, desarrolladas en el seno de un hogar pacífico, y con ideas de honor y deber, inicuamente combatidas por la cínica inmoralidad de Bálsamo, la Feliciani luchó antes de sucumbir a la infamia, precursora de sucesivas indignidades, y ya abdicado el pudor en las relaciones con Agliata, vinieron los demás pasos en esa pendiente, donde se precipita el que no rueda hasta el fondo del abismo.

No prueba que Lorenza explotara al confesor de Barcelona que su catolicismo fuese meramente convencional, como tampoco arguye su afecto a Duplaisir y a Potemkin que sus sentimientos de fe conyugal fueran una hipocresía, ni se deduce de sus participaciones en las cábalas y ceremonias de su marido que era ficticia su aversión a tales procedimientos, ni afectada la honda alarma de su conciencia.

El autor de la *Vida de Cagliostro* parece olvidar, juzgando a la supuesta condesa Serafina de Feliciani, su fuga a Fontenay, para volver a Roma, libre del yugo de un esposo degradado; su resistencia en Marsella a sacrificar a su hermano Bautista al matrimonio que le brindaba el sórdido interés de Bálsamo; sus fervientes ruegos en Trento y Roma a fin de mover al falso conde al abandono de sus arriesgadas ocupaciones: protestas de una repugnancia al mal, que no se descubren en un accidente siquiera de la vida del siciliano. Saint-Félix prescinde en su crítica del proceder de Lorenza en la causa de que la católica, reconciliada con la iglesia, debía de-

cir toda la verdad; de que la mujer doliente espaciaba su alma en aquellas revelaciones; de que la moribunda se imponía la penitencia de sus faltas en su confesión explícita.

## 18

### *Rebeldía jactanciosa y sumisión humillada de Bálsamo.*

Tras de las declaraciones de Bálsamo hubieron de llegar por su turno las explicaciones de puntos dudosos, la confrontación de sus dichos con los de su esposa y testigos del proceso —sin revelación de sus nombres, como aun se usaba en las causas de la fe y de Estado— y las reconvenciones de los jueces por disparidades entre lo expuesto por José y lo manifestado por otras personas o lo que persuadían ciertos instrumentos, traídos a las actuaciones para ilustrar extremos importantes.

Cagliostro empezó con el peor sistema que podía habérsele ocurrido ante un tribunal como la inquisición; mostrándose animado de una inspiración suprema en sus operaciones magnéticas, adivinatorias y espiritistas; ofreciendo a los inquisidores pruebas de esa inspiración en resultados, obtenidos a su presencia si consentían en ello; tratando de convencer al Santo Oficio de que la masonería egipciana era un servicio patente a la religión en sus puntos cardinales de la existencia divina, inmortalidad del alma y progreso indefinido en la vida de la humanidad por dirección admirable de una Providencia infinita; citando a prelados que aprobaban sus tendencias como reconocidamente meritorias, y queriendo pasar ante sus cautos y expertos jueces por un fanático, que había obrado por alucinación de su inteligencia.

Desengañado pronto, y argüído con datos innegables de no creer la mitad de lo que había escrito en su libro de instituciones de la masonería egipcia, reforma del manuscrito inglés de Jorge Cofton, Bálsamo comenzó a retractar paulati-

namente sus audaces y mentidas afirmaciones de una convicción profunda; ya disculpando las regeneraciones de sus estatutos con la preocupación de la época sobre restauraciones físicas por la materia prima de la piedra filosofal; bien confesando que en cierta parte del masonismo no encontraba afinidades con la doctrina católica, aunque hubiese muchas en otros puntos; ora figurando que a las refutaciones de sus jueces caía de sus ojos la espesa venda que le tenía oscurecida la verdad.

En estas alternativas de rebeldía jactanciosa y de sumisión humillada transcurrió cerca de un año, sin fijar línea de conducta aquel hombre inquieto y móvil como el viento y la ola, usando de la bella frase de Shakespeare, y a fines de octubre de 1790, elevada la causa a plenario, se le intimó que nombrara defensores, entregándole una lista de abogados de Roma para su libre elección de patronos.

## 19

### *Una crítica infundada sobre Lorenza Feliciani.*

No es Julio de Saint-Félix el único biógrafo de José Bálsamo que afea la conducta de Lorenza Feliciani en el proceso de Roma, imputando a la prisionera en las cárceles del Santo Oficio un vengativo afán contra su esposo o la intención deliberada de cargar el peso de sus culpas en la larga cuenta del cautivo de la fortaleza de Sant'Angelo.

En un notable estudio del publicista norteamericano R. Simmes, intitulado *Cagliostro,* inserto hace años por folletín en el *Morning-Cronichle,* se dice respecto a la mujer del aventurero siciliano lo siguiente:

«Preocupada e ignorante la consorte de este hombre extraordinario, ingrata con una secta que le había dado posición, brillo y ventajas que ella no merecía, renegando en la adversidad de los elementos de su fortuna, como todo ser

mezquino, sugerida por frailes fanáticos que la dirigían como una máquina destructora contra el perseguido jefe del rito cofto, y tal vez animada por la esperanza secreta de un perdón, comprado con delaciones infames, Lorenza prostituyó el fuero respetable del infortunio con las degradaciones de una hembra vulgar, impulsada por influjos siniestros hasta los últimos grados de la ignominia más vergonzosa».

En este período fulminante contra la infeliz cónyuge de José Bálsamo hay algo más que una injusticia, y ese algo más es el empeño de justificación de Cagliostro, móvil que denuncia todo el estudio de Simmes: es también el realce de la masonería en sus diferentes sectas, diestramente acometido por el norteamericano: es la enconada prevención del protestante hacia todo lo que procede de Roma, se liga a su manera de ser o depende de su arbitrio: es el menosprecio del libre-pensador a las sumisiones de una católica, que reconciliada con su comunión y arrepentida de sus extravíos, rescata sus pecados con una confesión pública para merecer la absolución de la Iglesia.

R. Simmes no tenía seguras noticias de la causa inquisitorial cuando así se expresa: porque de otro modo habría notado en las declaraciones de la Feliciani las repetidas veces en que se acusa de actos voluntarios, de cuya responsabilidad salva expresamente a su marido, la conveniencia absoluta de sus dichos con pruebas o indicaciones del proceso, y sobre todo, que nada de lo expuesto en las revelaciones de Lorenza comprometía a su marido en más de lo que resultaba, probado y constante, en los autos contra el Gran Cofto de la masonería egipcia. ¿Dónde está la prueba de esas calificaciones enconadas, con que se abruma a la víctima de José Bálsamo?

## 20

*Los abogados defensores de Bálsamo. Éste olvida su situación real. Consejo piadoso de aquéllos.*

José manifestó que elegía por abogado al conde Cayetano Bernardini, defensor de oficio de los reos de la inquisición romana, y persona de grande autoridad en el foro, en la cátedra y en el consejo municipal de la metrópoli católica por antonomasia; recibiendo en consecuencia la visita del conde, que era un sujeto de tanta ilustración como experiencia, hombre de entendimiento claro, de palabra concisa y de carácter firme e independiente.

Bernardini puso por condición para aceptar el encargo de Cagliostro la de acompañarse en su cometido de otro letrado que designara el reo en la lista que le hiciera entregar el Santo Oficio; insistiendo en ello con tal entereza que Bálsamo escogió a la ventura a Monseñor Carlos Luis Constantini, abogado de pobres para todos los tribunales de la capital.

Quiso entonces el siciliano entrar en explicaciones amplias con su patrono; pero éste le rogó que suspendiera toda instrucción en particulares de la causa hasta que, admitido el nombramiento de adjunto por Monseñor Constantini, registrasen ambos el proceso, y precisaran las cuestiones, a fin de no divagar y fijarse en los puntos de cargos y en los medios de defensa. El conde se despidió cortés pero fríamente de su patrocinado, conociendo éste que se las había con un hombre de razón y de ley, nada propenso a bachillerías y fosco a la declamatoria de que se resiente algo la toga francesa.

Bernardini ya que no podía excusar decorosamente la defensa de hombre tan peligroso, trataba de impedir al menos que de él dijera lo que expuso en la causa en menoscabo de sus defensores ante el Parlamento de París, atribuyéndoles ciertas extravagancias de la *Memoria justificativa,* contra sus

expresas instrucciones y a despecho de sus reparos a la lectura del borrador de aquel escrito, impreso después y extendido en la forma que dejamos contado en su respectivo lugar.

Volvió el conde al cabo de algunos días y trajo a su defendido un extracto del proceso, arreglado de manera que se agrupaban los testimonios de cada cargo en el orden sucesivo de los trámites; ofreciendo al examen de un golpe todos los datos acusadores en cada capítulo de culpa, y rogando a José que repasara atentamente aquel prontuario mientras, con ayuda de Monseñor Constantini, se arbitraban los recursos hábiles de la defensa, para convenir en una conferencia inmediata y decisiva el plan de conducta en una causa de tan grave compromiso para él y tan delicada para sus abogados.

A pretexto de la necesidad de extensas instrucciones pidió Cagliostro a sus jueces que se le proporcionara papel y recado de escribir; accediéndose a su pretensión por el término improrrogable de tres días, y bajo la especial vigilancia del sub-gobernador del castillo; precaviéndose contra un hombre, que por vanagloria, y sin sombra de realidad en su relato, ni precisión de hacerlo, había contado a los inquisidores que, burlando el severo régimen de la Bastilla lograra comunicarse con amigos y afectos, a pesar de los registros escrupulosos de los Señores Delaunay y Chesnan.

Tan luego como Bálsamo se vió dueño de una pluma, y autorizado a emplearla en defensa de su persona, olvidó completamente su situación real, la índole de su causa, el carácter de sus jueces, y la misión de sus defensores; entreteniéndose en trazar un proyecto disparatado de alegaciones diversas, en que venían a fundirse sus accesos de rebelde contumacia, sus retractaciones parciales, sus increíbles subterfugios, y su simulada ofuscación en la bondad intrínseca del rito masónico que había extendido por Europa.

Satisfecho de su trabajo, y congratulándose de sorprender los ánimos de sus patronos con aquella obra de tres días

de tareas incesantes, aguardó la venida de los señores Bernardini, y su adjunto, que no se hicieron esperar, presentándose en la prisión con objeto de conferir acerca de la causa y del sistema que procedía emplear en las exculpaciones de los cargos.

Monseñor Constantini era un anciano de bondadosa fisonomía y de atractivo trato, y menos prevenido que su colega contra José, le prodigó atenciones que alentaron a nuestro héroe a la enfática lectura de su Memoria, escuchada con imperturbable serenidad por Bernardini y con mudo asombro por el abogado de pobres en los tribunales romanos.

—Señor Bálsamo, dijo el conde Bernardini al término de aquella lectura, es indispensable sacaros de un funesto error. Con las pruebas instrumentales y de testigos de vuestro proceso, con las explícitas confesiones que no habéis podido rehusar a la evidencia de los testimonios, y con el tenor de los edictos contra los franco-muratores, no os queda más que un recurso: uno sólo; entendedlo bien.

—Proseguid, señor conde, repuso Cagliostro, dominado por la lúgubre solemnidad del gesto y del tono del abogado del Santo Oficio.

—Si sois el Gran Cofto de una religión masónica, con entera convicción de semejante causa, declaraos impenitente, y morid como Juan Huss, y como Arnaldo de Brescia; pero si sois católico, aunque pecador, retractaos luego; pedid gracia a Su Santidad, y dadnos el único medio de salvaros la vida del rigor inexorable de la ley.

—Y sólo de esa manera. . .

—Sólo de esa manera conquistaremos una esperanza, que ya es mucho, apoyó tristemente Monseñor Constantini.

## 21

### *La muerte piadosa de Lorenza Feliciani.*

La causa de Lorenza Feliciani no fué conjunta a la de Bálsamo, porque en el masonismo había dos conceptos agravantes para José que no concurrían en su esposa, y ella no era culpable de la propagación de sectas en los estados de la Santa Sede, como Cagliostro: delito que le hacía reo de pena capital, según expusimos en el capítulo 46 de la parte primera de este volumen, tratando de las determinaciones del pontífice Clemente XII de este nombre glorioso, contra los francmasones e iluminados.

La enfermedad insidiosa que desde su salida de Francia se había enseñoreado de la quebrantada naturaleza de la Feliciani, contenida a su instalación en el país natal, desenvuelta después por los terribles sucesos del 27 de diciembre, agravada en las cárceles del Santo Oficio, y exacerbada en sus efectos destructores por las fatigas de tanta prolija declaración y las angustias de tanto cálculo sombrío, concluyó por declararse tisis pulmonar, y reducir a la pobre reclusa a la apariencia de un cadáver, rindiéndola en el lecho con dolores morales y físicos, soportados con esa resignación que sólo una fe verdadera puede inspirar en supremos y críticos instantes. El director espiritual que había pedido, y le señalara el tribunal romano, la asistía con el cariño de un padre en dolencia tan penosa como la consunción, que aviva el sentimiento a medida que el cuerpo se extenúa, y que mantiene despejada la inteligencia a proporción que las fuerzas se rinden y gana terreno aquella negra sombra que marca la hora de la muerte en el cuadrante de la vida.

La juventud, esa fuerza incalculable, prolongó los martirios de Lorenza al través del otoño de 1790 y del crudo invierno de aquel año; pero ya en diciembre se presentaron los síntomas letales en toda su extensión; precisando el con-

fesor de la penitente joven a recurrir a la augusta persona de Pío VI, a quien estaba reservada por la bula *In eminenti* la absolución de los masones; dando comisión Su Beatitud al cardenal-decano, Monseñor Stuard, para que oyendo la confesión general de la moribunda, le diera la bendición apostólica; siéndole administrados los Sacramentos en el trance que se presentaba tan próximo.

El 3 de enero de 1791, al declinar el astro del día, sucumbió Lorenza, auxiliada en su postrer hora por el sacerdote que hacía allí las veces de un padre, pues que el natural no podía traspasar la barrera de la incomunicación absoluta, y de un amigo de los que no ahuyentan ni la desgracia ni la muerte.

## 22

### *La retractación de Bálsamo. Opiniones de dos de sus biógrafos.*

José Bálsamo siguió el consejo del conde Bernardini, y firmó la súplica en retractación de todos sus errores; recomendándose a la clemencia del tribunal; impetrando la reconciliación con la Iglesia; pidiendo los auxilios de una dirección ilustrada y salvadora, y abominando sus principios, conducta y ejemplos perniciosos.

No es propio de nuestra misión histórica, ni conduciría a objeto alguno de provecho, escudriñar si con este paso trató de salvar su vida José o si la gracia tocó al fin, como la vara mosaica la dura roca de su corazón para hacer brotar los raudales del arrepentimiento.

Casi todos los biógrafos de esta criatura singular, llegados a este punto de su turbulenta vida, se permiten invadir el foro íntimo de su conciencia, interpretando los ignorados sentimientos del prisionero de Sant'Angelo, según el criterio particular de cada uno; ya asentando como positivo que sus protestas de contricción fueron una farsa más, con el propó-

sito de obtener indulto de la última pena; ya decidiendo la ingenuidad de su conversión, cual si ella fuese un señalado triunfo de la doctrina católica.

Reconozcamos la fatuidad de esos historiadores, que repugnan detenerse ante las vallas naturales del pensamiento, y mientras se entretienen a su sabor en figurar y persuadir lo que no puede constarles, contentémonos con reflexionar, a favor del mísero cautivo, y en indicación benévola hacia la abjuración de sus yerros, en lo que estrechan las distancias entre el hombre y la realidad de sus destinos las situaciones extremas y solemnes, y pocas habrá que lo sean tanto como la de Cagliostro, que si por medio de la reconciliación con la Iglesia lograba sustraerse al afrentoso patíbulo, tenía en perspectiva dos sepulcros, uno en la lúgubre fortaleza a la margen del Tiber y otro en el campo santo.

La causa estuvo dispuesta a la vista en plena consulta del tribunal de la fe en el mes de marzo de 1791, y el 21 del propio mes se abrieron los debates; asistiendo al acto un considerable número de personas distinguidas, teólogos, canonistas, jurisconsultos y oficiales superiores de la curia romana, público bien diferente a la consideración perspicaz del reo de aquella multitud agitada y palpitante de París, que convirtió la alta Cámara de justicia en una sala de espectáculos, donde pudieron lucir la imponente dignidad de Monseñor, el gran limosnero de la corona, la cínica osadía de la supuesta condesa de la Mothe y la majestad de Júpiter Státor, con que el Gran Cofto de la masonería egipcia autorizó su papel de hombre extraordinario y excepcional.

R. Simmes, el biógrafo de Cagliostro en el folletín de *Morning-Cronichle,* inserta una corrrespondencia de Roma en la *Gaceta de Leipzig,* y sin perjuicio de reproducirla para debido conocimiento de nuestros lectores, haremos preceder a su texto la oportuna advertencia de que se trata de una Revista de polémica protestante, interesada vivamente en el des-

crédito de todas las instituciones católicas y en la causa de los rebeldes a la sumisión de la Iglesia.

«Han empezado, —dice la citada correspondencia—, las formas hipócritas de juicio, con que la Inquisición encumbre sus tropelías contra los hombres de inteligencia y valor, que arrostran las iras del fanatismo o sacuden el yugo intolerable de la superstición, idólatra. El conde de Cagliostro, insigne naturalista, distinguido médico, y viajero estudioso en varias regiones del mundo, preso en Roma y encerrado en la Bastilla de los Papas *(Sant' Angelo)* en diciembre de 1789, acusado de francmasón, y perseguido por los odios de la siniestra teocracia aquí dominante, compareció el 21 de marzo ante el llamado Tribunal de la Fe en pleno, después de más de un año de acumular contra él a mansalva declaraciones anónimas y testimonios rebuscados en todas partes, donde había enemigos del conde o auxiliares complacientes de las miras teocráticas.

»No creáis que estos debates son públicos, ni que el procesado goce en ellos de las garantías que ofrece la opinión general contra el cohecho y el soborno de los instrumentos de una opresión, disfrazada de justicia. Asistirán por cédulas de privilegio los prelados y consultores de las órdenes monásticas, los curiales mantenidos por las dispensas, indulgencias y postulaciones del gremio fiel, las hechuras del poder pontifical, algunos de los nobles que sirven de gonfaloneros a la alta clerecía, y damas deseosas de ver y execrar al hereje, amenazado del fuego en esta vida y la otra.

»Se cuenta con una retractación del mísero conde, arrancada en el fondo de las prisiones de Estado y por medios nada difíciles de conjeturar, conociendo la índole de esta gente, y la mordaza ahogaría pronto la palabra primera con que el reo se atreviese a protestar de una retractación, que aparenta una victoria de la fe romana y constituye una esperanza única de gracia para el reo, convicto y confeso».

Bright en su *Ensayo histórico sobre sociedades secretas,* tratando del juicio de Cagliostro por la inquisición, escribe con una lealtad propia de su talento, las siguientes y elevadas frases: «Sería indigno aplicar mi criterio protestante a los jueces católicos de Bálsamo, suponiéndoles interés en la condenación, distinto del interés religioso. Cagliostro conspiraba contra el catolicismo en la sombra, y el catolicismo se defendió con la ley notoria de su foro contra sus adversarios. Si no se prueba que con Bálsamo se hizo lo que no se hubiese hecho con otro jefe de secta, ni en los jueces habrá exceso de jurisdicción, ni en el condenado queja justa de violencia o de arbitrariedad».

## 23

## *La resolución suprema de Pío VI ante el fallo condenatorio de Bálsamo.*

Ya habrán comprendido nuestros lectores que el Santo Oficio romano en su sentencia no podía relajar la ley que condenaba a la última pena a los francmuratores en los Estados pontificales, según las constituciones canónicas y conforme a las leyes políticas; pero esta sentencia debía elevarse en consulta al Sumo Pontífice, y ocupaba a la sazón la silla de San Pedro la Santidad de Pío VI, de esclarecida memoria, padre misericordioso de desvalidos y extraviados y representación del Pastor bueno, pronto a dar la vida por sus ovejas. El 7 de Abril de 1791 fué a la Cámara pontificia el fallo de la inquisición, y el quince aparece firmada la resolución suprema de Su Beatitud, cuyo texto íntegro importa conocer para apreciar con entero conocimiento de causa los hechos de esta peregrina historia.

«Vista por Nos, —escribe el venerable Pío VI—, la causa seguida por el Santo Tribunal de la Fe contra José Bálsamo y Braconieri, natural de Palermo en Sicilia, reo confeso y respectivamente convicto de varios delitos, incurso en las cen-

suras y penas, publicadas todas contra los herejes formales, dogmatizantes, heresiarcas, maestros y secuaces de la magia supersticiosa, como también en los anatemas y castigos, establecidos en las sagradas constituciones Apostólicas de Clemente XII y de Benedicto XIV, ilustres predecesores nuestros, contra aquellos que en cualquier modo y forma favorezcan y osen promover la sociedad y conventículos de los francmasones, cuanto en el edicto de la secretaría de Estado contra aquellos que de cualquier secta de ellos se hallaren trabajando en su mala obra en lugar y dominio de la Romana Iglesia, usando, Nos de especial gracia, y queriendo más que la muerte del público pecador que se arrepienta y viva, venimos en relevarle de la pena de relajación al brazo secular, y en conmutarla en cárcel perpetua en fortaleza segura, donde esté estrechamente custodiado, sin opción futura a gracia de su condena; y habiendo hecho el sentenciado la abjuración, como hereje formal, en el lugar de su arresto, se le otorga absolución de las canónicas censuras, imponiéndosele las penitencias saludables que sus directores determinen».

Interrumpimos aquí la resolución del bondadoso Pío VI para que preceda a la continuación del fallo una advertencia preliminar que justifique las disposiciones pontificias. Roma se defendía contra las agresiones tenebrosas de multiplicados enemigos, acogidos al amparo de las sociedades secretas, y convirtiendo los estatutos originariamente fraternales de gremios antiguos y poderosos, cual pretenden muchos escritores inculcar, en armas contra el Sumo Sacerdocio católico y los poderes temporales. Roma no podía conocer a enemigos que tramaban en oscuros centros conspiraciones contra su autoridad y acción, y sólo por descubrimientos, como el de la masonería egipcia de Cagliostro, penetraba en el secreto de sus adversarios, y le era dable incluir en sus anatemas y reprobaciones las distintas especies de la familia, conjurada en daño de su doctrina y de su influencia.

«El libro que tiene por título *Masonería egipciana*—, añade el paternal Pío VI— queda solemnemente condenado como conteniendo ritos, proposiciones, doctrina y sistema, que allanan el camino a la sedición, en tendencia destructora de la religión cristiana, supersticioso, blasfemo, impío y herético. El dicho libro sea quemado públicamente por el ministro ejecutor de justicia, juntamente con los instrumentos y atavíos pertenecientes a dicha secta. Confírmese con nueva Constitución Apostólica el contenido de las Constituciones de los Sumos Pontífices, insignes predecesores nuestros; renovando asimismo el expresado edicto de la secretaría de Estado que veda y castiga en los dominios y feudos de la Santa Sede la sociedad y conventículos de los francmasones, haciéndose particular mención de la secta egipcia y de la otra, que se nombra de los Iluminados; estableciéndose contra todas ellas las penas corporales en su escala de culpables y cómplices de tales herejías, incluyendo en ellas las que merecieren los que se adscriban, afilien, o de cualquiera otra suerte favorezcan la causa y el dañoso interés de las reprobadas asociaciones y juntas».

Así terminó la carrera del hombre a quien los abogados de Juana de Valois, condesa de la Mothe, comparaban con el profeta nigromante *Giuseppe Borri* en su contestación a la *Memoria justificativa* en el proceso de París; pareciendo vaticinarle la igualdad de su futuro destino con el de aquel célebre impostor, también preso y condenado por la inquisición romana en el siglo XVII, retractándose de sus errores y siéndole conmutada la pena de la vida en prisión perpetua, que más tarde se convirtió en destierro por la piedad del Romano Pontífice.

Bright en su citado *Ensayo histórico,* hablando de nuestro héroe dice lo que sigue: «Visitando la fortaleza de Sant' Angelo con el permiso competente, pregunté por la estancia de Cagliostro en aquel macizo y siniestro edificio, y

el gobernador se limitó a contestar que tal preso no era de su época, y que no podía enseñar los libros de registro sin la orden de Monseñor el Cardenal secretario de Estado».



## 24

*Las circunstancias de la época impiden aplicar a Bálsamo las* solturas de Barrabás.

A pesar de que la resolución suprema de la Apostólica Sede en el fallo de la inquisición contra José Bálsamo contenía la cláusula de que no tuviese opción el reo a más gracia que la conmutación de la pena capital en cárcel perpetua en fortaleza segura, la serie de ejemplos de lenidad de los Romanos Pontífices con los condenados a reclusión perenne nos autoriza a creer que, como sucedió con *Giuseppe Borri,* al cabo de algunos años de encierro y de pruebas de resignación, Cagliostro habría sido relevado de su dura condena; trocándose el castigo en extrañamiento de los dominios de la iglesia o bien confinándole bajo la vigilancia de la autoridad a un punto cualquiera del patrimonio de San Pedro.

Estas gracias solemnizaban las alegrías o las prosperidades de la Iglesia católica, y a las canonizaciones, a las elevaciones al pontificado, a las embajadas de reinos y provincias que rendían obediencia al Vicario de Cristo, y a las victorias de la cruz contra sus enemigos en Polonia y en África, se otorgaban a propuesta de la secretaría de Estado, conociéndose con el nombre de *solturas de Barrabás,* en memoria del facineroso, preferido a Jesús por la saña rabiosa del pueblo deicida.

La revolución francesa vino a impedir con sus estragos y sus consternadores impulsos toda ocasión propicia de favor hacia el cautivo de Sant'Angelo, que en la causa del Santo Oficio había consignado en confesiones y por documentos su solidaridad en las tareas preparatorias de aquella subversión

de los destinos de Francia y más tarde del continente europeo.

Cuando Europa se estremecía al soplo del huracán revolucionario, y las potestades sentían bajo sus pies el trabajo de zapa de misteriosos y tenaces minadores, mal podía abrir el jefe del catolicismo las ferradas puertas de su prisión al hombre, que había revelado el acta de Francfort sobre el Mein, en que su nombre y su sello constaban entre los sellos y nombres de los doce Maestres Templarios, conjurados contra el sacerdocio y el imperio en liga formidable de sus diferentes ritos; mal se concebía el perdón del profeta cofto, que aceptara en las tres iniciales siniestras L. P. D. el compromiso de incendiar los ánimos en los estados, sometidos al régimen de las históricas lises, preparando su desastrosa ruina; mal procedía la conmiseración con un activo agente de la propaganda anticatólica y antisocial, que en su *Carta al pueblo francés* anunciaba los primeros ímpetus del preparado trastorno, y en su representación a los Estados generales saludaba con alborozo la aurora del día tremendo para la monarquía francesa.

La prisión perpetua y más aún en su forma de aislamiento absoluto, es sin duda una pena horrible, y nos atrevemos a decir que impía, porque no es tipo de justicia humana el que no busca paridad en lo posible con la norma de la justicia divina, cual le es dable comprenderla a la inteligencia del legislador y se aviene a las condiciones prácticas de los pueblos.

La perpetuidad es la tiranía en todo fallo penal, porque si Dios dispone del tiempo y de la eternidad para espacios de su justicia, el hombre, que sólo cuenta con el tiempo, no debe cerrarlo a perpetuidad, a falta de las indemnizaciones que se reserva el poder sumo.

La justicia divina, según el criterio cristiano, abre horizontes a la esperanza hasta a las contriciones imperfectas

o temor servil del castigo, y la justicia humana se extravía del tipo eterno de su acción cuando niega espacio al estímulo de la reforma, al provecho de la enmienda y al consuelo de un punto, en que la deuda de un crimen se encuentre con la condonación misericordiosa del poder social.

En Roma se templaba el rigor de las prisiones perpetuas infinitamente más que en todos los estados europeos, cediendo al espíritu de caridad y mansedumbre del gobierno eclesiástico, y allí no se conocían esas abrogaciones despóticas del secuestro por razones de Estado, que en Francia dieran origen a la historia dolorida de *máscara de hierro,* que en España confinaran al Peñón de la Gomera al titulado príncipe de Módena y luego de Gales, y en Prusia nos revelan las aventuras lastimosas de Federico de Trenk. Roma condenaba después del juicio, marcado en sus Constituciones y bandos; y segura de su derecho y aplicada la ley a la culpa, era casi una práctica disminuir la intensidad de las penas, y conmutarlas gradualmente en otras inferiores, a proporción que lo permitían las circunstancias del reo o las ocasiones clásicas de la clemencia pontificia.

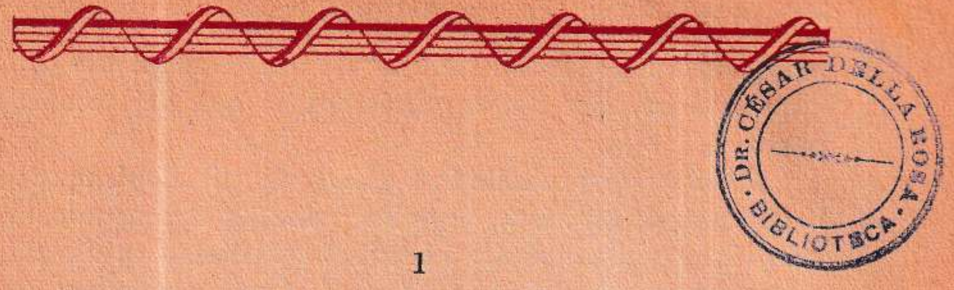
Condenado Cagliostro en 1791 a reclusión perpetua, a los cuarenta y ocho años de edad, y suponiendo verdadera e íntima su reconciliación con la Iglesia católica, a la vez que prestándole para nuestro cálculo las dosis de conformidad y perseverancia que servían de naturales precedentes al indulto de Su Santidad, no era menos de diez años o doce el término de observación de los penados de su especie, como lo persuaden los casos de estas *solturas de Barrabás,* de que tenemos noticia, y en ese tiempo se desarrolló la revolución francesa, dando a Bálsamo el trágico destino de Sanson, sepulto entre los escombros de la obra que sus fuerzas quebrantaron, descuajándola de sus fuertes cimientos.

En la fecha de la muerte de este singular personaje vacilan sus biógrafos entre los años de 1795 y 1796; procedien-

do esta discrepancia de que para evitar las maliciosas apoteosis de los enemigos de la Iglesia por plumas interesadas en el descrédito de Roma, se niegan datos oficiales, con muy escasas excepciones, a la curiosidad de los extranjeros, y así nos lo indica Bright en la respuesta del gobernador del castillo de Sant' Angelo.




# EPÍLOGO




## 1

### *Opiniones de sus biógrafos sobre la reaparición de Cagliostro.*

LA CONDICIÓN de ciertos personajes famosos ha sido inherente a su reaparición en el mundo tras de sus catástrofes, o noticias auténticas de su fin o conjeturas fundadas de su muerte, y citaremos entre otros casos de esta índole al rey godo Rodrigo, con cuyo sepulcro en Lusitania se quiere probar que sobrevivió a la derrota del Guadalete, al rey Don Sebastián, que se cree ajusticiado en el pastelero de Madrigal, Gabriel de Espinosa y al Delfín de Francia, hijo de Luis XVI, cuya tranquila defunción en Alemania han contado recientemente diarios y revistas.

José Bálsamo ha disfrutado del privilegio de reaparición, y no hemos de concluir la peregrina historia de sus aventuras sin traer a cuento las opiniones en que se funda semejante creencia, en el orden en que fueron llegando a mi conocimiento las dispersas noticias acerca de nuestro héroe, recapituladas ya en este libro, que a falta de otro mérito no podrá serle negado el de la imparcialidad crítica.

El *Diccionario histórico* (edición de Bruselas, 1836) concluye la biografía de Cagliostro con estas palabras: «Muerto en su prisión de Sant' Angelo en 1795 o principios de 1796, sea interés de sus prosélitos, leyenda fantástica a que son tan afectos los alemanes, vanagloria de ciertos pueblos, o superchería de algún osado impostor, se dijo que el conde había visitado en 1798 a varios personajes de Berlín, Varsovia y Francfort, presidiendo logias de su rito. No creemos razona-

ble discutir estas versiones, ni detenernos en ampliarlas con otras noticias, que son corolarios de la que dejamos expuesta».

R. Simmes en su folletín *Cagliostro,* inclinado siempre a la apoteosis de un héroe, en quien preconiza el pensamiento masónico y realza el espíritu hostil al Pontificado, se expresa en cuanto a la reaparición del Gran Cofto en esta forma: «A las variaciones de fechas en la muerte del conde, que se notan en los relatos de su importante vida, podemos oponer la creencia común en Alemania de que no acabó sus días en la reclusión de Sant' Angelo; saliendo de la cárcel por industria de cierto médico francmasón, que con ayuda de un narcótico figuró su fallecimiento, sacándole del sopor para devolverle con la vida la libertad. Hay logias germánicas, en cuyas actas de 1797 consta la visita del Gran Cofto, precisado a guardar un incógnito severo para no comprometer a su noble bienhechor. Es tradicional en Berlín, donde la masonería es una de tantas instituciones al amparo de las leyes, que los antiguos amigos del conde fueron visitados en 1798 por este personaje ilustre, si bien con el encargo de reservar su estancia en aquella corte, para impedir que Roma se apercibiera de la libertad de su mayor enemigo. A un noble polaco he oído referir con relación a su padre, archivista-tesorero de la logia-madre varsoviana, que José Bálsamo se despidió de los afiliados tiernamente; expresando que se dirigía a Egipto, y de allí al Asia, no pensando regresar a Europa en mucho tiempo».

Jeremías Bright en su *Ensayo histórico sobre las sociedades secretas,* pensador profundo, razonador discreto y concienzudo publicista, haciéndose cargo de esta reaparición del aventurero siciliano en varias capitales de Alemania, la explica en este período con una lucidez propia de su elevado criterio.

«Entre las sectas místicas que se acogieron a la comunidad masónica, los iluminados de Adam Weishaupt y los egip-

cianos del conde de Cagliostro parecían los más análogos a los heresiarcas políticos de la Edad Media en sus ceremonias, supersticiones y recursos de propaganda. Aquel gran Cofto del rito magnetizador y espiritista, que prometía a sus adeptos la regeneración por el arte magno y su última consecuencia *la materia prima,* aquel sacerdote de Menfis, que suponía en sí una serie de restauraciones que habían desafiado las injurias del tiempo, aquel hombre extraordinario, que en Francia contó las bodas de Caná como uno de los convidados al festín nupcial hebreo, no podía dejarse morir como un simple mortal por sus discípulos, bajo el poder del Papa y en la mole pesada y sombría de la fortaleza a orillas del Tiber.

»Los enemigos de Jesús, después de la escena del Gólgota, movieron a Pilatos a que hiciese guardar su sepulcro, temiendo que los partidarios del Nazareno robaran su cadáver, persuadiendo a la multitud su resurrección.

»Los apóstoles del profeta siciliano, imposibilitados de sustraer a la fosa el cuerpo de su Cofto, fingieron su resurrección como una tradición consecuente de logia en logia en Alemania, y aquí se refieren a cartas de allá, y allá se fundan en dichos de más lejos; siendo positivo que ni hay, ni puede haber testimonio fehaciente de semejante conseja; pareciendo poco probable que usurpara fuero y título del difunto Bálsamo un audaz impostor, habiendo tantas personas en Berlín, Varsovia, Mittau y Francfort, que trataran íntimamente al verdadero Cofto, y no abundando, a Dios gracias, los parecidos sorprendentes, como el de la señorita Oliva con la infortunada María Antonieta».

FIN




MARTINEZ
PARMA